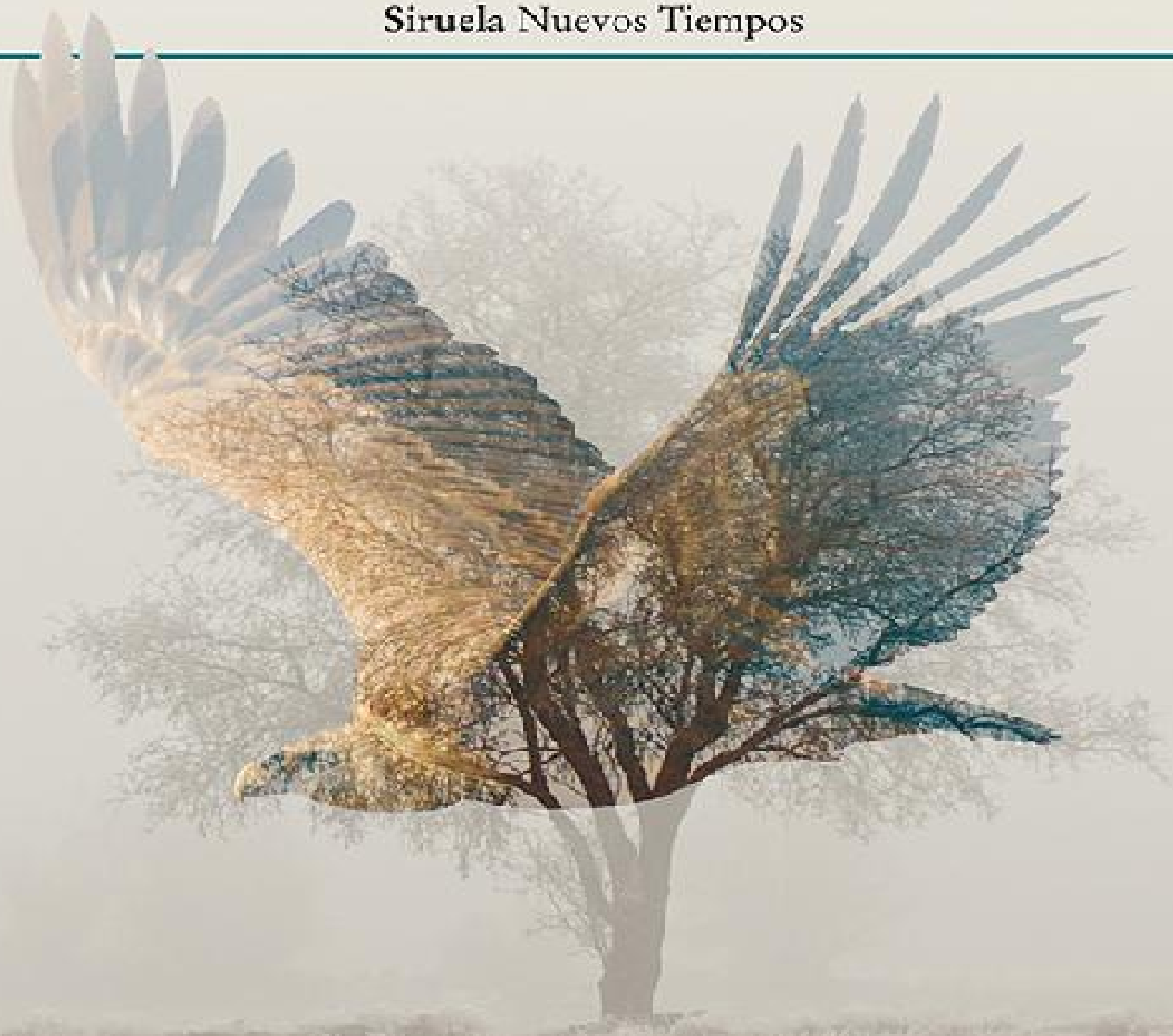


LA HERIDA DEL TIEMPO

Agustín García Simón

Siruela Nuevos Tiempos



LA HERIDA DEL TIEMPO

AGUSTÍN GARCÍA SIMÓN

Agustín García Simón

La herida del tiempo

Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: diciembre de 2017

En cubierta: montaje con fotografía de © Alberto García Gutiérrez
y © Francisco Javier Gil / Shutterstock.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Agustín García Simón, 2018

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17308-29-2

Conversión a formato digital: María Belloso

A Inmaculada y Manolo.
In memoriam

*Hay que aprender a percibir lo que la
gente piensa, no lo que dice.*

S. ANDERSON
Winesburg. Ohio

*Todo era vasto, pero al mismo tiempo
era íntimo y, de alguna manera, secreto.*

J. L. BORGES
«El Sur»

I

Heliodoro García Vallejo dormitaba. El espacio de la siesta había parado el tiempo, y afuera el aire abrasaba una calma cegadora. El silencio se espesaba en la penumbra de toda la estancia, un largo corredor entre el portal y la salida hacia el corral que atravesaba la planta baja de la casa y comunicaba todos los accesos. Dos franjas de luz declinaban paralelas desde sendas rendijas de la hoja superior de la puerta principal hasta iluminar el tablero de la mesa de roble, con sus patas labradas. Sobre ella cabeceaba Heliodoro, acodado y vencido sobre su mano izquierda, que abierta entre su sien y frente resbalaba una y otra vez por el peso de su cabeza. Sentado en su escaño, Heliodoro se reponía, y en el instante consciente del acto reflejo de vuelta a la duermevela y relajación apretaba el mango de alambre del matamoscas, una paleta de criba metálica que hacía de extensión de su mano en las sobremesas de verano. Del fondo del pasillo, que daba a la cocina, a la alcancía, cantarera y bodega, contiguas todas y abiertas frente a la mesa de Heliodoro, Juana trajinaba con soltura ciega y silenciosa, apareciendo y desapareciendo como una sombra doméstica. En los treinta años que llevaba de criada en la casa había hecho prenda intocable de su abnegación callada y asimilado como de su propia sangre la querencia hacia aquella familia que un día la rescató de la hambruna.

De la cocina a la semiinconsciencia de Heliodoro llegaba a veces un hilillo de voces apagadas, un cuchicheo refrenado. En esas horas de plenitud, un tono elevado era una transgresión intolerable, una violencia que había que sofocar de inmediato. Por alguna ley íntima y no escrita de generaciones, la brusquedad y el ruido eran vitandos en el tiempo muerto de la siesta, transcurso en el que el más leve roce delataba la acción. Solo de la cocina, en un primer momento, podía tolerarse el rumor de su inevitable tráfigo y aun así sujeto siempre a una vigilada contención. Brígida, gobernanta de la casa, última de los siete hijos vivos de Heliodoro y su primera y única esposa, Amparo Estévanez del Olmo, reorganizaba la intendencia del fregadero con eficacia cargante y urgía a su sobrina Tanis para que recolocara el menaje con

un susurro imperativo: «Vamos, hija, seca esos vasos con la rodilla... Los vasos y platos al vasar... ¡Ale, ale! Que parece que estás pensando en las paviotas»...

Separada e inquieta por una ya cercana pubertad, carnosa y colorada, Tanis obedecía maquinalmente a su tía con despreocupación y el candor de una sonrisa casi permanente. Sabía que el cariño que la profesaba se imponía siempre al armazón de su aspereza y la intercadencia gruñona de su temperamento. En el peor de los casos, sus regañinas podían incendiar el aire, pero tras una violenta combustión, sus palabras eran pavesas que caían suavemente sin apenas dejar rastro. Luego se atiesaba mucho, con la cara tirante y los labios apretados, faenando enloquecida, hasta que buscaba los ojos de su sobrina haciéndose la encontradiza. Tanis conocía muy bien aquellos momentos de tensión y su remedio más corto. Por frecuente experiencia, había visto y aprendido que en la casa de su abuelo cualquier protesta se complicaba mucho a la larga, mientras la sumisión y el silencio recogidos eran mano de santo. Así que en poco tiempo había desarrollado unas dotes de simulación cuya destreza apuntaba alto. Llegado el caso, asumía su papel con rara autenticidad: se cruzaba de brazos, bajaba la cabeza con la barbilla pegada al pecho y hacía pucheros, compungida. Tras el primer pronto de su tía, aguantaba sus envites impávida hasta que el silencio parecía imponer su tregua. Entonces alzaba sus párpados a golpes rápidos y repetidos, buscando el espacio y movimientos de su tía a la espera de una de sus miradas, como inminente anuncio de perdón. Había un tanteo mutuo en el cruce de sus ojos, antes de que Brígida decidiera la reconciliación, indefectiblemente acompañada de algunas palabras redentoras: «¡Vamos, hija!..., no seas boba, que no es para tanto. ¡Ale, ale! Que no ha sido nada».

Todo lo que en su tía era previsible, se volvía confusión impenetrable ante su abuelo Heliodoro. Y aquel contraste agitaba la mente de Tanis, que se hacía preguntas para las que no encontraba respuesta. Por entonces solo era capaz de constatar algunas apreciaciones, para ella bien ciertas, que al cabo de los años cobrarían sentido y explicación, aunque no despejaran nunca todo su secreto. La niña observaba cómo la sola presencia de su abuelo hacía girar en torno suyo las preocupaciones de cuantos habitaban la casa y, fuera de ella, de cuanto su hacienda abarcaba. La mera llegada de su abuelo a cualquier parte se anunciaba con el correr del mismo aire y todo se disponía ante su paso inminente. Pero Tanis se preguntaba sin encontrar motivo por qué su abuelo nunca se reía a carcajadas, ni alzaba la voz, ni decía una

palabra más alta que otra, como sus padres y tíos, ni echaba regañinas como su tía Brígida... Su abuelo solo parecía tener un tono de voz para todo el día, firme, pero nunca elevado; como su mirada, fija, mantenida, con una intensidad concentrada, ante la que Tanis se sentía nerviosa, inerte y, de un tiempo a esta parte, desnuda. Era una sensación nueva, temida, que se aquietaba fuera de su presencia y cuando, estando cerca de él, lo veía enfrascado en las grandes páginas de *El Noroeste Regional*, o simplemente adormilado; como lo vio aquella tarde en la hora de la siesta, apenas franqueó la puerta de la cocina en dirección al vasar. Llevaba un pequeño rimerero de platos apoyado en el pecho, pegado al delantal, que ceñía atado por la cintura un vestido de algodón azul turquesa por encima de las rodillas, fresco y escotado. Inopinadamente, Tanis se orilló demasiado junto a la pared sin dejar de mirar la figura entrevista de su abuelo, tras el delgado resplandor de las dos franjas de luz, cuando se dio con el hombro derecho con el saliente de la cantarera. Fue un desequilibrio suficiente para que en sus brazos bailaran los platos, sin que la sujeción y corrección reflejas impidieran que dos de la parte superior cayeran al suelo. El estrépito fue seco y estridente; una conmoción inaudita que a Tanis dejó aturdida y paralizada.

Heliodoro se sobresaltó desconcertado, apretando con fuerza el mango del matamoscas y, al punto, vio cómo Brígida y Juana se llevaban en vilo a su nieta hacia la cocina. Con el pulso acelerado, se recostó en el escaño, inspirando profundamente sin dejar de mirar hacia la puerta de la cocina, de donde llegaba el murmullo de un tumulto sordo, un precipitado susurro ahogado con destreza. Luego, despacio, avisada y reconvenida, Tanis apareció con badil y escoba, cuidando de no pisar los cachos de loza más grandes y, dirigiéndose a la entrada del portal, palpó sin mirar la llave de la luz retorciéndola. Los añicos se extendían por todo el pasillo y por debajo de la mesa, a los pies de su abuelo, a quien no pudo evitar dirigir una mirada temerosa, antes de agacharse por debajo del tablero para barrer suavemente los restos. En el encuentro de sus miradas, el abuelo movió repetidamente la cabeza, recriminándole su falta de cuidado, pero no dejó de observarla, mientras amontonaba lo barrido en medio del pasillo. Su cuerpo empezaba a estar a punto, del mismo modo que el cereal anunciaba su sazón a lo largo de junio, pensaba Heliodoro. El vuelco de la emoción estaba en esa señal primera e inequívoca de una buena cosecha, que desataba una firme esperanza y movía la ambición, como la transformación del cuerpo de su nieta desataba la codicia de sus ojos, fijos en aquella jovencita ya que a tres

metros de él volvía a agacharse para recoger los restos del montoncito. Y al inclinarse para agarrar la escoba más corta y empujar con el badil, Heliodoro vio en un instante, que aceleró su corazón y el bombeo de su sangre, unas corvas tersas, con un dibujo perfecto en el arranque de los muslos, fuertes, torneados, y unas nalgas a ras del vestido que, en un momento fugaz, insinuaron la blancura de unas bragas. Todavía volvió Tanis sobre sus pasos para apagar la luz, una vez acabada la faena, y los ojos de Heliodoro la siguieron con un movimiento corredizo, reparando con sorpresa inadvertida en los senos incipientes de su nieta, que dio la vuelta en la penumbra con seguro sigilo.

El incidente había sacudido la duermevela de Heliodoro con un regusto contrariado pero no menos conocido. En los veinte años que llevaba de viudo había experimentado muchas veces esa ineluctable llamada, esa sensación imparable que incendia el deseo, pero tenía que remontarse muy atrás en el tiempo para recordar experiencias con cuerpos tan jóvenes. Su madurez fue orillando en él los sabores primerizos, tan vistosos de color como apetecibles, pero un tanto sosos al gusto por su excesiva pureza, todavía no enriquecida y equilibrada por la plenitud. «Las mujeres en agraz —se decía— son fruto prohibido, prohibido»... Y no lo eran tanto por motivo del pecado de incesto, ni siquiera por temor al escándalo, mucho más grave y de peores consecuencias que los pecados capitales en la sociedad rural, sino por el convencimiento profundo y temeroso que Heliodoro sintió muy pronto en esa materia, un tabú personal. Y ahora que lo pensaba, le parecía estar profanando algo intocable todavía. Desde su primera mocedad había visto en la infancia una carga tediosa, molesta, pero inevitable y, a su manera, sagrada. Los hijos daban emociones y alguna alegría en una carrera interminable de disgustos, pero sacarlos adelante implicaba una desagradable servidumbre y una vigilancia que en las niñas había que extremar hasta que se hicieran mujeres hechas y derechas. A partir de ahí la carga de conciencia disminuía un tanto y hasta el mismo incesto —pensaba Heliodoro— desaparecía como el freno de una mera convención ante una necesidad ineludible.

Pero Heliodoro estaba excitado. Se ahuecaba la bragueta con el mango del matamoscas, cuando vio que en la estrechez de la primera franja que iluminaba la mesa avanzaba una mosca hasta pararse justo en el límite oscuro. Miró de hito en hito el abdomen alado del insecto, levantó el matamoscas asegurando su control con el codo en la mesa y el puño apretado,

y mantuvo la respiración. Tras lentos segundos, la mosca siguió su camino en la brevedad oscura de una y otra franja. Concentrado, Heliodoro pensaba, como tantas veces, que la precipitación era aliada del fiasco, sobre todo en asuntos poco apremiantes, a los que había que anteponer una frialdad absoluta, cuando apareció la mosca de nuevo iluminada en la segunda franja. Se paró un instante y dio un tirón con sus artejos hasta volverse a parar al cabo de la luz, con ese resabio ultrasensible que las caracteriza. Todavía arriesgó Heliodoro unos segundos antes de ejecutar su golpe con el placer tenso de quien decide el momento crítico. El restallido de la paleta sobre la mesa sobresaltó el adormilamiento de Brígida, recostada en el almohadón apoyado en el brazo del banco de anea de la cocina. Aquel latigazo rompía definitivamente la ceremonia de la siesta de aquella tarde. Algo se estaba cociendo, pensaba Brígida. La violencia de aquel golpe no era frecuente en la pericia de su padre matando moscas; un juego de muñeca rápido y un golpe seco, tan eficaz como discreto, con maestría. En esto, Juana apareció en la puerta de la alcoba abierta a la cocina con una mano sobre otra bajo su pecho y miró a Brígida moviendo ligeramente la cabeza. Esta arrugó los labios, pronunciándolos, y se enderezó en el banco, pensativa.

Después de observar la mosca espachurrada entre los cuadritos metálicos de la paleta, Heliodoro la sacudió de canto repetida y contundentemente hasta que los restos fueron desprendiéndose en diminutas masas informes. Los fue empujando, arrastrándolos, volviendo sobre ellos una y otra vez el canto de la paleta hasta tirarlos al suelo. Al lanzar el matamoscas sobre la mesa, Heliodoro se retrepó en el escaño estirando las piernas; inspiró más lenta y profundamente que de costumbre, con una expiración más rápida y se llevó la mano derecha a la portañuela en una exploración tan delicada como temerosa. Era la prueba más temida en los últimos años. La merma de su virilidad portentosa le angustiaba, le sumía a veces en un estado de enervamiento y miedo que le arrastraba ansiosamente hasta remontar en un nuevo lance exitoso, cura infalible que le devolvía la tranquilidad y la confianza. Venía ocurriéndole, sobre todo, después de sufrir un par de gatillazos que inopinadamente habían irrumpido en su vida como una catástrofe, luego de unos intentos algo forzados: ¡a los sesenta y cinco años! Pero el verano era un tiempo seguro, propicio, aunque en este particular, dadas las circunstancias, convenía una comprobación previa de la herramienta. El resto era una cuestión de estrategia y, en esos momentos, pensaba Heliodoro, el campo de actuación casi llamaba a una operación de

saqueo. Hontanalta sesteaba en una penumbra de mujeres solas, y quizá el factor sorpresa pudiera llevar la victoria allí donde las derrotas habían sido más dolorosas. No fueron muchas, más bien contadas, pero la que le ocasionó Paula era la única que aún supuraba por una herida todavía tierna. Los otros reveses, pese a la obstinada negativa cosechada en algunos de ellos, fueron recursos de urgencia en lances precipitados, y los dos únicos que quedaron inéditos, fruto de una insistencia perversa.

De entre todas, Paula era otra cosa: la excepción; un dolor perenne, una afrenta provocadora ante la que su debilidad sucumbía. Hacía una semana que la había visto por última vez al paso de la procesión del día de la Magdalena, patrona de Hontanalta. Como en todas las grandes fiestas del año en que las campanas repicaban, Heliodoro se había levantado esa mañana en torno a las ocho, aseado por partes y desayunado con mucha calma en la misma cocina; solo, con su guardapolvo gris, sentado en medio del banco de anea, ante la mesa exclusivamente dispuesta para él, mientras Juana le hacía la cama y colocaba sobre la colcha de hilo y guarnición de ganchillo el traje negro de estambre, la camisa blanca de cuello mao, las botas negras más ligeras, bien lustradas, y la gorra nueva de fieltro, negra también. Había dejado que transcurriera el tiempo sin reparar en el ruido doméstico, ensimismado, a la espera de la llegada de sus hijos y jornaleros tras la mañanada de siega; más o menos cuatro horas desde las cinco de la madrugada que él sabía muy provechosas, porque la cercanía de la muda y el aliento de la fiesta alegraban los corazones de los labradores en julio, como una tregua en la guerra, y multiplicaban su fuerza con un impulso de euforia:

—Casi apañamos aquella cebada del Cabezo, padre —le dijo, zalamero, su hijo José, el mayor, adelantándose al tropel y bullicio de gentes que llegaban del campo y se agolpaban a la puerta, bajando de la galera—. Ha granado bien, los chochos muy gordos. Solo nos ha quedado el picón que mira al barco, pero ha cundido, ha cundido...

—¡Hala, hala! —respondió maquinalmente Heliodoro—, dad una vuelta al ganado y a mudarse para misa.

Y aguardó todavía un rato, sentado en el escaño del portal, con el periódico del día anterior abierto sobre la mesa, en su gran formato, por las páginas de mercados y precios. No importaba que casi se los supiera de memoria: la subida de los lechazos, el ligero incremento de la fanega de trigo, el mantenimiento del precio de la cebada... Volvía sobre ellos con una disimulada fruición y el convencimiento nervioso de una buena cosecha al

alcanza de la mano, luego de un invierno moderado y una primavera lluviosa hasta la misma primera mitad de junio. Se regodeaba en la perspectiva del otoño, en el numerario imaginado, ya depositado en su arca. Pero el aire de fiesta envolvía gradualmente la casa entera, un trasiego de nueras, yernos y nietos en una vaharada de colonia, que el calor hacía más penetrante; una alegría de comedido entusiasmo que aparcaba la cotidiana aspereza y afloraba sonrisas con el mejor de los vestidos, entre el correteo frenético de los niños y la disposición cauta y pasajera de los adultos... Un pequeño alboroto que, aunque le sacara de su ensimismamiento, a Heliodoro le agradaba sobremanera; porque la familia —pensaba— debía estar y mostrarse unida en todo momento, evitando la discordia y el más pequeño enfrentamiento que trascendiera de puertas para fuera, pues, además de minar la confianza interna daban oídos a sordos y voces alregonero, y alimentaban el resentimiento de los otros, siempre numerosos y, como los enemigos, nunca pequeños. Era una reflexión recurrente, que con frecuencia hacía explícita como una admonición de principios; pero en aquella ocasión la abortó la aparición abrupta de Brígida que desde la cocina le enfiló decidida, con una salmodia algo subida de tono acerca de la pachorra de su padre con el periódico. Mirándola con pasmosa flema por encima de sus gafas de presbicia, Heliodoro simuló atención sin abandonar el hilo de su pensamiento, aunque de la retahíla le pareció entender que ya habían tirado los cohetes de la procesión y que él estaba sin vestir. Y una frase clara cuando llegando a su lado, Brígida le tomaba suavemente del brazo: «Mira que tiene que estar una en todo, ¡Dios bendito!»...

Le acompañó a su dormitorio, alcoba que se abría al luminoso comedor mediante dos altas hojas batientes, y por el otro lado comunicaba con la cocina a través de un estrecho pasillo. Y tras esperar un par de minutos, entró en el momento en que su padre se abrochaba el cinto. Le alcanzó la chaqueta y, mientras Heliodoro se la ponía, Brígida se acuclilló a sus pies levantándole la pernera del pantalón para tirar de los cintillos de las botas, comprobando su ajuste. Luego volvió a recolocar los pantalones por encima de las lengüetas. Un par de toques para que recuperaran la forma de su caída y se enderezó frente a él recolocándole las hombreras de la chaqueta, la holgura de su complexión, tirándole ligeramente de las solapas, y un remate de varios toquecitos con el envés de los dedos por los hombros y brazos: «Vamos, hombre, que siempre llega usted el último», le dijo con una mirada satisfecha de aprobación.

Heliodoro se caló la gorra ligeramente ladeada hacia la izquierda y se dirigió a la puerta de la casa, abierta de par en par en su hoja de arriba; apoyó sus manos en la de abajo y se asomó a la derecha, sacando medio cuerpo, para ver el fondo de la calle principal. La vanguardia de la procesión apareció desvaída y confusa por el movimiento y correr de la chiquillería, y a medida que la aglomeración se agolpaba en la calle fue apretándose como una masa semoviente y colorista. Un sonido lineal de dulzainas y redobles de tambores se elevaba sobre el murmullo de la multitud, hasta invadir gradualmente el aire que anunciaba el núcleo de la procesión, aparecida ante la vista de Heliodoro como espacio ralo, ordenado a su manera en medio de márgenes concurridos; un pequeño claro en el que destelleaba la cruz parroquial de plata repujada, flanqueada por otras dos más bajas y sencillas, entre un ramillete blanco de monaguillos y la mancha azabache del bonete de don José María, que precedía inmediatamente la talla de la Magdalena, llevada en andas por cuatro cofrades de la Santa Cruz, apoyados en sus varas. La escultura en madera policromada, una imagen gótica hispanoflamenca de poco más de un metro de altura, avanzaba escoltada por la corporación municipal en pleno, con paso envarado y pompa chusca, arropada por el despliegue más solemne que cerraban los estandartes eclesiásticos en torno al viejo y gran pendón de Hontanalta, espléndido terciopelo carmesí, con las armas acuarteladas de Castilla en brocados de oro y seda negra.

Todavía permaneció unos minutos viendo cómo la avalancha llegaba a su plazuela, antes de integrarse en ella, cuando Heliodoro sintió sobre él las primeras miradas de curiosidad, gentes dispersas que observaban y cuchicheaban con el desapego de la distancia y, poco a poco, las cabezadas de los labradores más cercanos, el golpe de ojos de algunos de sus iguales y allegados, la enfatizada indiferencia de los irreconciliables o la entrega servil de los rostros con que buscaban su saludable figura los afines. Desde el umbral de su puerta, dos peldaños de piedra labrados en pecho de paloma por encima del nivel del suelo de la calle, Heliodoro contempló con frialdad la efusión de las gentes, que ahora bailaban alrededor de la imagen retenida, sujeta en los gavilanes de las varas de los cofrades, y pensó que todo aquel montaje era necesario y efectivo. Pero su vista hizo varios barridos con avidez insatisfecha, descartando aquí y allá algunos semblantes de su secreto femenino, con ese descuido huidizo que elude a quienes la dependencia obliga. Buscaba otras sensaciones nuevas, quizá solo distintas, cuando vio cómo Leandro le saludaba en medio del gentío, levantando ligeramente la

mano derecha. Y en el instante en que agarró y subió el picaporte para abrir la puerta y dirigirse hacia el amigo, localizó a Paula en la acera de enfrente, a la sombra, junto a dos amigas. Allí estaba, tocada de velo y alfiler, que recogía y sujetaba el tul sobre su pelo castaño por encima de las sienes, y una blusa blanca de organza, ceñida, a juego con una falda plisada; en realidad un señuelo que reconducía la vista de inmediato a la morenez todavía tersa de su cara, defendida del tiempo por una mirada profunda, alerta, con una punta de desafío.

A Heliodoro le llegó aquella presencia como un reclamo de urgencia. Paralizado en la puerta entreabierta, pasmado, pensó que aquella mujer le pertenecía y que, quizá, había dejado en barbecho durante demasiado tiempo un terreno que sin labrar reverdecía con renovada pujanza: «Las torres mal defendidas terminan por ceder al empeño del enemigo constante», se dijo a sí mismo Heliodoro. Y se abrió en su mente una prisa ansiosa, un deseo inmediato, desbaratado en su impaciencia por la imposibilidad. Caminó pensativo sin percibir que le cedían el paso hasta la altura de Leandro, quien apenas lo sintió a su lado, sin mirarlo pero ladeando su cabeza hacia la oreja derecha de Heliodoro, con voz muy baja, le dijo:

—Me he enterado ayer tarde de que han visto salir por la trasera del pajar de la Paula a Heriberto.

No hubo respuesta de Heliodoro, que mantuvo impasible su semblante y la mirada al frente, mientras contenía una violenta convulsión en sus entrañas. Y en todo el recorrido de la procesión y el transcurso de la misa solemne, no mediaron palabra alguna. Solo a la salida de la iglesia, caminando en medio de la plaza en dirección al grupo de contertulios habituales que esperaban a la sombra, le preguntó Heliodoro, también en voz baja:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pepe, el Pollero, que le vio salir sobre las diez y media de la noche, cuando iba al gallinero. Me ha dicho que te lo dijera de su parte. Y que queda a tu disposición.

En adelante ya no pudo dejar de rumiar el asunto. Su vecino y coetáneo Heriberto tenía rentas de tierras y solares suficientes para haber hecho de su vida una trayectoria tan errática como caprichosa y tranquila. Su habilidad con las manos le había llevado a montar un taller de carpintería del que salían los muebles más finos de Hontanalta, aunque con una discontinuidad que abonaba su veleidosa querencia y su informalidad. Había hecho estudios en la

capital sin acabar nunca nada, para, al final, establecerse en la apatía de una cierta solvencia familiar; pero su mundo era un reino de celosa independencia, que despachaba el trato social con un educado cinismo y una acción silenciosa. Nunca llegó a hacer comparsa con Heliodoro, mucho menos con Victorino y Régulo, conocidos compadres en la clandestinidad mujeril de la comarca. Heriberto iba por libre, «como las culebras», pensaba Heliodoro, «y no había nido seguro cuando barruntaba el aire». Pero nunca hasta la fecha había invadido su terreno y su relación cordial, la amable atención que le dispensaba, pero, sobre todo, su posición y autonomía, no solo le hacían casi un igual, sino un temible rival sin flancos vulnerables. Se preguntaba Heliodoro si el despecho de Paula le habría llevado a insinuarse a Heriberto como una señal de advertencia, que le enviaba con indudable prepotencia y seguridad, pues Heriberto no se conformaba con cualquiera y siempre había picoteado en flores escogidas; o quizá, como se temía, más bien fuera una venganza definitiva a tantos años de espera. Había estado cavilando en los últimos días acerca de la conveniencia de hacer un último gesto de tanteo para una posible recuperación, aunque la perspectiva de la vuelta fuera incierta y, en el mejor de los casos, abriera caminos ya trillados, entre el bronco desencuentro y los arrebatos carnales, sin duda muy superiores a los comunes: Paula era enérgica para todo y decidida, y el recuerdo de su goce avivaba el deseo de Heliodoro y le ofuscaba.

Pero había otra razón todavía que aumentaba su pesadumbre en los últimos días y urgía su decisión: Heriberto pagaba mejor y Paula era interesada. Y ahora, inquieto y excitado tras el incidente de su nieta con los platos, Heliodoro pensaba en su escaño que la fama cierta que se le achacaba de tacaño con el dinero contante, no así en especie, le molestaba tanto como la imagen de hombre desprendido que se tenía de Heriberto; y que Paula, después de todo, era la experiencia sensual más intensa que había tenido en su vida; más perturbadora también, pero no menos gozosa, la única de tantas que había enardecido su entrega hasta el aturdimiento. Y aceleraba en su cerebro las imágenes más íntimas de su experiencia con ella, retenéndolas a capricho en instantes obsesivos. Contra su costumbre y frialdad de estrategia, obcecado, decidió adentrarse en un terreno que ya no controlaba de antemano. Se levantó decidido en dirección al perchero de la entrada, cogió su sombrero beige de fieltro, que iba ladeando ligeramente hacia la izquierda sobre su calva, cuando de la penumbra de la cocina, unos metros antes del patinillo que daba a la puerta del corral, oyó la voz retenida de Brígida que le

dijo:

—Pero, padre, ¿adónde va usted con este calor? ¡Que le va a dar algo..., pero este hombre!...

Ni siquiera la miró. Abrió la puerta del corral despacio, subió el peldaño de piedra labrada que limitaba el umbral y cerró los ojos ante el golpe de luz abrasadora que invadió todo su cuerpo. El calor aplastaba la vida. Y en los setenta metros de la ele mayúscula al revés que dibujaba el corral hasta la trasera, la quietud absoluta parecía el único recurso de supervivencia. Solo la luz deslumbrante y el cielo azul, recortado por los aleros y cumbres de los colgadizos, ponían el marco a una paralización extraña. Ningún relincho, rebuzno ni mugido en el aire espeso de las cuadras; ningún gruñido en la atmósfera fétida de las cochineras, ni el más leve hálito en el polvoriento remanso de los gallineros, de entre los vivares excavados en las conejeras... Todo era letargo en el silencio de las sombras, que Heliodoro rompía ahora muellemente a su paso sobre la paja descompuesta, ya parda basura, gigantesca capa de fermentación que aguardaba su derrame otoñal en las tierras de sementera. Poco antes del recodo de la ele que daba a la gran techumbre de la trasera, se orilló junto a la sombra de la pared de mampostería, a cuya vera se alzaba en piedra labrada el brocal del pozo, la pila y los abrevaderos escalonados. En el breve tránsito de tan adusto vergel, un reguero oxidado y teñido rojizo por la materia orgánica que con los años había dejado el curso del agua a lo largo de su seno y desagüe, sintió un ligero alivio en la temperatura, que volvió a golpearle bruscamente apenas salió al sol camino de la línea de sombra de la gran cubierta. Al entrar en ella, bajo su alta estructura a dos aguas, con pajeras en los desvanes gateros de sus flancos y una balumba de aperos por doquier, Heliodoro sintió un vahído de calor que le hizo pararse y buscar apoyo en la vara de un carro. Inspiró muy suavemente advirtiendo que se recobraba y fue a sentarse en una saca de paja orillada a la entrada de una de las cuadras. Estaba empapado. El sudor manaba literalmente bajo su sombrero y corría por su frente y sienes mojándole la cara y el cuello. Se destocó con la mano izquierda, que apoyó sobre la propia pierna. Buscó el pañuelo en su bolso derecho y se enjugó con él despacio, respirando acompasadamente. Se tomó unos minutos. El vaivén era un viejo conocido, pensó Heliodoro, y nunca había ido más allá; ahora tampoco iría, estaba convencido. Se recobraba, sin duda, y en su mente no había sitio más que para Paula: verla, tocarla, quizá poseerla; pero su callejón distaba todavía unos 150 metros, que habría de superar como su propia

incertidumbre.

Ni un alma en todo el recorrido. Se había arrimado a la sombra estrecha de la pared de la calle, dura y polvorienta tierra grisácea que enfilaba hacia las eras. Al adentrarse en el callejón sintió que podían observarle. No le importaba. Era un riesgo asumible e inevitable. Corrió la cortina de percal rayado, y oculto entre ella y la puerta de dos hojas vio al punto que la de arriba estaba entreabierta. Se destocó de nuevo y volvió a sacar el pañuelo para enjugarse la calva, el rostro y el cuello. Volvió a recolocarse inspirando hondo. Metió la mano derecha con cuidado hasta agarrar el picaporte. Lo subió con suavidad y, sin soltarlo, con ayuda de la mano izquierda, empujó la hoja de abajo, mientras la mantenía en vilo para que no arrastrara. Un chirrido, no obstante, rompió el silencio del portal, cuya oscuridad le cegó por completo. Se mantuvo quieto hasta que su vista fue acomodándose, percibiendo con lentitud cómo asomaban los perfiles de los objetos e iban conformándose en su volumen y relieve. Del fondo del pasillo entraba ahora una tenue claridad que insinuaba el polvo del ambiente y rescataba el reflejo mate de algunas superficies. Dio unos pasos quedos, y en el marco de la puerta de la cocina, prefigurada en la penumbra, apareció Paula:

—¡Vete! —dijo secamente.

Heliodoro dejó transcurrir unos instantes y con voz sosegada contestó:

—Digo que podríamos hablar y tratar de arreglar un poco las cosas.

No hubo respuesta. Y a Heliodoro le pareció que el camino estaba expedito. Dio dos pasos en dirección a Paula y, al unísono, esta reculó al mismo ritmo hasta la encimera de la cocina, a la que se ajustó con su rabadilla. Sin perderle la cara, disimulando con entereza su estado de nervios, buscó con sus manos a la espalda el asa del cajón de los cubiertos. Sin control, frenética, los recorrió sin precisión, con sus dedos bailando sobre las cucharas y tenedores, para deslizarlos al fin por una superficie larga y plana, que sintió como una quemazón, luego palpó el mango de madera de un cuchillo. Lo agarró bien fuerte con su mano derecha, girando el brazo bruscamente frente a Heliodoro, que vio un fugaz reflejo plateado y se echó hacia atrás, sorprendido:

—¡Si das un paso más no respondo! —le dijo con el pulso desbocado y tragando saliva.

Heliodoro se quedó seco, inerte, y supo al instante que el riesgo cierto estaba en el aire, y que se imponía la prudencia, aunque fuera unida a la humillación. Se dio la vuelta con serenidad erguida y una conmoción de ira

que contuvo con el instinto de un zorro: «Primero escapar —se dijo a sí mismo—, luego reponerse a la espera, observando emboscado al enemigo».

Cuando sonó la puerta que Heliodoro cerró sin estridencia, Paula dejó el cuchillo sobre la encimera y se llevó las manos a la cara con un sollozo. Sintió su propia sangre en el rostro y se miró asustada las palmas de sus manos. En la de la derecha tenía un corte considerable, cuya visión aumentó su conmoción y congoja.

Heliodoro volvió sobre sus pasos como un vencido, desolado y confuso. Se dirigió directamente al corral de las ovejas, a las afueras de Hontanalta, lejos de cualquier mirada. Hasta el regreso del rebaño, avanzada la tarde, estuvo rumiando aquel desafío desconocido en su vida. Ya nunca lo asimilaría. Aquella noche por demás calurosa, su desvelo tuvo un lastre recurrente en los límites de la realidad y los sueños: en una tarde muy fría, avanzaba una y otra vez por el camino curvo de un cerro hasta quedar paralizado ante la visión del crepúsculo, una franja anaranjada, nítida en un horizonte azulado de invierno, atractiva como un ascua que iba apagando lentamente el oscurecer.

II

Al comenzar el siglo, Felipe García Robles, labrador de familia modesta, había alcanzado la consideración asentada de señor Felipe, que ya no le abandonaría nunca, sino con aumentado prestigio más allá de la huesa, en el territorio de la memoria de Hontanalta. En el alba del 1900, el señor Felipe tenía cinco hijos correlativos y ajustados a los últimos años con dos ausencias, como retoños seriados de un total de doce que el porvenir le reservaba. La hacedora de aquel no infrecuente portento, a la sazón, fue una mujer pequeña de estatura, prieta de cuerpo, cutis muy blanco y delicadas facciones. Se había enamorado tempranamente de Felipe cuando aún la adolescencia cegaba su entendimiento y alimentaba en absoluto el futuro de los sueños. Eduviges Vallejo Pérez había perdido tras aquellos partos la impronta resplandeciente de su tez, pero había ganado esa tersura de serena belleza que mantienen algunas mujeres toda su vida sin marchitarse. Bregada y hacendosa, se reflejaba con entusiasmo en los ojos de su marido, por los que veía en un tiempo duro al que estrujaron con voluntad entregada y pasión compartida. Felipe la correspondió siempre con un cariño ferviente, en un marco de sobriedad recia y costumbres marcadas por la aspereza. Pero ni siquiera los devaneos rijosos que la creciente riqueza le fue descubriendo lograron confundirlo. Inmediatamente después de gozarlos, los apartaba de su cabeza como entretenimientos y desfogues de su naturaleza ardiente que, en modo alguno, manchaban en su conciencia la entrega y el respeto que profesaba a su esposa. Ella, por su parte, hizo oídos sordos a las habladurías. Recurrió con devoción ciega a la Virgen del Henar para que interviniera en la contención de su marido y guiara sus pasos en medio de las tentaciones, sobre todo cuando se desplazaba los jueves de mercado y fiestas señaladas a El Collar, días en que solían merodear las pelanduscas en la villa cabecera de la comarca de Hontanalta. Siempre estuvo convencida de que la fogosidad de su marido en este campo había sido reconducida y concentrada hacia ella misma con especial intensidad por intervención mariana, de modo que la demasía en el cumplimiento y su inevitable desgaste evitaran impulsos extras.

La hacienda extraordinaria que Eduviges aportó a la medianía de Felipe, motivo primero que le movió a rondarla hasta su matrimonio veinteañero, fue dotando a sus vidas de elementos conciliadores, un buen pasar que unió ambición y deseo en un espacio de tranquilo sosiego, donde creció fortalecida una necesaria dependencia. En aquellos primeros años de matrimonio, Felipe disipó enseguida las dudas de sus suegros, padres de la única hija de cuatro hermanos, por la que bebían los vientos. Se dispuso a la tarea con una voluntad contagiosa, con una fuerza organizadora que apartó pronto la primacía de sus cuñados. Veía a su alcance una labranza por encima de las mejores de Hontanalta. Pensaba que con un poco de suerte y con el tiempo propicio que encadenan los años de abundancia, quizá alcanzara la altura de las haciendas de los Vadillo o los Fresno; no menos, desde luego, que los Molina, los Santiaguines, los Lucios o los Mediavilla. En la mente de Felipe se agitaba la seguridad del empeño, la disposición de la constancia y el buen uso del aprovechamiento de los medios, fueran cuales fueren las condiciones que le aguardaban. Estaba convencido de que el éxito dependía de la acertada adecuación de su conocimiento de la tierra y su experiencia a las necesidades de la casa, con una acumulación progresiva que algún día no lejano le permitiría dar el salto a los mercados de la comarca, quizá a los de la misma capital; y codearse, por fin, con los más sobresalientes. Soñaba entonces que todo sería diferente de los pies a la cabeza, sobre la que ya pensaba sustituir la gorra al uso por un sombrero a la moda, hongo o flexible, con el ala abarquillada para vestir los domingos e ir a misa; un poco más largo y caído de ala, de fieltro más ordinario, para el campo. Y una tartana enganchada a una yegua blanca en que desplazarse con clase, con suspensión de medias ballestas, almohadones en los asientos y un farol colgado al frente, en medio de las ventanillas. Porque los tiempos estaban cambiando muy deprisa, pensaba Felipe, aunque a Hontanalta no llegaran más que los ecos de los que habían estado en la capital, y las noticias y fotografías de *El Noroeste Regional*, al que estaba suscrito su suegro, y del que una tarde se quedó prendado hasta suscribirse él mismo para toda la vida, después de ver en sus páginas una máquina segadora inglesa y un arado de hierro que volteaba la tierra.

Cuatro meses después de su boda, en los primeros días de un septiembre en que todavía faltaba por segar el centeno, Felipe recorrió con entusiasmo, una por una, como en volandas, las tierras heredadas por su mujer; las pimpolladas de páramos y laderas, las viñas recogidas en sus faldas, en las

solanas de los barcos, en los claros arenosos, a cubierto del cierzo por tupidos pinos albares y enebros y sabinas montuosas. Inspeccionó los corrales, distribuyendo en su mente las posibilidades de su espacio y el potencial del rebaño de ovejas. Un mediodía soleado se acercó a la bodega familiar por el desmonte del cerro que, en forma de media luna, delimitaba sobre el llano el caserío de Hontanalta. Echó un vistazo a la zarcera y luego bajó los húmedos peldaños de piedra con un cabo de vela, cuyo pábilo prendió en el rellano inicial de la escalera. En el tonificante frescor, fue acomodando su vista a las sombras temblonas de la llama, hasta reposar su mirada en el espacio del lagar y comprobar el estado de las dos tinas de cemento y la gran viga de la prensa, a la espera de la ya inminente vendimia. Y al subir hasta la entrada adintelada, ante el golpe de calor de un sol cegador, que enturbiaba el horizonte de blanquecina calima, Felipe pensó en un arrebato de entusiasmo que con el arreglo de los colmenares de Cañaquemada, en el valle de Arroyocorbo, y una distribución adecuada de sementeras y tierras, el futuro era suyo. Así que a la mañana siguiente, una hora después del alba, aparejó al burro, cruzó el páramo de Ronda y bajó por la senda que atajaba la ladera hasta la hondonada que se abría al valle en la suavidad de sus faldas, frente al caserío de Cañaquemada. Los colmenares heredados por Eduviges encajonaban el camino a lo largo de sus últimos metros; construcciones lineales de mampostería ciega al norte, tejados a un agua y cajoneras empotradas en su vientre, perfectamente situadas al sureste. Miraban a los taludes y bancales que trepaban por la ladera de suelos pródigos en tomillo, espliego y profusas matas de romero; entre quejigos, pinos albares, sabinas y madreselvas. Eran la parte del león de la hijuela recibida, pues iban unidos a muchas hectáreas de pinar y fértiles tierras a una y otra orilla del Arroyocorbo, con el viejo caserío homónimo, colindante con el de Cañaquemada; una línea de sombra envenenada que torcería brutalmente las vidas del matrimonio. Pero ahora Felipe se crecía en una especie de éxtasis nunca experimentado, que el frescor de la mañana entonaba, haciendo liviano su ánimo y ágiles sus pensamientos; golpes clarividentes que le mostraban ante sí mismo la organización idónea del rendimiento pleno de aquel regalo espléndido. Con algunos barbechos periódicos, el trigo tendría preferencia en las tierras bajas y las vegas, sustrayendo de aquí y allá algunos pegujales para hortalizas, ajos y patatas; las cebadas aprovecharían los terrenos medianos, secanos, y vertientes inferiores de las laderas calizas; el centeno, la dulce avena, las lentejas, guisantes, algarrobas, muelas, yeros y cuanto

podiera transformarse en pienso, se alternarían en los pedregosos páramos, dejando las hoyadas más húmedas para garbanzos. Garantizado el abastecimiento del consumo familiar podría doblarse el número de cabezas del rebaño de ovejas y sacar provecho con descuido del sobrante de la miel, la leche, el queso, los requesones y los lechazos, fuente limpia del dinero contante y sonante —pensaba Felipe— que quitaba la aprensión en las estrecheces y amargos imprevistos.

Cuando, después de examinar el estado de los panales y las techumbres de los colmenares, Felipe volvió a montar sobre la albarda de su burro y dirigirse hasta el caserío de Arroyocorbo para hacer lo propio, sintió un impulso nuevo en su vida. Por el camino paralelo al arroyo, el sol le daba en la cara remontando el arco de su cenit. Estiró el cuello hacia atrás lentamente, quitándose el sombrero de paja y abriendo los brazos. Una suave brisa recorrió el incipiente sudor de su frente y, con los ojos cerrados, dejó que la caldeada luz se concentrara en su cara. Al cubrirse de nuevo y encarar los corrales del caserío, hizo además visera con su mano bajo el ala del sombrero para concretar su vista. Y al torcer hacia la entrada principal, enfilando el paseo de chopos que enmarcaban al fondo la puerta con su marquesina, en cuyo umbral esperaban para recibirle los guardeses y el pastor, Felipe sintió una corriente de emoción que sacudía todo su cuerpo, una fuerza desconocida y placentera que, al retirarse, dejaba una calma inusitada. En adelante, el recuerdo de aquella experiencia volvería una y otra vez a lo largo de su vida de manera inopinada, y muchos años después, en la tarde de invierno que sintió la señal inequívoca de su acabamiento, aquella evocación le tranquilizó plenamente, como el mejor consuelo, y puso una serena sonrisa en sus labios con el convencimiento total de una extraña esperanza.

Las expectativas de Felipe García Robles se cumplieron con creces en los primeros años. Su amor por Eduviges alcanzó pronto ese grado de conformidad y rutina que todo lo concierne con sencilla normalidad, antes de que el cansancio insinúe los primeros signos de resabio. En lo más íntimo de los dos, como una fuente de energía, alentaba el convencimiento progresivo del aumento de su consideración a la vista de cuantos les rodeaban. Había en sus miradas más significativas una satisfacción tácita de su bienestar, una señal recíproca de confianza y seguridad que todo lo facilitaba. Era una suerte de reafirmación que favorecieron dos muy buenas cosechas seguidas, coincidentes con el nacimiento de sus dos primeros hijos; una hija primogénita, Esperanza, que hizo torcer el gesto a Felipe apenas se lo

anunciaron, hasta que una noche con ella en brazos a la luz de las candelas, la niña, mirándole fijamente, le insinuó una sonrisa babosa y reluciente que le estremeció como un calambre de felicidad. El segundo fue un retoño varón, Benito, que vino atravesado de nalgas y puso en el rostro de Eduviges un rictus de muerte, y en la habitual calma de Felipe, un disparadero. El sudor copioso que bañaba el semblante de la parturienta pareció contraerse de pronto hasta perlarse sobre una palidez marmórea. La rapidez del fenómeno encogió el corazón de don Fermín López de Arcaute, entonces médico de Hontanalta, estirado de porte, tan pagado de sí mismo como ayuno de teoría y práctica galenas, pero gran receptor de zalamerías. Tras unos segundos de estupor, al percibir el agravamiento del caso, don Fermín se irguió un tanto, sacudiéndose su propia paralización y, cogiendo con solemnidad dramática la muñeca de Eduviges para tomarle el pulso, dijo con afectación, mirando a Felipe:

—Tendremos que ponernos en las manos de Dios.

—¡No me joda, don Fermín!... —exclamó con espontaneidad sonora y fuera de sí, Felipe—. ¡Será mejor ponerse en manos de la Felisa, la comadrona, que ya tenía que estar aquí!...

Y fue como por ensalmo ver aparecer a Felisa en la estancia, despojándose sobre la marcha de su toquilla y haciendo gestos imperativos con el envés de su mano izquierda para que todo el mundo saliera de la habitación, salvo don Fermín, a quien con una mirada severa mandó cerrar la puerta. Todavía se oyeron gritos desgarradores al otro lado durante más de una hora, tiempo en que la morbosa concurrencia había bisbiseado imaginadas letanías con el movimiento de sus labios, hasta quedar paralizados ante el quejido de la puerta que se abría: «¡Ha sido un niño!», dijo orondo y bobalicón don Fermín. Y una exultación de júbilo envolvió toda la casa y rescató a Felipe de su angustia, hundido en el escaño del comedor y de pronto arrebatado por una emoción incontenible, que enjugaron unas gozosas lágrimas, y una moca que su nariz destilaba por la congestión tensa de largas horas, recogida en su pañuelo, torpe y maquinalmente.

La amenaza de catástrofe con que Felipe vivió el parto de su mujer se convirtió en conmoción duradera, avivada por el recuerdo y, no obstante el final feliz, advirtió en lo sucesivo una sensación que le hacía vulnerable, una advertencia interior del capricho que parecía regir la vida. La recuperación de aquel trance extendió sobre el matrimonio un tiempo de cautela temerosa, que matizó la alegría hasta imponerse el ritmo habitual de las cosas. Pero cuando

los días soleados del primer otoño anunciaron una prometedora vendimia, el mundo pareció acelerarse con un reclamo de futuro. Eduviges, con su blancura y orgullo reforzados, se acercó risueña una mañana luminosa a la casa parroquial para encargar a don Renato una misa de acción de gracias. Fue un paseo triunfal del brazo de su comadre Felisa, quien entre repartidos cumplidos y parabienes de los vecinos y transeúntes, puso al día a Eduviges de la suerte que había tenido Hontanalta al haber sido elegida por el cura treintañero, venido de la capital y sobrino de los Vadillo:

—Parece que don Lisardo Vadillo tiene vara en el Arzobispado y ha tenido mucho que ver para que viniera aquí, porque se lo disputaba toda la comarca. Aunque dicen que es muy listo y lo mismo acaba en el Vaticano — le dijo Felisa.

—Estaría bueno que llegara a papa... —contestó ensimismada Eduviges.

—Anda, mujer, eso nunca se sabe..., pero todavía está un poco lechón. Habrá que ver cómo se va destetando con los años. ¿No te parece?... Aunque, eso sí, yo creo que no va a durar mucho por aquí. No hay más que oírle hablar. Si parece un Séneca...

La voz timbrada de don Renato acarició el aire templado de la nave barroca, casi abarrotada de la iglesia. Tras la lectura del Evangelio, se dirigió hacia el púlpito con las palmas de las manos juntas y la cerviz vencida hasta tocar con sus labios la yema de los dedos. En el tránsito, la expectación se transformó en arrobó y el silencio contuvo los alientos. Las miradas se irguieron aupando su cuerpo por las breves escaleras, y en la plataforma, con la feligresía a sus pies, la elegancia de su figura se estilizó, tiesa y envarada. Con aplomo, don Renato contó en su mente hasta siete segundos, apurando la espera y, adelantando sus manos sobre la barandilla, dijo con tono ensayado y modulado de inflexiones: «Habéis oído en el evangelio de san Mateo, queridos hermanos de Hontanalta, cómo nuestro señor Jesucristo cortó en seco las malas intenciones de los fariseos al preguntarle por la licitud del divorcio, pecado nefando que alimenta el adulterio, y todo junto abre el camino de la disolución de lo sagrado y trae el vicio y la perdición de la sociedad cristiana, pues como Nuestro Señor advirtió en ese mismo pasaje, el hombre y la mujer, al unirse en matrimonio, no son dos, sino una sola carne, de tal manera que lo que Dios ha unido no podrá separarlo jamás el hombre. Pero fijaos cómo a continuación es el propio Jesús el que bendice con el destino más alto, el de la Gloria, el fruto legítimo de esa unión sagrada: los

niños. Cuando sus discípulos les impiden el acceso a Jesús, este, al advertirlo, les dice: “Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos será el reino de los cielos”. Pero la pereza y el olvido de los hombres, propias de su menesterosa naturaleza, hacen que yerren gravemente a causa de su orgullo y su soberbia, que les ofusca cuando el aire de la vida les es favorable. De ahí que Dios, Nuestro Señor, nos recuerde a menudo nuestro verdadero destino miserable entre el dolor, la enfermedad y la muerte. Pero no como un ciclo definitivo donde todo se acaba. Al contrario, nos está diciendo que el final de este primer ciclo, que es nuestra vida, no es otra cosa que la preparación para el segundo y definitivo: la resurrección a la vida eterna. Pero, ¡ajo! Porque la vida eterna no se nos regala ni se alcanza, sino con la imitación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y el cumplimiento de su doctrina: y ¡ay! de los que se aparten de ella. De modo que en nuestra vida, tanto en las alegrías como en el dolor, en la prosperidad como en la pobreza, hemos de recordar siempre que no somos otra cosa que criaturas de Dios, imperfectas y sometidas en cualquier momento a su voluntad soberana, absoluta. Y por eso nos prueba en cualquier momento. A unos y a otros, a cualquiera, pero especialmente a quienes han sentido su voz y perseveran en ella. Nos prueba en nuestra fe mostrándonos a veces el abismo del sufrimiento o de la misma muerte, para rescatarnos con su gracia, agrandando el don que nos concede: la propia vida o la de nuestros hijos y amigos; como la del hijo de Eduviges, que aquí nos reúne exultantes, después de haberla mantenido Nuestro Señor en vilo tantas horas de dolor, y servirse, finalmente, de la pericia de don Fermín, para traer un alma más a nuestra Iglesia, que le abrirá sus puertas de salvación mediante el bautismo, que celebraremos el próximo domingo a las cinco y media de la tarde, en la pila gótica de nuestra iglesia. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Alegría!, queridos feligreses de Hontanalta. Que el nacimiento de un nuevo cristiano entre nosotros, sea motivo de regocijo. Y que la felicidad de sus padres revierta en nuestros corazones, dando gracias al Señor por tamaña merced que, en definitiva, se derrama sobre todos nosotros, aunándonos en su misericordia. Amén».

Juntas en el mismo banco, las palabras de don Renato llegaron a los oídos de Eduviges y Felisa con efectos bien distintos. Mientras a la primera le embargó una alegría desbordada, seguida de una levedad flotante, Felisa sintió un vuelco inesperado en sus entrañas que la dejó inerme, desfondada. Hubo de esforzar su mente, tirando de sí misma, para salir del estupor que la paralizaba, pero enseguida fue consciente de que algo profundo se había

dañado sin remedio en su interior. Al final de la misa permaneció sentada, absorta; luego fue empujada por el tropel de gente que avanzaba lentamente hacia la salida de la iglesia. Pero no pudo evitar volver la vista, buscando a Eduviges que, entre besos y felicitaciones, se abría paso a contracorriente hacia la sacristía.

Al fondo, junto a las grandes cajoneras barrocas, se hallaba don Renato, cuando, descolgándose la estola, volvió su rostro hacia Eduviges. Con las manos entrelazadas por debajo del pecho, enhiesto, dio varios pasos extendiendo lentamente su brazo y la mano derecha con los dedos unidos. Eduviges hizo una genuflexión mientras tomaba y besaba aquella mano blanca, pálida, iluminada por un anillo de oro macizo, recuerdo familiar del día de su consagración. Elevó sus ojos hasta darse con los de don Renato, negros, penetrantes, tras sus gafas redondas de montura metálica. Dueño de la escena, al percibir la emoción de Eduviges, le dijo:

—Que el Señor esté contigo, Eduviges, y que en la felicidad y la adversidad no le abandones nunca, porque él no te abandonará.

Un rubor humedecido en sus ojos le hizo balbucir a Eduviges:

—Cómo vamos a pagarle tanto bien como usted nos hace, don Renato...

—Con fe y caridad cristianas, Eduviges... Con fe y caridad cristianas... Con ellas todo se soluciona —repuso el cura, insinuando una leve sonrisa, como de oficio—. Y con esa devoción ferviente que profesas a nuestra madre, la Virgen María, nuestra mejor y más eficaz intermediaria.

Eduviges ya no olvidaría nunca aquel día emocionante. Salió de la iglesia casi vacía en volandas y, al ver en el atrio a Felisa, que la esperaba, pareció volver a la realidad. La cogió presurosa del brazo y le dijo:

—Pero, mujer, ¿cómo no me has acompañado a dar las gracias a don Renato? ¡Qué emoción, Felisa, qué emoción! Vaya que vas a tener razón, que este acaba en el Vaticano...

—Sí que hila fino, sí... —contestó Felisa, reprimiendo una marea interna.

Todavía inquieta con el acontecimiento de la misa, por la noche, metida en la cama, le dijo a Felipe mirando al techo:

—¡Hay que ver cómo habla don Renato! ¡Y hay que ver lo que te cuesta a ti quedar bien con la Iglesia! Siempre renqueante. Con lo poco que te habría costado acompañarme a saludarle. ¡Hala, hala!, corriendo a la solana con los amigotes...

Con la cabeza en otro sitio completamente distinto, Felipe hizo un esfuerzo contrariado y repuso:

—Lo que hay que ver es lo pronto que os toman la medida estos curitas a las mujeres, aunque luego los más perjudicados somos los hombres, claro. ¡Y qué pronto os meten en vereda! ¡Hay que joderse!... Ya puede hablar bien, ya... Todavía no me has dicho lo que le has pagado por la misa y hace una semana que mandé que le llevaran un lechazo, un saco de harina, otro de melones y un carro de leña... ¡Nos ha jodido!... Ya puede hablar bien, ya... Y todavía queda el bautizo...

—¡Pero qué bruto que eres, Felipe, hijo!... —exclamó Eduviges con inercia espontánea, sin acritud, relajada.

Hubo un momento de silencio prolongado, roto al cabo por la voz de Felipe que dijo sin esperar respuesta: «Mira que te he dicho veces que estos Vadillo no dan puntada sin hilo»... Luego, Eduviges presintió su llegada, una mano que palpó bajo el camisón su pantorrilla derecha y fue ascendiendo suavemente, abriéndose paso entre sus muslos.

Más allá de producirle una cierta euforia, a Felipe García Robles aquella homilía de don Renato no le dijo nada nuevo, salvo lo de la resurrección eterna. Si lo del divorcio y el adulterio estaba claro («otra cosa bien distinta era echar una cana al aire», pensaba Felipe), aquello de la resurrección eterna era un asunto que sin pensar en ello se le había fijado en la cabeza últimamente. Casi con seguridad, desde que en uno de los primeros sermones del nuevo cura, este se había referido a la «resurrección de la carne», frase que le había llamado la atención; primero por el contraste radical de la experiencia: la carne se pudría y desaparecía de una manera u otra, hasta convertirse en polvo, y los huesos tardaban un poco más. Pero, sobre todo, por la rotundidad y el empaque con que aquel cura hablaba de esa felicidad eterna con que andaríamos en el cielo, «y con nuestro propio cuerpo resucitado, que esto sí que tiene cojones», se decía a sí mismo Felipe; porque ni siquiera se le había ocurrido comentar con Eduviges semejantes pensamientos, que habrían sido motivo de peligroso disgusto. Sobre estos asuntos de la mortalidad y la vida después de la muerte, ni una palabra. Todo esto convenía llevarlo con absoluto secreto, pensaba Felipe, convencido de lo delicado del tema. Y el tema daba de sí, «ya lo creo», tanto que para él se convirtió en adelante en una idea caprichosa, que acudía sin avisar a su mente de manera imprevisible y, por repetida, un tanto molesta.

Una tarde lluviosa y fría a comienzos del otoño, Felipe se acercó a la carpintería de Hermógenes para ver cómo llevaba el encargo de las teleras del redil de las ovejas. Lo encontró en el umbral de la misma trasera abierta de par en par, apoyado en una de sus hojas sobre el hombro derecho, con el grueso cigarro entre los labios, las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas, descansando en el pie izquierdo. Estaba contemplando la lluvia. El olor del serrín se había suavizado por la humedad, y las tenues luces de la tarde se fundían ya con la penumbra del colgadizo, cuyas grandes vigas enmarcaban el fondo de la cubierta flotando en la oscuridad. La balumba de cachivaches, maderos, tablas y tablones, listones, varales, ruedas de llanta con sus radios de madera rotos, varas y lanzas de carros desguazados..., semejaba los restos amontonados o esparcidos de una desigual batalla, entre cuyos huecos y recovecos se movía Hermógenes con una facilidad llamativa. Su natural flema escondía una sorna que aplicaba con interesado discernimiento o puro capricho, aunque a veces el pronto y una cierta vehemencia le traicionaban en el peor momento, frente a los más rencorosos o los más soberbios, ante los que, a veces, echaba y mantenía pulsos temerarios. Ello le había traído malos quereres y dividido a su clientela, pero, sobre todo, le había privado del trato de algunas de las familias más acomodadas de Hontanalta, que optaron por los servicios del muy ordenado señor Jesús, el otro carpintero de Hontanalta, tan discreto y servicial como prudente. En la lengua y las manos de Hermógenes podía saltar la chispa en cualquier momento, repentina e imprevisible; aguda en su resolución, pero con frecuencia veleidosa. El tío Jesús no tenía chispa, sino una disposición constante en el trabajo. Sesentón impávido, su parquedad en el habla era pariente íntima del silencio y nadie sabía si ello era de natural procedencia o resabio cauteloso. Aunque hacía encargos a los dos, Felipe siempre estuvo más cerca de Hermógenes, por temperamento y afinidades electivas pero, sobre todo, por edad, y por ese guiño con que la vida identifica e inclina a unas personas con otras o las separa con aversión irremediable. Los cinco años que le llevaba, surcados prematuramente en su rostro renegrido, iluminado por una mirada quieta y penetrante, le habían permitido a Hermógenes apreciar la espontánea bonhomía de Felipe y su repente inesperado ante las contrariedades, algo broncas, decididas con los vilmente interesados. Pese a su ascensión fulgurante, Hermógenes siempre le consideró gente de su cuerda.

—Parece que te ha abandonado la parroquia, Hermógenes —dijo Felipe,

apenas traspasó el umbral de la trasera, sacudiéndose la lluvia con unos manotazos sobre los hombros.

—No hay cuidado... Esta lluvia viene inverniza y retrae un poco a los mirones. Pero ya verás cómo, tan pronto como escampe, en breve se me llena esto de ayudantes... Y con la herramienta hay que andar con ojo. Ahí tienes las teleras, ya puedes mandar el carro cuando quieras.

—No me has dicho nada de los pinos que te corté. Eran cojonudos...

—La mayoría estaban bien sanos, sí; menos uno de los más grandes... Ya verás los nudos, ya... El pino albar es lo que tiene... No es el negral, que no hay dios que lo enfile, pero como no esté limpio, el piñonero requiere maña también. Es lo que tenemos...

—¡Hombre!..., algunos olmos hay también, robles, encinas... —insistió con interés Felipe.

—¿Cuándo has visto tú trabajar aquí los olmos? Eso no hay quien lo meta mano, hombre... Alabea mucho, como la encina, y no tiene su dureza. No hay manera de sacar una tabla recta. Los negrillos, como los fresnos, para mangos de herramientas...

—Y si son tan duros y resistentes, ¿por qué no has hecho nunca un ataúd de encina o de roble?

—Tú no lo sabes, pero sí que hice uno de roble para el tío Adalberto, el padre de los Santiaguines, cuando yo empezaba aquí, con mi padre, siendo muy joven. El tío Adalberto era muy flamenco, pero muy beato, si te acuerdas, y se murió de muy viejo, yo creo que llegó a los ochenta años o casi. Era un comehostias, de los de adelante en misa siempre..., besaba la mano al cura, no me jodas... Un día vino y le dijo a mi padre que tenía que hacerle la caja de encina, bien fuerte y acabada, que no le tenían que comer los gusanos para estar bien conservado el día de la Resurrección... «¡Pues vas apañado, si quieres estar entero con la encina!», le contestó mi padre. «¿Cómo es eso?», preguntó extrañado el tío Adalberto. «Pues porque la encina es durísima y aguanta siglos, pero se agrieta enseguida, hombre... y te van a entrar los gusanos por las rajadas como un ejército por un camino empedrado»... «¡Demonios!», dijo el tío Adalberto, porque este hablaba así, «¿entonces?». «Pues»..., dijo mi padre, pensándolo, «o doble tabla de pino albar o roble quejigo de aquí de la comarca, si es que encuentras alguno suficientemente viejo y gordo para sacarle unas buenas tablas»... Y así fue. Nos trajo un par de ejemplares buenones, que yo no sé dónde los cortaría, porque no es fácil ver por este término quejigos tan grandes, aunque tú

sabrás, ahora que tienes tantas pimpolladas allá abajo, en Arroyocorbo, que allí todavía quedarán algunos buenos, si es que no te da, como a todos los labradores, por talarlos para leña, que aquí todo lo que no sean frutales o dé piñas, lo arrasáis con una saña que para qué... Y luego decís de los pastores... Bueno..., yo no sé cómo estará el tío Adalberto, pero le hicimos una caja elegante, pesadísima, porque esa madera es muy maciza; y muy bien rematada; con sus molduras en la tapa y listones muy finos y sobresalientes en los vivos de las juntas, y un barniz sobre el pulido que encargó mi padre en El Collar que, al final, resplandecía como de fábrica de la capital. El tío Adalberto llegó a verlo acabado y le dijo a mi padre poco antes de morir: «¡Vaya que ahí dentro sí que llego aviado y a tiempo!»...

—Yo me acuerdo del tío Adalberto, siendo niño, pero lo del ataúd no me lo habías contado —le interrumpió Felipe—. Era muy alto y muy tieso...

—Y muy cabrón... —cortó secamente Hermógenes—. Como todos los ricos meapilas era de entraña retorcida y biliosa, le llevaban los demonios de ver cómo los pobres podían salir adelante, porque para estos los pobres tienen que ser como un rebaño de ovejas, siempre prestas a ser ordeñadas a cambio de un poco de pasto caritativo. Siempre ha sido igual. Habría hecho buenas migas con este curita nuevo, que también se las trae, según me cuentan; que no anda más que con la carne a vueltas, la tentación de la carne, el pecado de la carne, la resurrección de la carne y la puta que le parió... Bueno, tú sabrás que vas a misa...

—Yo no te quito la razón, Hermógenes. Lo sabes muy bien —contestó reflexivo Felipe—. Pero tienes que reconocer que como estos tengan razón, por casualidad, solo por casualidad, tú y yo tenemos un problema cojonudo. Porque, ¿a ver con qué cuerpo nos presentamos como sea verdad eso de la resurrección?

—Eso sí..., pero ya puedes perder cuidado, porque resucitar no vas a resucitar. Eso ya te lo digo yo, pierde cuidado. En el momento que cierres el ojo se acabó. No hay más, ya le puedes dar las vueltas que quieras, que te va a dar igual. Eso si no te vuelves tarumba, que es lo que pretenden estos. Y si lo consiguen..., somos pan comido.

Para Felipe, echar una parlada con Hermógenes, preferiblemente a solas, era como sufragar una necesidad escondida. Para el carpintero, la sola aparición de Felipe apartaba su adustez con un vuelco refrenado, tácito, de alegría. La radical agudeza de Hermógenes se atemperaba ante las dudas más convencionales de Felipe; la intemperancia de sus opiniones de ambos nunca

fue obstáculo para el afecto mutuo, parco, contenido, para el entendimiento sincero que unió su amistad de por vida. En las observaciones de Hermógenes, fueran del tipo que fueren, había algo envolvente que movía la curiosidad de Felipe y le inducía a comprobar por sí mismo aspectos aludidos del entorno y la vida más inmediatos, para él hasta entonces insospechados. Así, desde que en la última juventud alcanzaron ese punto de entendimiento en que el secreto alimenta y sella las voluntades, Felipe fue aprendiendo que las certezas de su propio mundo no eran tales y que las opiniones de Hermógenes iban mucho más allá de los meros comentarios del común. Había en su mirada sobre las cosas algo diferente, una complejidad natural que se hacía mucho más complicada cuando se adentraba en las relaciones de las personas y la vida social, pero que no descuidaba el conocimiento de cuanto rodeaba al trabajo del campo, la dureza de la vida campesina, no obstante sustentada por una armonía y una belleza incomprensibles para los propios labriegos, que se enfrentaban a la naturaleza como a un enemigo formidable o, más frecuentemente, con resignada indiferencia: «Os pasáis la vida en el campo, jurando y maldiciendo por llanos, laderas y páramos, y os morís sin haber distinguido el olor sedante del tomillo tierno de su intensa agudeza en plena sazón», le dijo un día Hermógenes, con no disimulado desdén. «Decís, como quien oye llover, que los enebros y sabinas huelen bien, pero no se os ocurre acercaros a ellos por curiosidad, tocarlos y llevaros sus ramas a las narices de vez en cuando y descubrir que el olor de la sabina en flor es momentáneo y suave, pero en un instante de la inhalación te abre los conductos de la nariz hasta los pulmones con una satisfacción incomparable... Tanto para la vida como para la muerte, los labradores estáis como mostrencos recelosos, enemigos de cualquier cosa que se aparte de las costumbres, de lo conocido, y siempre con un temor y una sospecha que hace de la vida de todos una amargura».

La prueba de fuego que llevó a Felipe a considerar a Hermógenes una persona especial, mentalmente por encima de los habitantes de Hontanalta, fue la de los cipreses negros. Un día, hablando de la dificultad de sacar buenas tablas de los distintos árboles, el carpintero le dijo que la madera de los cipreses era la más dura, casi eterna, y que los cipreses negros, además, te absorbían el cerebro y te volvían loco si te dormías junto a ellos, porque, según los antiguos, sus raíces eran tan profundas que llegaban al infierno que, por supuesto, estaba en el fondo de la tierra, como los volcanes: «Pero en nuestro terreno —añadió Hermógenes— son raros los cipreses negros, salvo

la pequeña colonia que sobresale por encima de los pinos del barco de Vallehondo. Esos son cipreses negros. No sé si lo sabes»...

—Pues no, no lo sabía —contestó Felipe con una risa sardónica—, pero como me pillas de mano camino de mis viñas de las Mesillas, un día de estos hago la prueba y te lo cuento, que eso es mucho más fácil que lo de la resurrección...

Y la hizo. Una tarde soleada y plácida de primeros de octubre en que Felipe echó una última ojeada a las dos viñas que tenía en el pago de las Mesillas, antes de dar comienzo a la vendimia, se adentró en el páramo por el camino de Ronda hasta la senda casi perdida que se abría en el erial pedregoso, contiguo a la boca del cerro. Inició la bajada del barco entre majanos y una línea tupida de pinos y carrascas que estrechaban la senda desde el comienzo mismo de la depresión. A medida que descendía, sintió un golpe de humedad, mientras la luz se apagaba entre la espesa vegetación. Un extraño silencio habitaba aquella entraña vegetal, tapizada de tersa hierba sobre un suelo mullido en el que sus pies se hundían. El musgo iba marcando las zonas más sombrías y volvía a aparecer con especial frescura sobre los entresijos y las propias piedras que aterrazaban los flancos, acotando la suave bajada central, como la pequeña lengua de un extinto glaciar. A media ladera, un reducido claro circular devolvía la luz a la densa umbría, y Felipe, inopinadamente, se sintió aliviado. Pensó entonces que estaba inquieto y se avergonzó de sí mismo. Recordó las palabras de Hermógenes: «El problema es que no os fijáis en las cosas detenidamente, así que os morís sin conocerlas». Y Felipe se dijo para su colete que había que observarlo todo, enterarse bien, y así poder darle alguna réplica a Hermógenes. Tenía delante los cipreses negros. Notó que se sobrecogía. Se extendían en un ancho de veinte a treinta metros entreverado de troncos, disputando estrechamente el terreno abrupto a los grandes pinos carrascos, entre cuyas altísimas copas sobresalían sus puntas afiladas, triunfantes hacia el cielo. Se colocó en el centro del claro y miró con detenimiento en derredor, haciéndose una idea exacta de la cavidad de aquella hondonada, que arriba, en sus bordes con el páramo, delimitaban las tenues luces que se filtraban entre la vegetación. Luego observó la torrentera seca, con sus ribazos intrincados de zarzas, madreselvas, jaras, enhiestas, leñosos pinos derribados, despojados por el tiempo de su roña, como osamentas blanquecinas y pulidas. A uno y otro lado por encima de todo, la ladera se empinaba boscosa hasta los límites de los cerrales, entre quejigos, pinos y sabinas.

Le vinieron a la mente recuerdos difusos de haber bajado por aquel barco de niño, quizá desde algo más adolescente, pero no había guardado ninguna sensación parecida a la que ahora estaba viviendo. Al acercarse a uno de los primeros cipreses, observó lo apretado de su ramaje, su rectitud perfecta, el ápice que hendía el cielo. Acercó su mano derecha al tronco, agarrándolo. Observó el gris oscuro de su corteza, menos rugosa que la de los comunes, como trenzada, que rozó varias veces con sus dedos; y pensó que cinco o diez minutos sentado en la base del tronco de cualquiera de aquellos cipreses serían suficientes para desbaratar la leyenda que los había atribuido Hermógenes. Buscó uno de ellos con el tronco pelado más de un metro, se sentó en su base apoyando en él su espalda, estiró las piernas y respiró profundamente. A su izquierda, a poco más de un metro, emergía del suelo una gran piedra caliza, cuadrada, agujereada por la erosión, invadida por el musgo. A Felipe le pareció que en algún momento del pasado alguien la había labrado de forma un tanto rudimentaria, pero no le dio más importancia, aunque en ese mismo instante se dijo a sí mismo: «Es verdad que este sitio tiene algo de misterioso», y notó contrariado un ligero desasosiego, como si le acechara algo o alguien. De repente, un murmullo progresivo pareció envolverlo todo, un viento levantado y venido de muy lejos. Felipe miró hacia arriba y vio cómo se meneaban las copas de los pinos y las puntas de los cipreses. Le pareció extraño, porque el día había sido calmo, y aumentó su inquietud. Estaba expectante, cuando cesó el ruido y, al poco, el viento desapareció. Pero la sensación de algo pasajero o anecdótico se quebró enseguida en su ánimo, al levantarse el murmullo con más fuerza e irrumpir el viento a ráfagas y pequeños torbellinos que elevaban las hojas y el polvo arrastrados desde la ladera, zarandeando el ramaje de los quejigos y carrascas, agitando las jaras, zarzas y madre selvas. Más sorprendido todavía, Felipe se quedó exento, casi sin respirar, contemplando atónito aquel fenómeno que ladeaba con facilidad los troncos de cipreses y pinos y ululaba en sus copas. Permaneció quieto, inerte hasta que la confusión y el sonido fueron alejándose poco a poco. Luego se hizo un completo silencio en su mente, mientras su vista se recreaba en la liviana caída de las hojas y el suave meneo de las ramas de un gran quejigo, que clareaba en la salida del torrente hacia el valle abierto. Esa fue su última imagen paralizada, antes de que todo se precipitara.

A lo largo de su vida, nunca supo Felipe con certeza el alcance de aquella experiencia, sus visos de realidad o de sueño, pero le hizo

comprender que no todo estaba a la vista y que había cosas y razones que escapaban a su entendimiento y, sin embargo, existían. Sabía con seguridad que se despertó junto a los cipreses con las últimas luces del ocaso, que todo le daba vueltas en una enorme confusión y que una extraña fuerza le impelía a vagar desorientado por la ladera y el páramo dando tumbos, buscando inútilmente el camino de Hontanalta; a donde llegó, no obstante, por su propio pie ya anochecido, pero con tan poco dominio de sí mismo que Eduviges le había metido en la cama y llamado a don Fermín, quien había diagnosticado que se trataba de un corte de digestión sin más contratiempos. Al día siguiente, ya por completo despejado, Felipe comprendió la fuerza del secreto. Dio toda clase de facilidades a la versión del médico, prometió a Eduviges que no bebería el agua tan fría de las fuentes del campo y trató de recomponer aquel extraño suceso, que acrecentaba el crédito de Hermógenes. Pero no lo conseguía del todo. Nunca pudo concretar la secuencia de las imágenes arrebatadoras, caprichosas, que se acumularon en su mente y que, a lo largo del tiempo, volverían a él de forma recurrente tanto despierto como dormido. Solo había una excepción: el recuerdo coherente de los dos ataúdes.

Él lo había visto. Un cielo humeante de fuego, turbio, había teñido el ocaso anaranjado. Una luna de sangre, inmensa, emergió de las tinieblas, iluminando el abismo abierto al pie de la ladera. Hacia el interior del páramo, en medio de un gran rastrojo todavía no arado, la luz sanguinolenta iluminaba un pozo con el agua a ras del brocal de piedra labrada. Y en medio de él, flotando con un ligero movimiento circular, un pequeño ataúd de madera de pino, escueto y cerrado. Lo que hubo de transición de una luna a otra pareció recorrer una gradación de luces portentosas: del rojo al púrpura; del púrpura al cárdeno; del pardo a un amarillo sucio, que fue degradándose hasta el verde oliváceo, desvaído, pálido, lentamente blanquinegro por la luz de una luna ahora plateada. En la extensión de una penumbra fúnebre fue abriéndose una irisación opalina, cuyos puntos blancos fueron ampliando los claros grisáceos, entre las sombras nocturnas. De ellas surgieron figuras extrañas, miembros humanos petrificados, rostros pegados a la tierra como bajorrelieves, perfiles de rotas esculturas entre la vegetación. Del claroscuro plateado de los cipreses salieron dos niños descabezados, hieráticos, casi pétreos. Llevaban flores en sus manos sobre el regazo de sus túnicas. Caminaron por una senda de lajas calizas que clareaba la luna. Ascendía por la ladera y cruzaba el páramo hasta el filo del abismo que se abría a lo largo del cerro, en cuyo extremo se pararon. En el fondo del tajo, el arroyo era una

línea de brillo acristalado que trazaba algunos meandros y se encauzaba recto hasta desaparecer. Por él bajaba un sencillo ataúd de madera de pino, sin tapa, con el cadáver amortajado de un niño, pero con la cabeza exenta. Blanqueaba su rostro una ligera pátina granulenta, quizá de polvo de harina; los ojos abiertos, negros, con un rastro de ceniza en sus cuencas, la mirada perdida; el pelo claro, aplastado sobre el cráneo, con un rizo sobre su frente; los labios apretados, en un rictus de fría serenidad, con el alma en otra parte, arrebatada para siempre. La caja flotó lenta y circularmente durante un buen rato en uno de los grandes remansos de la corriente hasta que continuó arroyo abajo.

—Me han dicho que has estado muy malo —le dijo Hermógenes, apenas apareció en la trasera de la carpintería una semana después—. No sabía si ir a verte o qué... Un corte de digestión, me han dicho...

—Estuve con tus cipreses —le contestó Felipe, mirándolo fijamente a los ojos.

Hermógenes le mantuvo la mirada, serio, y, tras unos segundos en silencio, preguntó:

—¿Te bajaron al infierno?

Felipe calló otro tanto y con la misma intensa mirada, contestó:

—Sí. Creo que eran las puertas.

Hermógenes asintió varias veces con la cabeza, mirando al suelo y ambos permanecieron en silencio hasta que cambiaron de conversación. Desde entonces, su relación se afianzó con la complicidad de lo prohibido, del delito, y su entendimiento tuvo en la mirada un recurso seguro de iniciación, un guiño de confianza.

La vida de Felipe García Robles se quebró en el verano siguiente, una tarde de siega de primeros de agosto en que las gavillas se aventaron de repente por un viento imprevisto. El sol declinaba en su ocaso cuando Felipe pidió a los segadores que hicieran haces y los ataran deprisa. Miró entonces al fondo del camino, hacia poniente. Le deslumbró una luz escarlata y bajó instintivamente la cabeza, protegiéndose con el ala del sombrero, pero en el mismo instante distinguió la cabalgadura de un burro, una silueta negra que desprendía una pequeña estela de polvo. Miró varias veces con aprensión cómo se acercaba el mochil en hora tan intempestiva. El joven fue directamente hacia él y sin apearse, amilanado, le dijo: «Que dice la señora Eduviges que vuelva usted deprisa, que algo anda mal»...

Su tercer hijo, un varón con apenas diez días, había muerto poco

después de mediodía empapado en una descomposición acuosa y fétida. «No retenía, no retenía..., el angelito no retenía», repetía la señora Eduviges, compungida, cuando lo lavaba con Felisa para la mortaja en medio de un coro de comadres. «Y lo peor», sollozaba, «es que se va al limbo sin remedio..., angelitos»...

Felipe apenas echó un vistazo a aquel bulto canijo, emperifollado con un vestido de faldón, jaretas y vainicas, y un gorro ajustado a la cabeza por una cinta de raso, con un lacito. Cuando le abrazó Eduviges sintió la humedad de su llanto contenido y pensó que había que prepararse para un tiempo amargo que encadenaría más desgracias, porque, además de su secreto de él, estas nunca vienen solas. Luego, más allá de la conmoción de los primeros días, el rigor del verano no cesó hasta bien entrado octubre, y un otoño seco y polvoriento dio paso a un invierno frío en que el viento del norte bloqueó las borrascas y extendió su asperura de hielo hasta la segunda quincena de mayo. Cuando ya se daba por perdida la cosecha y en la mente de los labradores se afianzó el miedo, unas lluvias escasas calaron la superficie de la tierra y avivaron el mortecino cereal hasta encañar débilmente. Felipe desmenuzó algunas espigas en uno y otro pago, aquí y allá, a lo largo de junio y concluyó que lo fofo de sus granos traería una cosecha completamente huera.

Fue un año funesto para las bestias y los hombres. Un aire de peste diezmó los animales domésticos y las caballerías, hizo limpia de viejos y enfermos, y en el curso de casi año y medio apenas sobrevivieron algunos recién nacidos en toda la comarca. Un brote violento de rabia aconsejó el sacrificio de los perros, que fueron apareciendo ahorcados por doquier, balanceados por un viento acre, mineral. Las ovejas abortaban. De un día para otro, las gallinas morían amontonadas, caídas de los palos de los gallineros, o diseminadas por los corrales; como los conejos, yertos, sin explicación alguna, aunque se pronunciaba en tono muy bajo la palabra «peste». Hasta los gatos caían desmadejados de tejados y paredes, señal definitiva que comenzó a interpretarse como castigo divino. Don Renato lo resumió en un sermón esperado y urgido como consuelo reparador en la misa mayor de un domingo ventoso y desapacible de abril: «El dolor que venimos padeciendo desde hace meses, hermanos de Hontanalta, no es más que una prueba a que nos somete Nuestro Señor, Dios todopoderoso, una prueba durísima que apunta a nuestros pecados escondidos, a la negra entraña que nos acompaña sin confesar, pensando, ¡ilusos!, que a Dios podemos engañarlo como lo hacemos entre nosotros, hipócritas como fariseos. Pues

no, Dios lo ve todo en todo momento y de vez en cuando se ve obligado a recordárnoslo, porque es él, y solo él, el que establece el tiempo de nacer y el tiempo de morir, el tiempo de plantar y el de cosechar, como dice el Eclesiastés..., el tiempo de matar y el tiempo de curar, el de destruir y el de edificar, el tiempo de llorar y el de reír, el de amar y el de aborrecer, el tiempo de guerra y el tiempo de paz... Las señales que nos envía son una advertencia de nuestra errada senda, para que volvamos al camino recto. Y esa vuelta solo depende de nosotros, haciendo examen de conciencia y propósito de la enmienda, con la ayuda de quienes somos sus ministros aquí en la tierra. Empecemos ahora mismo, queridos vecinos de Hontanalta, iniciemos esa vuelta al camino de la verdad y la vida, porque el Señor, en su misericordia infinita, se apiadará de todos nosotros, nos levantará el castigo y nos mostrará de nuevo la verdadera felicidad, la felicidad y el orden de la vida cristiana, la única, la verdadera luz salvadora».

Pero el cuarto hijo que parió Eduviges a primeros de octubre, como había venido barruntando Felipe desde que su mujer quedó de nuevo embarazada, no entró en la lista de la felicidad anunciada por don Renato. No estaba en la reserva divina. Murió a mediados de diciembre de un cólico miserere, diagnosticado correctamente por don Fermín, que así definía categóricamente toda muerte infantil en la que aparecía muestra de descomposición. Endurecido desde hacía tiempo por el presagio, Felipe asumió aquella muerte temida y esperada casi como la liberación de un largo periodo de tristeza íntima, inconfesada. Entre el bullicio del vecindario agolpado por la casa, en la congestión húmeda de los pésames, como un autómatas, Felipe observó en el rostro desencajado de su mujer la marca reseca de sus ojeras, unos trazos agresivos en la palidez de su blancura impecable. Y comprendió que, por primera vez, Eduviges estaba hundida e inerme, y que ni siquiera su religiosidad ciega había sido suficiente para contener su caída, seguramente aciaga, como quien pierde por primera vez la inocencia. Movidado por un pronto, buscó la salida del corral para estar solo, como una necesidad perentoria. Un frío tonificante le dio en la cara, neviscaba. En las tenues, cenicientas luces del oscurecer centelleaban los débiles copos, un brillo fugaz de hielo sobre el que emergió de súbito una gran luna plateada. Felipe la observó detenidamente y se dijo: «A ver si con esto, acabamos». Y al entrar en la casa, una vaharada de humanidad le inundó los sentidos. Pensó entonces, decidido, que había que volver a empezar.

Todavía hubo que remontar un invierno muy recio en que Felipe puso a

prueba toda su capacidad organizadora, tirando de reservas metódicamente establecidas por su capacidad previsor, tras una cosecha desastrosa. Pero hasta bien entrada la primavera del nuevo año, la desgracia pareció cebarse en toda la comarca con un rastro de muerte, que llevó a los habitantes de Hontanalta a denominar aquel fenómeno, antes de que acabara, como «El año negro». Solo a finales de abril pareció abrirse un signo de tregua que paralizó los ánimos. Casi de repente, desaparecieron las duras heladas y unas lluvias templadas y abundantes rompieron aquel tiempo infernal, desatando una avidez temerosa entre las gentes, que trataban de arrancarse de sí mismas una ya pertinaz desconfianza. Entre el miedo y el deseo, como se recupera el ánimo herido o despojado, fueron apreciando señales constantes del cese de la catástrofe, y la recuperación de la cosecha por un tiempo más que favorable afirmó la esperanza, como si la vida, en verdad, renaciera.

Por entonces, Eduviges volvió a quedar embarazada, después de largos meses ausente, como ida de tristeza, enajenada. Un tiempo que a Felipe le pareció haber vivido en el mismo borde de la locura. Pero el nuevo embarazo obró el milagro y Eduviges volvió a meterse de lleno en la vida y a sonreír una tarde de junio en que, como si ratificara, radiante, su recuperación, le dijo a su marido: «Felipe, si es niño le pondremos Teodoro, que me ha dicho don Renato que significa regalo de Dios». A lo que asintió Felipe, emocionado, sintiendo de verdad la cura de su mujer. Pero cuando, más adelante, comentándolo con Hermógenes, supo por este que ese nombre era similar a Heliodoro, que significaba regalo de Helios, que debió de ser un dios de los antiguos griegos, a Felipe le pareció más bonito el último. Y cuando Eduviges alumbró felizmente a su quinto hijo y dio por hecho que le bautizarían con el nombre de Teodoro, Felipe le dijo muy serio: «Eduviges, de ahora en adelante, lo que diga el curita aquí no pinta nada. Le llamaremos Heliodoro, que es parecido pero mucho más bonito». Y le llamaron Heliodoro.

III

Nunca se había preguntado Heliodoro por qué sobresalió entre sus nueve hermanos, ni qué razones le llevaron a ser el primero ante la voluntad tácita de sus padres. Es cierto que apenas inició su madurez treintañera, en medio de la convulsión del crimen de su hermano Benito, le asaltaron recuerdos e imágenes reveladoras de la ternura entregada y constante de su madre, de la debilidad disimulada que siempre le profesó su padre. Hasta entonces nada le había conmovido con el vuelco de su emoción recóndita y el arrasamiento de sus ojos, como la visión de su padre abatido, ladeado y cabizbajo sobre uno de los brazos del escaño, con la mano izquierda ocultando su rostro. Solo a él le había permitido la entrada al comedor en penumbra, antes de aparecer ante los familiares y amigos que se agolpaban en un rumor bullicioso por todas las estancias de la casa:

—¿Qué hacemos, hijo, qué hacemos?... —dijo débilmente Felipe, como un vagido, elevando sus ojos hacia Heliodoro que, sin dejar de mirarlo tomaba una silla para sentarse frente a él.

—Esperar, padre, esperar. Hay que mantener la calma y esperar... —contestó Heliodoro, impresionado ante el rostro desencajado de su padre—. He hablado con Dimas Fresno —prosiguió Heliodoro, sintiendo emocionado la congestión de aquella mirada—. Me ha dicho que le dé un abrazo, que nos ayudará. Está buscando ya un buen abogado y hablará con la gente influyente de la capital. Dice que le diga que no se desanime, que, aunque el asunto es grave, podremos paliarlo con un poco de paciencia de la mejor manera. Que mucho ánimo. Los Santiaguines y los Mediavilla han venido a verle; están ahí fuera, esperando..., hay mucha gente... También he hablado con el cabo. Después del tumulto que han montado los Pocero, dice que la cosa está controlada, que hará lo que pueda.

—¿Se lo han llevado ya?... —preguntó Felipe con una mirada perdida.

Heliodoro asintió varias veces sin hablar, hasta que, transcurridos lentos segundos en un espeso silencio, prosiguió:

—Han mandado un coche del Gobierno. Iba esposado, con dos números... Dice el cabo que, de momento, lo meterán en la cárcel provincial, que ya nos dirán cuándo podemos ir a verlo.

—¿Qué le pasaría por la cabeza a este hijo?... —dijo ensimismado Felipe.

—No lo piense, padre, no lo piense. Saldremos adelante, no tenga duda, saldremos adelante. Yo me encargaré de ello. Se lo prometo —dijo Heliodoro mirando fijamente a su padre. Y tomándole las manos, se las besó y le ayudó a incorporarse: «Vamos, vamos, le esperan», remató, mientras se dirigió a abrir la puerta del comedor.

Tampoco se preguntó Heliodoro en ninguna ocasión de dónde le vino el temple con que en aquellos días amargos sustituyó la autoridad ausente de un padre derrumbado, de una madre enajenada y sin consuelo. Solo sintió que la postración de su padre era la suya propia y que una fuerza imparable le empujaba. Un tiempo viejo y regalado fenecía en los ojos acuosos de Felipe, un nuevo impulso se imponía, y él lo encarnaba. No hubo resistencia familiar a su natural empeño en ocuparlo todo, ni apenas competencia expresa entre sus hermanos. Solo Daniel, inmediatamente más joven que él, pareció darse cuenta de la oportunidad de aquel vacío. Y aunque era evidente la ceguera de su madre por Heliodoro, no le parecía que lo fuera tanto de su padre. Daniel era listo y rápido en la acción, eficiente y seguro en el trabajo y sus preparativos, aspecto en que su padre le estimulaba, dejándole la iniciativa que no terminaba de asumir Benito, inconstante y disipado. Cazador empedernido desde que su padre le inició en ese ejercicio siendo adolescente, se le agolpaba la adrenalina con una facilidad inquietante. Faldero como Heliodoro, era sin embargo su misma antítesis, al precipitarse con una ligereza engorrosa, que empañaba lo que el otro conseguía fría y calculadamente. Su vehemencia estropeaba a menudo el empuje de su eficacia, la ira de su temperamento desencajaba el encanto habitual de su trato. Pero en el remanso de su personalidad, Daniel alentaba una bondad espléndida, un corazón de oro. Nunca odió a Heliodoro, ni antes ni después, ni sufrió el reconcomio de la envidia en sus entrañas. Al contrario, siempre sintió por su hermano un aprecio vivo, condescendiente, con esa tolerancia protectora que profesa muchas veces el hermano más fuerte para con el raro, el delicado o enfermizo. Hasta el punto de que trataba de quitar importancia al hecho, en cualquier otro inaceptable, de que Heliodoro detestara la caza y las armas. Para Daniel, sencillamente, su hermano era alguien especial al que

había que proteger, incluso cuando se dio cuenta de que el mundo que ocultaba su reserva silenciosa cerraba el paso a sus aspiraciones.

Daniel había repasado la situación con algún detalle no desacertado. Descartado Benito, su padre repartiría las responsabilidades y la representación familiar entre él y Heliodoro, como un arreglo compensado. Su hermana mayor, Esperanza, era dulce y abnegada. Jamás había pronunciado una palabra inconveniente en situación comprometida alguna. Ahora tampoco lo haría. El resto, hasta seis más, tres chicas y tres chicos, venían distanciados por los años y la fuerza de la costumbre: la aceptación tácita de lo que dispusieran los padres; las hijas, por lo demás, no contaban, salvo para la hijuela y las expectativas de un matrimonio favorable. Solo mantenía una duda: ¿hasta dónde sería capaz su madre de hacer prevalecer su voluntad? Impulsado por la complicidad que pensaba le unía a su padre, con una precipitación ansiosa que le abstraía del murmullo morbosos que sofocaba la casa entera, miró el picaporte de la puerta del comedor y girándolo la abrió justo cuando, al otro lado, Heliodoro se disponía a hacer lo propio, instando a Felipe a salir:

—¿Qué hacemos, padre? —preguntó con firmeza Daniel, ignorando a Heliodoro.

—Haced lo que diga Heliodoro, hijo, lo que diga Heliodoro —contestó Felipe cabizbajo, avanzando lentamente.

«Lo que diga Heliodoro»... «Lo que diga Heliodoro»... Aquellas palabras y el hundimiento de la imagen de su padre al pronunciarlas rebotaron en la cabeza de Daniel durante toda su vida. Al principio, como un choque de la realidad, que le dejó inerte después de la estupefacción del momento; después, como quien busca la huida de lo consumado e irreversible y, sin asimilarlo del todo, destila una ironía acibarada al recordarlas o pronunciarlas. En la mañana en que Daniel se despidió de la familia para emigrar al Madrid republicano, donde se haría taxista de por vida, Felipe lloró amargamente.

Dices que cómo fue aquello... Yo era todavía muy pequeño, aunque ya me llevaba mi padre a arrancar yeros y garbanzos, porque Heliodoro, más que criar hijos, nos echó a la vida como herramientas. Él no aparecía por la tierra nunca hasta la hora de almorzar, a eso de las nueve o nueve y media. Llegaba entonces, todavía con la yegua blanca, desmontaba mientras las arrancadoras se daban algún codazo o se hacían algún guiño malicioso. Se

acercaba, se ponía en jarras con su barriga ya bien oronda, y decía: «¿Qué? ¿Qué tal se va dando?». Y se paseaba un poco por aquí y por allá. Fue por los años de la República, sí. Ya no me acuerdo muy bien, aunque sí que tengo algunas imágenes, así, como de mucho barullo. ¿Que si fue cuando lo de tío Benito? Yo creo que sí. Ahí fue cuando se hizo el amo. «Si quieres tener un hijo holgazán, cómprale yegua y colmenar». Y el abuelo Felipe tuvo yeguas y colmenares. Los más grandes, de los que habrás visto las ruinas, en el camino que baja a Cañaquemada, que ahora es apenas una senda perdida entre mucha maleza. Heliodoro fue de los nueve hermanos que vivieron el que más pronto practicó la holganza. De joven sí que le tocó alguna vez trabajar, sobre todo con Ezequías, con el que hacía muy buenas migas, hasta que se casaron los dos, y se pelearon. Luego volvieron a hablarse, pero ya nada fue igual. Por unas lindes, dijeron, pero yo creo que anduvo de por medio la Adelia, la primera mujer de Ezequías, a la que Heliodoro, si no se lo pidió, anduvo muy cerca, y aquello explotó como una espoleta. Pero luego lo taparon mucho, como se lava la ropa sucia en casa. La Adelia era muy guapa, pero algo ligera si se la chincaba, y Heliodoro era paciente. Menos mal que no le gustó la caza, como a tío Daniel, tío Benito y al mismo Ezequías, porque si no se habría pasado la vida corriendo liebres y mujeres, sobre todo mujeres. Así que se concentró solo en las mujeres. Yo creo que no lo podía evitar. No digo yo que tuviera ninguna enfermedad, qué va, pero no había manera con él. Eso del joder era superior a sus fuerzas. El que hacía de mayor era tío Benito, aunque iba a continuación de tía Esperanza, pero entonces las mujeres no contaban más que para la boda y tener hijos. Benito era serio, un poco tieso. Se tomaba muy a pecho ser hijo del señor Felipe y no tenía mucho trato con la gente. No era mala persona, ni mucho menos, aunque decían que era orgulloso. Un poco estirado sí que debió de ser. Se casó muy bien con la Hortensia, la mayor de los Mediavilla, que heredó la parte contigua de la finca de Arroyocorbo y lo juntaron todo. Una hacienda buenona con todo el caserío, que no gustó nada a los Vadillo, los señoritos de Cañaquemada, entonces administrada por don Hernando, un abogado muy redicho y soberbio. Era gordo seboso, con una papada de obispo y un bigotito raído que le hacía un poco ridículo en su gesto implado. Gastaba sombrero de fieltro de ala mediana con una cinta negra muy elegante. Parecía que arrastraba su propia corpulencia, pero siempre con el cuello muy empinado, altivo. Cuando llegaba a Hontanalta con el coche negro, aquellos primeros coches que parecían cajones gigantes, era un acontecimiento, como si llegara

mismamente el ministro de la Gobernación. Una nube de chicos y grandes corría a su paso por las calles con una expectación que no cesaba en los corrillos hasta que don Hernando abandonaba el pueblo todo ufano, entre un verdadero regocijo. Yo creo que de por aquí fue el primero que estrenó la camisa azul. A estos Vadillo, ya te digo, no les sentó ni medio bien. Siempre miraron de reojo aquella vecindad que se les igualaba. Entonces, como ahora, no había más que soberbia y mala hostia, pero de otra manera mucho más tirana. Cuando alguien protestaba o se rebelaba es que había desesperación. La gente entonces era más respetuosa, yo creo que era mejor gente que ahora; sabía cuál era su sitio y respetaba, de manera que cuando alguien subía socialmente se rompía ese equilibrio y las envidias empezaban a carcomerlo todo. Entre los Vadillo y García Vallejo, agua y aceite, una relación endiablada. El abuelo Felipe lo tuvo muy claro desde el principio. Y hay que ver lo malo que es eso de odiarse viéndose a todas las horas. Yo creo que lo que pasó tuvo mucho que ver con esos malos quererres, aunque el muerto fuera un Pocero. Pero estábamos con tío Benito... Llevó mala vida porque siempre le gustó vivir bien, beber mucho y trabajar poco. Le echaron quince años por lo del Pocero, aunque luego se lo rebajaron, porque el abuelo Felipe, antes de morir se gastó mucho dinero. Cuando salió ya nunca más volvió a recuperar el pulso de lo que había sido y murió como apartado, con la mujer llorando toda la vida y los hijos muy desquiciados. Una calamidad. Si no hubiese sido por Heliodoro se hubiesen hundido todos mucho antes. Pero ahí Heliodoro demostró quién era; mantuvo el tipo y el orgullo familiar hasta sobreponerse con los años, aunque el abuelo Felipe ya no lo resistiera más que un par de ellos o tres más, y la abuela Eduviges se contrajera como un sarmiento seco otros veinticinco, pero ya como una presencia, aunque querida, fuera de uso, sombra de lo que fue. Ahí se partió la familia, aunque es verdad que el afecto se mantuvo en la distancia. Cuando la Guardia Civil trajo esposado a tío Benito, los Pocero salieron como toros. Hubo una trifulca de mil demonios a la puerta de la casa del abuelo Felipe que solo se contuvo cuando el cabo disparó dos tiros al aire con su fusil y los números repartieron algunos culatazos. Tío Daniel los hizo frente a todos con un coraje temerario. Lo metieron ensangrentado y a la rastra a casa, como un Cristo. Yo creo que le mordieron y todo. Si no lo rescata la Guardia Civil se lo comen. Mientras, Heliodoro lo observaba todo tras la ventana, impasible. Pero no le faltaban arrestos, qué va. Dos días después, yendo por la calle, le cortó el paso Pedro Pocero, el mayor de los hermanos y el más bocazas: «¡Te voy a matar, hijo de

puta!», le dijo. Sin menear un párpado, Heliodoro le miró fijamente a los ojos y con una calma pasmosa le contestó: «¿A quién vas a matar tú, poca cosa? ¡Gañán!». Le apartó con el brazo sin dejar de mirarle y siguió su camino. El otro se quedó paralizado sin atreverse a tocarlo. Ahí tío Daniel, que era muy bravo y muy bueno, se dio cuenta de que también su padre apostaba por Heliodoro. Se fue en silencio, también con mucha decisión. A los dos meses ya estaba en Madrid. Se hizo taxista y se casó con una mujer muy guapa con la que siempre tuvo muchos problemas matrimoniales. Pero en tiempos de la República, que podrían haberlo hecho, no se separaron, y luego ya, de ninguna manera, claro. En Hontanalta empezaron a decir enseguida que si era una pilingui y eso: ¡qué iban a decir aquí, pues no tienen mala leche ni nada! Luego se fueron de su mano también la tía Eloísa y el tío Alcides, que se hizo confitero y se casó con una gitana espectacular, una cosa que llamaba la atención. Al año siguiente volvieron por La Función con ellas y las pasearon mucho. Y en la taberna de La Chicharra, entre el vocerío y humazo, a la luz de un candil, una jarra de clarete y dos jarritos de barro, borrachos como cubas, dice que, balbuciendo, le dijo Pedro Pocero a Nicomedes, el pastor: «¿Qué te parece, Nicomedes? Estos García, primero nos matan y luego nos pasean las putas que se joden»... Y Nicomedes lo agarró por el cuello y, venciéndose hacia él hasta mirarle a unos centímetros, con los ojos chispeantes y las comisuras rezumando vino hasta la barbilla, le contestó: «¡Bebe, Pocero! ¡Cagüendiós, bebe!».

En el declinar inesperado de las miradas de algunas gentes antes solícitas, en los gestos súbitamente huidizos o la murmuración intuida a su paso, había sopesado Heliodoro el alcance de la tragedia de su hermano. El mundo, de repente, se había precipitado sobre su plácida vida, sobre el transcurrir de los días apacibles, de los años ascendentes, exentos todavía de perspectiva. Ni siquiera la muerte de tres de sus hijos de los diez que pariría su esposa Amparo, casi como un calco de la estela reproductora de sus padres, le había conmocionado tanto como el abatimiento generalizado que produjo en su familia el homicidio que perpetró su hermano. Jamás había visto nada igual. Una tristeza profunda que desencajaba los semblantes a su alrededor, una paralización de la vida y el trabajo que se reanudaban sin convicción, entre ahogados sollozos de las mujeres, de la mirada cabizbaja de los hombres. En aquellos días, Heliodoro tuvo sensaciones nunca antes experimentadas; una claridad de conciencia que sacudió su existencia y abrió

en su memoria un panorama en que la perspectiva distanciaba el orden de las cosas, dejando ver su verdadero relieve. La realidad se había constreñido mucho por un golpe inopinado del destino y las personas y las cosas parecían apreciarse en su justa medida. La importancia y jerarquía de intereses y deseos se habían reducido a una sola inquietud: socorrer la angustia de aquel rostro de su padre, nunca antes humillado y vencido. Todo lo demás palidecía. Su llamada interior era una alarma con luminosos destellos que rescataban a intervalos las entrañas de las sombras. En ellas, pensaba Heliodoro, estaba el designio de la ruina y la extinción si no se ponía urgente remedio, y él era el único que podía hacerlo. La vida fácil que desde la infancia se le había proporcionado parecía exigirle un esfuerzo de compensación en momentos de zozobra. Sus preocupaciones más inmediatas habían desaparecido sin mediar acto consciente alguno, como se impone el instinto de supervivencia; incluso sus impulsos más íntimos, siempre a punto, parecían haberle dado una tregua que sumaba fuerzas frente al torbellino familiar.

Concentrado, daba vueltas una y otra vez a la conversación que mantuvo con su amigo de la infancia, Dimas Fresno Revilla, conocido catedrático de Historia Moderna de la universidad de la capital:

—En el mejor de los casos, Heliodoro, la cárcel es una experiencia amarga, que marca a las personas como se marca a fuego en las ganaderías a las reses. Los abogados pertenecen a un gremio sinuoso e interesado, de convicciones someras, debido a una práctica profesional muy maleada por el retorcimiento y dilación burocráticos de la aplicación de las leyes.

—Siempre me han dado la impresión de que andan muy cerca de la venalidad, como los jueces.

—Aprenden muy pronto que una causa cantada, clarísima, se puede convertir en un calvario para las defensas, dependiendo del juez que instruya y falle la causa. No tardan mucho en acostumbrarse. Y los jueces son personas, Heliodoro, personas más bien como tú y como yo, o sea, generalmente pertenecientes a los sectores de las clases acomodadas o medias-altas, en todo caso a familias que, por razones sociales evidentes, tienen acceso restringido a la educación superior, a la alta burocracia política del Estado.

—¿No ha cambiado eso un poco con la convulsión de la República?

—Creo que es pronto todavía. En estos nuestros tiempos de amenaza revolucionaria resulta extrañísimo un juez salido de las clases bajas. Lo que

quiero decir es que el aparato judicial está plagado de sujetos conservadores o, más bien, profundamente reaccionarios, tan susceptibles de corrupción y parcialidad como todo lo que interesa a la parte superior que rige el Estado.

—Me parece que me estás diciendo que lo nuestro va a resultar difícil y muy caro, ¿no?

—Esto no son matemáticas, Heliodoro. Cuando sabes con certeza que un juez es venal, el entendimiento es fácil si tienes con qué pagarlo o, al menos, con qué presionarlo suficientemente para forzar su prevaricación. Pero no es nuestro caso, ni nuestro estilo. Aquí hay que buscar por la vía de la amistad y la simpatía. Entre todos estos, jueces y abogados, los mejores son aquellos que, pese al ejercicio de una profesión tan proclive a la subjetividad y al prejuicio inconfesable con que afrontan la supuesta objetividad de las leyes, anteponen la medida humana como referencia, su contexto y circunstancias y dan, si cabe, más importancia al espíritu que a la letra de la ley. Yo conozco a algunos de estos, más humanizados, podríamos decir, y creo que nos ayudarán. El caso de tu hermano es de esos en que el acusado despierta simpatía.

—Estos días he estado pensando si todo esto no será consecuencia de la situación política, de la llegada de la República y toda esta conmoción social que se percibe y parece claro que se está cociendo.

—No lo creo, Heliodoro. En el caso de tu hermano no lo creo. Yo más bien veo una pasión de odio e inquina desmesurados de la víctima, cuyo final podría haberse producido indistintamente antes o después del advenimiento de la República. Los Pocero son una familia que nunca se ha distinguido por preocupaciones políticas o sociales, mucho menos por un comportamiento reivindicativo. Al contrario, siempre han servido con mucha vileza al mejor postor, independientemente de su ideología o de su proceder. Son meramente la plebe de toda la vida. Recuerda que lo primero que hizo el muerto tan pronto como lo tentaron los Vadillo, la familia más carca e integrista, no solo de Hontanalta, sino de toda la comarca, que ya es decir, fue abandonar el trabajo en la finca de tu hermano, donde os boicoteó cuanto pudo. Y tan pronto como le hicieron cachicán de Cañaquemada, la provocación que practicaba con tu hermano se convirtió en chuleo.

—Este era un mal bicho, sí, pero su madre, por ejemplo, es buena gente...

—El odio, Heliodoro, el rencor, la envidia, la maldad..., no son patrimonio exclusivo de las mejores familias, sino del género humano, y en

él, toda clase de miserables, de arriba o de abajo, sin distinción de clases sociales, son los más peligrosos. Hombre..., los tiempos que corren son excitantes, pero estoy convencido de que Basiano Pocero, tarde o temprano, habría encontrado la respuesta contundente a su chulería, independientemente del régimen de Estado monárquico o republicano.

—He oído que vas a presentarte por el partido de Azaña...

—¡Hay que ver cómo vuelan los rumores! ¡Y qué chismoso es ese pueblo nuestro! Si se prohibieran los chismes y cotilleos en los pueblos, la gente se extinguiría de pena, por inanición mental y aburrimiento. Es verdad que me han tanteado y mi admiración por don Manuel es conocida entre mis íntimos y amigos. Le he dado muchas vueltas, pero al final he declinado el ofrecimiento. La República en España es un ajuste histórico necesario, imprescindible, diría yo, pero ha llegado en el peor de los momentos. La coyuntura económica y política internacional es pésima. No me sorprende. El fascismo y el comunismo, dos caras de la misma moneda del fanatismo, anuncian ya un inmenso choque de trenes, ahogando el terreno templado de la razón ilustrada y la democracia liberal.

—Yo soy pesimista. Me gustaría saber de verdad cómo lo ves tú.

—Es normal que un conservador como tú sea pesimista y yo quiera agarrarme a una esperanza que veo muy, muy complicada. La inevitable exacerbación social en un proyecto político que ha de purgar necesariamente siglos de injusticia enquistada y opresión me preocupa en su descontrol, pero me inquieta mucho más la explosión de odio con que se conduce a las masas, porque el odio es el ácido más corrosivo de una sociedad que aspire al establecimiento de una cierta igualdad ante la ley. Pero es que además la política se está encanallando mucho y el arrebató de las pasiones ideológicas parece suplantar todo. Y yo, en materia de pasiones, como tú, las prefiero calientes, pero no explosivas. Además, ando metido en un ilusionante estudio sobre la decadencia de Castilla, al que debo todo mi tiempo... Por cierto, que han abierto un nuevo local en un viejo chalet, muy bien recuperado, en la ribera del río, junto al Puente Mayor; con un plantel que ni te imaginas. Ya te están esperando.

—Es curioso, Dimas, nunca me había pasado, pero este disgusto desgraciado me ha quitado las ganas de todo, incluso de eso. Desde el primer momento me impresionó el hecho por inesperado y por los estragos que está causando en mi familia, pero sobre todo me paralizó el hundimiento de mi padre, sobre todo de mi padre. Nunca imaginé que un hombre de su fortaleza

podiera derrumbarse de semejante manera. Hasta el punto de que temo por su vida.

Dimas hizo una pausa, pensativo, en busca de una respuesta reconfortante pero, a la vez, consoladora:

—Es normal, Heliodoro. Cuando la vida nos golpea en las pocas cosas verdaderamente importantes nos retraemos de inmediato para salvarlas. Porque al afrontar el problema nos estamos salvando a nosotros mismos. En realidad todo se reduce a una necesidad vital: querer y ser queridos; y cuando lo que amamos de verdad peligra en su existencia surge en nosotros, como un resorte automático, el espíritu de supervivencia, que aparta todo lo que sea adorno o aderezo, mostrando su condición superflua. De ese modo, permite que nos concentremos en lo fundamental: sobrevivir con lo que amamos o, simplemente, subsistir. Muchas veces no nos damos cuenta de lo que de verdad nos importa hasta que lo vemos amenazado o extinguido. De ahí que cuando peligra nos alarmemos, abandonándolo todo para retenerlo con nosotros. Entonces, cierto, todo lo demás desaparece de nuestra mente, incluso el deseo, que solo se recupera lentamente, cuando la preocupación o el dolor van disminuyendo o el olvido deja paso a los brotes de un nuevo ciclo.

—Pues, amigo Dimas... —dijo Heliodoro con escepticismo—, a ver si llega pronto el nuevo ciclo, porque, de seguir así, esto acaba con nosotros.

—Tendrás que echar mano de tu flema. Ya somos treintañeros, Heliodoro, y en esta primera madurez debemos estar preparados para entender que, en adelante, la vida nos irá descubriendo con crudeza el envés de su trama. Las cosas son como son, no lo que parecen, que es, justamente, lo que quiere la gente, antes llamada vulgo. Como casi todo, esto pasará. A ver si puede ser pronto. Si conseguimos mitigarlo un poco, lo celebraremos como se merece en Los Nogales.

La apariencia de las cosas, pensaba Heliodoro, evocando el encuentro con el amigo de la infancia, le había preservado de la crudeza con que la vida despacha al común de las gentes. La riqueza que fueron acumulando sus padres exigió en su momento una representación social acorde, un reparto de papeles que los aproximara a los usos y distinciones de las familias acomodadas de Hontanalta. Eduviges se pasó en vano años enteros esperando la espontánea vocación sacerdotal de alguno de sus hijos, pero al no surgir en ninguno y forzar la indolencia de Bernardo, el más introvertido de los

hermanos, sufrió uno de los reveses íntimos más dolorosos de su vida cuando un día don Renato la visitó de mañana, para evitar la presencia de Felipe, y le anunció que Bernardo volvería del seminario en Navidad, después de un trimestre de prueba, y que ya no regresaría «porque no valía». Eso fue, recordaría Heliodoro por la importancia del acontecimiento, unos meses antes de que don Renato se fuera a la Curia del Vaticano, y dos años después de su propio abandono del internado de los jesuitas en la capital, tras una larga afección pulmonar que, entonces, temieron deviniera en tuberculosis. Al final se quedó solo en una complicada infección de la pleura, pero el hecho marcaría en adelante su vida, singularizando una existencia aparte, entre unas vidas a las que aguardaba un vulgar recorrido. Ahora sabía que una pereza enfermiza le había hecho retraído y poltrón, que una placentera abulia había camuflado su aparente debilidad física con una pátina de singular excepción. No volvió al internado porque no quiso, aunque pretextara problemas de salud, esgrimidos desde entonces como un seguro de impunidad.

Se pasó casi un curso entero reforzando un convencimiento profundo: la vida del internado de aquellos jesuitas exigentes no valía la pena. Las excelencias de futuro que les auguraban en todos los órdenes a fuerza de una disciplina puntillosa, tampoco; el cumplimiento rígido de los horarios, la cargante repetición de los rezos, la monotonía molesta del estudio, el nerviosismo tenso de los exámenes... Todo aquello junto, pensaba entonces, palidecía ante el dulce despertar, enroscado entre las sábanas, de una cruda mañana de invierno en su casa de Hontanalta; unos instantes retenidos como un tesoro, sin perspectiva de obligación alguna que no fueran los recurrentes quehaceres de una llevadera rutina, del pasar lento de un tiempo tranquilo, sin sobresaltos, con destierro de las prisas y una cierta inercia de las ocupaciones. Ahora que volvía sobre ello, confirmaba la decisión de entonces y, al evocarlo, sentía todavía la discriminación de no pocos de aquellos religiosos, en algunos casos puro desprecio, por el mero hecho de ser un niño de pueblo. Él lo percibió enseguida y no lo olvidaba.

Al reencontrarse inopinadamente con su propia memoria en aquellos días aciagos, Heliodoro comprendió que su vida experimentaba un vuelco desconocido, en el que el dolor y la preocupación, con ser ciertos, no eran lo más llamativo. Lo que le impresionaba era la claridad retrospectiva de su mente, la lucidez con que veía el discurrir de los acontecimientos y la advertencia del porvenir, que ya no sería, en ningún caso, ni parecido, como no lo son las obras actualizadas, representadas en viejos escenarios. Se

preguntaba Heliodoro cómo habían cambiado las cosas tan de repente, cómo su propia percepción de ellas había variado tanto. Se decía a sí mismo que, más que posiblemente, porque nunca le había preocupado el porqué de las cosas, de sus razones. Sencillamente, no lo había necesitado. Ahora, sin embargo, la conciencia de los hechos aparecía por primera vez en su mente con causas que explicaban su sentido, con razones que permitían su comprensión. Su posición y trayectoria privilegiadas en su casa no habían sido fruto de la casualidad. Aunque sabía de la parcialidad de sus padres, anteponía su propio mérito al haber perseverado en una actitud que le correspondía por su condición natural. La vida regía los destinos de todos y a todos les asignaba su papel y su sitio, manifiestamente desiguales, como la propia naturaleza. Y los suyos estaban, como si hubiese estado escrito, a la vera de su padre, en la trayectoria de su ascensión y en la sustitución legítima de su legado, como lo había visto con clarividencia su madre. Desde la infancia, Eduviges le había arropado en el camino, sorteando los obstáculos, ahogando las resistencias de sus hermanos apenas las insinuaron, limando el juicio a veces crítico de Felipe. Lo había despejado todo para que su hijo Heliodoro fuera objeto de excepción, y él lo sintiera como quien es señalado de antemano. Estaba convencido. Este era su sitio, la posición que le permitía mandar y disponer, porque podía. Y ese poder era lo único que merecía alcanzar y retener, sin necesidad de ir a buscarlo en la vida pública, porque, como la libertad en sus escasos resquicios verdaderos, era propio de la vida privada, donde, de cara al exterior, podía instrumentarse una reputación con la que aspirar al juego de la política, de lo público con sus honores mundanos, que a él no le habían interesado nunca. Se trataba de una cuestión de respeto hacia su persona en el ámbito de su entorno y allá donde llegara su presencia y sus decisiones. Una forma de crédito personal que alcanzara pronto la distinción de «señor», previa al propio nombre, como la había conseguido su padre, y ya la oía él de vez en cuando con un pronto placentero: «El señor Heliodoro». Esa condición exigía obediencia y a su vez implicaba deberes de correspondencia, amparo y protección, graciosamente concedidos en función de la actitud y méritos contraídos por los demás en su servicio. Dimas se equivocaba, reflexionaba Heliodoro. Era un placer escucharle, hablara de lo que hablara, porque su brillantez bruñía cualquier tema que tocara, porque sus palabras alcanzaban siempre un precioso vuelo de precisión. Pero le traicionaban unas ideas a lo último demasiado avanzadas sobre la sociedad y la economía. Los miserables no se encontraban

abajo y arriba, como pensaba Dimas, sino donde habían estado siempre: abajo, y eran los de arriba, como él, los que habían de gobernar aquellas clases subalternas. Solo llegado el caso de manifiesta necesidad había que ayudar a pobres y miserables, siempre que fueran agradecidos, como entrañaba la caridad cristiana, que en esto, Heliodoro estaba convencido, la Iglesia acertaba plenamente. No así Dimas. Pero a Dimas no se le podían aducir estos pensamientos porque los rebatía con argumentos contundentes, muy cerca de las ideas azañistas. Era liberal, como él, pero de un liberalismo radical, que corría el riesgo como se estaba viendo, de atraer los vientos de la revolución. Porque qué era eso de la igualdad más allá de un mero enunciado ante la ley, se preguntaba Heliodoro: ¿acaso podría ser él igual a los jornaleros de su padre, a los suyos propios? Era evidente: de ninguna manera. Y Dimas, en su fuero interior, pensaba Heliodoro, lo sabía: «Este tiempo se está nublando, se está nublando»..., se decía.

En realidad, su propio tiempo siguió borrascoso hasta ser arrastrado por la galerna infernal de la guerra. Tras la sentencia de su hermano a quince años de cárcel, su padre se retrajo silenciosamente sobre sí mismo. Se movía como un autómatas. La tristeza invadió una vida fecunda y alegre que ya no encontraría el camino de vuelta, o ese recodo de entretenimiento que aparece como recurso mientras se espera. Felipe supo enseguida que su tiempo sería corto, una agonía queda, suave, como se desliza ante nuestros ojos el agua entre los dedos. Todavía sacaba fuerzas de flaqueza para corresponder a quienes le animaban. A veces sonreía y parecía volver a la vida con una ironía humorosa, con sus obsesiones más íntimas: «Lo malo de morir no es desaparecer, sino aguantar la cola que te toque para resucitar. ¡Esa sí que es cojonuda!», decía. Una tarde despejada de primeros de octubre que paseaba a bocacero por los atrases de Hontanalta, al otear con detenimiento los primeros brillos dorados de las choperas de abajo, en el Valle, sintió que desfallecía hasta perder casi por completo la consciencia. No sintió dolor, sino como un apagón en su cerebro. Se recompuso a duras penas y tras gatear unos metros, consiguió erguirse e ir dando tumbos hasta las eras, donde lo recogieron y lo llevaron en volandas a su casa. Don Fermín dijo tras auscultarlo que era una insuficiencia respiratoria aguda, pero que, con la ayuda de Nuestro Señor, se restablecería. Lo restablecieron más bien las tisanas que le preparó Felisa con hierbas que ella misma recogía. La había enviado de urgencia Hermógenes, tan pronto como se enteró del achaque. Llegó, como siempre, presta, pero al ver a don Fermín algo se quebró en su

arraigada simulación de los años y dejó correr su natural espontaneidad hasta quedar exenta del entorno. Don Fermín franqueaba la puerta de salida, muy compuesto, cuando, mirándole por detrás fijamente, dijo Felisa ensimismada, pero en alto: «Tiene cojones, estos asnos, estar en sus manos de por vida con todas las bendiciones»...

—¡Felisa! ¡Por Dios!... —respingó Eduviges, con un grito que la dejó aturdida.

Que cómo murió mi abuelo Felipe... De pena, de tristeza. Tuvo un aviso que le dejó desmayado en las eras y tuvieron que acarrearlo entre varios hasta casa. Se repuso un poco, pero a los dos meses, un día, después de comer, se recostó entre un par de almohadones, acodado en el escaño. Se quedó dormido y ya no se despertó. Un par de semanas antes fue a ver a su amigo Hermógenes, el carpintero, que luego le dieron matarile los falangistas ahí en La Bayona, y le dijo: «Ya puedes ir tomándome medidas. Saca la vara y mídeme bien, no me andes disimulando como si fuera un moribundo cualquiera». Y le midió allí mismo, dicen que entre lágrimas, lo que no habían visto nunca. Porque Hermógenes era una inteligencia y tenía unas manos maravillosas, pero era duro como el pedernal. Creo que habían quedado entre los dos que lo mejor sería una caja de pino albar. Felipe mandó cortar uno centenario, un pino muy grande de dos guías, horquillado, y le dijo a Hermógenes que aviara, que fuera sacando las tablas, pero que quería doble tabla, como habían quedado, por bajo, por alto y por los lados. Dicen que cuando se despedían, Felipe le dijo: «Estaría cojonudo que nos viéramos después de la resurrección». Y Hermógenes, con los ojos arrasados, solo levantó la mano como despedida y la mantuvo hasta que Felipe desapareció a la vuelta de la esquina. Cuando al poco se murió, le colocaron muy apañado con el sombrero en la barriga y las manos sobre sus alas, que eran cortas. Dicen que daba una sensación de placidez allí metido en la caja de Hermógenes, muy maciza y lustrosa, con unos vivos finísimos y unos relieves muy bonitos. Al cabo de veinticinco años, cuando lo destapamos para meter con él a la abuela Eduviges tuvimos un chasco de miedo. Fue abrirlo y aparecer intacto, como si lo hubiéramos enterrado anteayer. No veas la carrera que se echó mi primo Tiresias por todo el cementerio, cruzándolo como una gacela entre los panteones y las cruces. Digo yo que cómo no se mataría chocándose con alguna... Estuvo desaparecido tres días, hasta que lo trajo la Guardia Civil con unos loqueros. El caso es que, después del susto,

cogimos un pico y con el mango lo tocamos un poco, a ver... ¡Oye! Visto y no visto. Se difuminó en un instante en un montón de ceniza. Y nos quedamos quietos, tiesos, sin respirar, hasta que uno dijo: «Estas tablas están sin tropezar».

IV

Basiano Pocero pisó poco por la escuela de Hontanalta, pero su paso fue suficiente para que, desde los pupitres de párvulos, alentara una pasión de odio que su propio natural alimentó con suficiencia. A lo largo de su vida, Benito García Vallejo llevó grabada, con una punzada hiriente, aquella mirada sombría del niño que ignoró con desprecio. Una forma quieta de mirar, como los animales de presa, con una mueca sesgada en la boca entreabierta. Ni uno ni otro supieron por qué, pero los dos sintieron una repulsión mutua desde la niñez. En principio no hubo acción determinada, un hecho bronco, violento; ni siquiera existió en su origen enfrentamiento o disputa alguna que inoculara el rencor o desatara la venganza. Al comienzo, la ojeriza era patente en Basiano, a la que Benito replicaba conscientemente con sobrada indiferencia. Pero el rechazo fue creciendo y la tirria se transformó en odio, con ese asco que el inconsciente anticipa a nuestra mente ante la mera presencia del otro. Luego el tiempo y la cercanía envenenaron el camino de sus vidas hasta desbaratarlas.

En el ánimo de Basiano hubo un punto de no retorno que aceleró su saña. Con manifiesta desigualdad familiar, los dos sintieron una primera inclinación por la misma mujer apenas la pubertad despertó en ella. Hortensia, sin ser hermosa, mostró muy pronto la frescura de un raro atractivo, una mirada altiva que insinuaba su segura sonrisa en la armonía de un cuerpo de potencial y sólido equilibrio. Basiano se adelantó a probar aquellos encantos con arrogancia adolescente frente a la timidez de Benito, y en un verano febril sedujo las primeras ansias de una Hortensia enajenada que bordeó todos los peligros. Las alarmas sonaron con una amenaza de escándalo en casa de los Mediavilla y un domingo por la mañana, antes de misa, Aniceto Mediavilla Gómez, le dijo a su hija con un tono seco y severo: «Hortensia, esto se tiene que acabar por las buenas o por las malas, como quieras, pero se tiene que acabar. Así que ya te estás olvidando de ese pelanas, antes de que no haya remedio. Y ahora te lo vas pensando en misa».

El cordón preventivo fue cerrando su lazo sobre los movimientos de

Hortensia, con mucho ruego novenario de su madre, la señora María, devotísima de la Virgen del Henar y del agua bendita de sus fuentes, a quien, por influyentes relaciones de la familia, confesaba un notable carmelita de ese convento, muy ducho y rígido en asesoramiento espiritual y de comportamientos extraviados. Para antes de la Navidad de ese mismo año, Hortensia se había retraído de tal manera que la señora María hizo un generoso aguinaldo a los padres carmelitas en son de gracias. Aquel sonado acontecimiento propició visitas y revisitas de los frailes a los Mediavilla y promovió una retahíla de misas con advertencia previa y anuncio solemne del nombre de los peticionarios. Pero, sobre todo, causó honda preocupación en don Nicasio, párroco más de olla que de liturgia, que había sustituido a don Renato, cuando este partió a Roma, dejando una estela de admiración y orgullo entre sus feligreses. Su llegada, hacía ya unos cuantos años, rebajó muy pronto la elevada teología de don Renato, ajustándola al nivel pedestre más propio del entorno. Al enterarse del trajín carmelitano con la señora María, la llamó de inmediato a capítulo en su casa rectoral. Casi sin protocolo ni preámbulo, con tono admonitorio, fue al grano con sequedad: «Esta parroquia, señora María, no se mantiene del aire y las oraciones y oficios de este cura son tan gratos a Dios y tan eficaces en su coro celestial como los de los frailes. Como sabe usted muy bien de qué le estoy hablando, me veo en la necesidad de recordarla las obligaciones morales de todo feligrés de esta parroquia, empezando, en primer lugar, por las necesidades de casa. Porque primero es la casa, y luego, sin perjuicio de ella, la atención a los de fuera. No sea que tanta limpieza y adorno del portal de la puerta de la calle, para que quede bonita, deje la propia casa sin barrer».

Aunque salió corrida y sin palabras de la entrevista con don Nicasio, la señora María se rearmó pensando en la superioridad manifiesta de su relación con los frailes, en la garantía incomparable que estos ofrecían en relación con la Virgen María. Sabía perfectamente, y ahora más que nunca se ratificaba en ello, que el milagro operado en el comportamiento de su hija era obra de la intercesión de los frailes, mucho más cercana y directa con la Virgen que cualquier oficio de don Nicasio. Era más natural —pensaba la señora María— que la Virgen atendiera con preferencia las peticiones de quienes la rezaban y cuidaban en todo momento, que cualquier intento que hiciera con su bisbiseo incomprensible el carcamal de don Nicasio. Pero había que disimular. La pasaba lo mismo que a su querida Eduvigis: ¡echaba tanto de menos la finura de don Renato!...

El hecho fue irreversible. Hortensia pasó pronto de una resistencia temerosa al convencimiento profundo de su error. El arrebató de Basiano, sus bruscos requerimientos y maneras no encontraban ecos de complicidad que la alentaran. Se sintió enseguida sola y el agobio de su impaciencia primeriza buscó en la espera tranquila de Benito una vía de reconsideración que la atraparía de por vida. Basiano vagó como una fiera herida tras forzar en balde un último encuentro con Hortensia. La deseaba y odiaba a la vez con impulsos de ira; la acechaba con una ansiedad devoradora, con una morbosa ceguera. Hasta que una tarde sintió que le atravesaban de parte a parte cuando por uno de los caminos de los alrededores de Hontanalta los vio paseando de la mano. Como un relámpago, un escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies. Le temblaron las piernas, se reclinó estremecido y, tan pronto pudo incorporarse, deambuló aturdido hasta el anochecer. Algunos días después, cuando la rabia rebajó su impulso, una súbita frialdad invadió su ánimo. La sensación de humillado se le hizo insoportable. Había un antes y un después que le empujaba a preparar la venganza. Pero ya no era Hortensia el objeto principal de su destrucción, sino Benito, causa perenne de la supuración de su llaga. Sin ser consciente, fue apartando la imagen de Hortensia de su ira, adornándola en su mente como un precioso objeto que le hubieran robado. Nunca dejó de acecharla, aunque fuera en la distancia, como una obsesión errante, como el lobo ronda el redil, aspirando el olor de la carne; sobre todo en los veranos, cuando el matrimonio se trasladaba al caserío de Arroyocorbo para recoger la cosecha. Ya no encontró alternativa, ni de mujer ni de vida. Basiano vivió asegurando la cercanía de su presa, a la que persiguió sin tregua, hasta que la fortuna le hizo un guiño siniestro en su destino.

Hubo todavía un hecho que cerró el círculo de la tragedia años antes de su desenlace. Una tarde de junio, cuando el señor Felipe ajustaba los segadores, se presentó en su casa la señora Gervasia, madre de Basiano, mujer sufrida, corajuda, buena: «Vengo a suplicarle —le dijo, tocando su bonhomía— que le dé trabajo a mi Basiano en la campaña de la siega, por lo menos. Somos once bocas, y aunque me trabajan los mayores, no hay con qué atender al resto. Usted siempre ha sido bueno, señor Felipe, no me desampare».

Y no la desamparó. Felipe sabía de la animadversión entre su hijo y Basiano, pero en su mente no cupo nunca la obsesión del odio hasta la destrucción, ni siquiera el rencor permanente. Pensaba que el tiempo lo curaba todo y la recuperación de las relaciones, con buena voluntad,

restañaban muchas heridas. Benito no quiso o no se atrevió a cuestionar la decisión de su padre, pero, en silencio, sufrió la contrariedad con un creciente malestar; al cabo, una obsesión permanente. Al principio, Basiano cumplió como un jornalero más, sobre todo cuando segaron los pagos de cuyas faenas se encargaba Daniel, que le miraba de reojo, pero cuando la cuadrilla se trasladó al valle de Arroyocorbo, dependiente de Benito, Basiano se transformó en una amenaza entre las sombras, silenciosa y lábil como las serpientes. Fue una gradación de estragos insoportable, luego de sembrar la cizaña entre los compañeros. Ni siquiera el viejo mayoral, Juan Cerrillo, enjuto y firme como un puntal, fue capaz de contener el boicoteo. Los hitos aparecían fuera de su emplazamiento o diseminadas sus piedras, las botijas de agua se rompían, las botas mostraban entre el vino vertido la breve hendidura de una navajada... En presencia de Benito, una madrugada que insinuaba las primeras luces del alba, Juan Cerrillo contempló desolado las gavillas esparcidas por doquier, y en lo ya atado, las lías de los haces cortadas, y estos deshechos, a medio rodar, como si les hubiesen dado una patada rápida y precisa.

Basiano estaba un poco separado de la cuadrilla, atónita y expectante, cuando Cerrillo, dirigiéndose lentamente hacia él, le dijo:

—No te vemos, Basiano, pero todos sabemos que eres tú, ¡hijo puta!...

Basiano blandió amenazante su hoz una y otra vez con un recorrido horizontal que marcó el terreno y paró el avance de Cerrillo y Benito. Entonces, con mucha sangre fría, dijo:

—A mí, vosotros dos, el uno y otro, me tocáis los cojones: ¡venid a por mí si tenéis lo que hay que tener!

Los Vadillo se apresuraron a recoger al despedido Basiano como un desertor valioso, muy revalorizado tras el incidente, y en un par de días, en el límite colindante de las fincas de Arroyocorbo y Cañaquemada, en un momento en que Juan Cerrillo se irguió para enderezar el lomo y quitarse el grueso del sudor de la frente con la zoqueta, vio cómo se paseaba un Basiano altanero, con una bandolera de cuero, a modo de guarda jurado: «¡Cerrillo! —le gritó—. Dile a tu amo que de ahora en adelante todavía nos queda mucho corte».

Juan Cerrillo templó su pronto ante la mirada fija de la cuadrilla erguida y, luego de unos segundos, le contestó subiendo la voz: «Ya se lo digo, quédate tranquilo, y de paso también que cuente conmigo para machacar a la canalla como tú»...

—¡Ahí te quiero ver, mayoral! —Se oyó la voz de Basiano, desapareciendo entre el carrizal del arroyo.

En adelante, a lo largo de casi tres años, el valle entre las dos haciendas fue un territorio marcado. Basiano dejó sus muestras con un instinto gozoso, como una alimaña presta, y el aire pareció estar impregnado de su paso, del vagar inaprensible de quien merodea. Crecido por la bandolera de los Vadillo, ejerció de guarda temible más allá de los límites de Cañaquemada, en las vegas cabe el Arroyocorbo, en sus boscosas laderas que frisaban los vastos páramos de primitiva estampa. Su ubicuidad formidable, su aparición en ciernes, sorprendió a los furtivos experimentados, a los viejos cazadores de Hontanalta, labriegos curtidos, resabiados, que no se achantaron y le plantaron cara, sembrando una imagen odiosa de aquel advenedizo.

Pero si fueron muchos los que le detestaron, Basiano alcanzó por entonces el techo de su triunfo, entre la tolerancia castiza de los señoritos y el seguidismo entusiasta que mueve al populacho ante el leve encumbramiento. En las batidas de caza organizadas en Cañaquemada, Basiano era el factótum de la organización, la voz de mando para criados y ojeadores; la indicación sumisa y complaciente de los tiradores obsequiosos. Y en las comidas camperas, en la misma mesa que los invitados, Basiano tenía su rinconcito de oro enfrente de don Beltrán Tena Vadillo, nieto de don Lisardo, versado calavera estudiantil, muy conocido en la capital, que en su noveno año en la Facultad de Derecho arrastraba varias asignaturas del último curso, camino de una prometedor carrera de diputado. Seductor consentido, campechano insistente, bocazas, tarde o temprano interrumpía la comida dando golpecitos con una cucharilla a una jarra de cristal; se levantaba cuando iba imponiéndose el silencio, esperaba unos segundos, alzaba el vaso de vino tinto, miraba sonriente a Basiano, y decía con voz firme:

—¡Basiano!: ¡ole, tus cojones!

—¡Ole! —gritaban los comensales. Y aplaudían.

Basiano sentía entonces un arrebató de vanagloria, una embriaguez convulsa que le susurraba en su mente que todo le estaba permitido y que los límites de su acción afectaban tan solo a los Vadillo, gente distinguida y con influencia arriba, no como aquel mustio de Benito. Era una experiencia parecida a la que vivió por primera vez cuando don Hernando le dijo que subiera al estribo del gran coche negro y, agarrado a la ventana abierta, le acompañó en su paseo triunfal por las calles de Hontanalta, antes de que hiciera costumbre con la escopeta terciada al hombro. Nunca había

imaginado que, tan solo medio metro por encima, el mundo disminuyera tanto. Le parecía que lo tenía mismamente a sus pies. Las miradas de la gente se transformaban, eran más sumisas, se entregaban embelesadas. Y además de la atracción del coche y don Hernando, era indudable que muchos pares de aquellos ojos estaban fijos en él. La expectación y el jaleo al paso del coche envolvieron a Basiano aquella primera ocasión en un entusiasmo inédito en su vida, en una seguridad irreversible. Nunca se recuperaría ya de aquel éxtasis. Le dio fuerza sobrada y convencimiento para urdir la obsesión acariciada de su cara oculta, el tormento lento que destruyera el entorno más inmediato de Benito, antes de imaginar un final definitivo que, en su delirio, quizá le permitiera todavía recuperar a Hortensia. Pero primero debía jugar con su presa, débil, incapaz; quizá desfalleciera exangüe en el camino sin necesidad de darle el zarpazo definitivo y despedazarla, pensaba.

El juego acabó inopinadamente una mañana de julio en que Juan Cerrillo y su cuadrilla segaban el pago de trigo más extenso de Arroyocorbo, una cosecha de sazón espléndida, como hacía años no se había visto. Aquella madrugada de mediados de mes apenas alcanzó un leve frescor. La brevedad de la noche no disipó el bochorno del día anterior, que pareció recuperar enseguida su intensidad espesa tan pronto se mostraron los primeros claros del alba. Al amanecer, el calor se sentía ya con la pesadumbre de las altas temperaturas en ciernes. Para entonces, Benito había colado café de puchero y lo había acompañado en el desayuno de unas pastas de piñón y unas galletas, mientras Hortensia dormía. Todavía la contempló en la placidez de su sueño antes de salir hasta el arroyo al encuentro de la cuadrilla, que ya abría carrileras en la mies. Al observar la quietud de la estancia y la inmovilidad del bulto de su mujer entre las sábanas, Benito pensó que eso era la felicidad: la relajación y reparación del sueño, que a él le parecían estarle prohibidos.

No había pegado ojo en toda la noche. Si hubiera podido habría acelerado la amanecida con tal de sacudirse el desasosiego. Sabía muy bien que el calor no era el problema, sino la ansiedad y el hartazgo. Y que todo ello tenía un nombre: Basiano Pocero. Una sombra le perseguía y en la campaña de siega que en esos momentos comenzaba, en breve, se la encontraría; una y otra vez, insalvable, lacerante, insoportable. El mero hecho de pensarlo, la imposibilidad de apartarlo de su mente, le enervaba. Una flojera invadía su cuerpo, le humillaba y exasperaba a la vez. Se reprochaba a sí mismo la incapacidad de reacción, la impotencia que le paralizaba, y al

sentir la aceleración del bombeo de su sangre, se precipitaba su ansiedad como un marasmo de desesperación. Luego apretaba sus manos para contener su bajada y se repetía a sí mismo: «¡Calma, calma, calma!».

Benito inspiró profundamente entonces, tratando de recuperarse. Se encaminó hacia el puentecito del arroyo para cruzar a su margen izquierda, a lo largo de la cual se extendía en paralelo el gran trigal que segaba la cuadrilla al fondo, ya casi en el límite con Cañaquemada. Algo más tranquilo, se dirigió hacia el ropero que daban sombra las morenas entrelazadas al comienzo de una de las carrileras. Tomó la hoz de una de las fundas corvas de esparto, la elevó y giró a la altura de sus ojos para comprobar el filo en sus dos caras. Un brillo simultáneo en la hoja de acero le deslumbró al instante, el sol cogía altura. Se colocó la zoqueta, se ajustó el sombrero de paja y volvió a inspirar y espirar profunda y largamente hasta aminorar la respiración de manera relajada. Echó un vistazo a su alrededor antes de ir al encuentro de la cuadrilla. Había ya en la luz una intensidad que molestaba la vista, un poderoso resplandor que refulgía en la avena loca, sobresaliente de la cebada recostada en la falda de la ladera oeste, más allá del camino, como una gasa tornasolada, en el marco verde de pinos y carrascas; liviana, grácil, casi transparente. Benito contempló sin emoción aquel hermoso efecto de la luz, que, no obstante, pareció sosegarle, y enfiló sus pasos hacia la cuadrilla.

En ese mismo tiempo, Basiano había caminado ya algunos kilómetros emboscado en la espesura. Con las primeras luces, había rondado el caserío de Arroyocorbo, auscultando el más ligero ruido o movimiento. Apostado entre un roquedo de la ladera este del valle, advirtió poco antes del alba cómo iban saliendo perezosamente los segadores de la casita del pastor, aneja al caserío, con sus pertrechos, camino del tajo. Luego se acomodó lo mejor que pudo entre las ranuras de las rocas y esperó pacientemente la salida de Benito, casi una hora después. Muy poco antes de que lo hiciera, con el presentimiento y la precisión de un reloj biológico, Basiano bajó desde la mitad de la ladera al carrizal del arroyo con el sigilo y la agilidad de un zorro. A cincuenta metros tenía la puerta principal del caserío. No más de dos minutos después, apareció Benito bajo la marquesina de la puerta, donde, con tranquilidad lio un cigarro, lo arrebuja en sus extremos, se lo llevó a la boca y lo encendió, exhalando el humo hacia arriba. Sin pensarlo, Basiano escudriñó todos sus movimientos con placentero detalle y ya no lo perdió de vista hasta que Benito fue al encuentro de los segadores. Basiano, entonces, retrocediendo ligeramente por el arroyo, cruzó el valle hasta la otra ladera y,

entre las luces que iluminaban la fronda y el contraste de sus sombras, volvió con tranquilidad hasta las tierras de Cañaquemada. Allí se internó de nuevo en los carrizos y espadañas del arroyo y, caminando aguas arriba, oculto por completo, vio entre las cañas de nuevo a Benito a unos quince o veinte metros, segando a la derecha de Juan Cerrillo. Era el escenario idóneo para humillar al enemigo en su casa, con la seguridad de la retirada a unos pasos.

Poco antes de acabar la mano, Benito tuvo un presentimiento que le hizo mirar por instinto hacia el arroyo. Allí estaba. Basiano avanzaba despacio por la linde del rastrojo recién segado, sin dejar de observar a la cuadrilla con una mirada torva. Benito se sobresaltó, pero mantuvo de inmediato la entereza, conscientemente, mirándolo de hito en hito con la hoz en la mano. Juan Cerrillo se irguió echando un vistazo a la cara de Benito, en silencio. Luego, uno tras otro, fueron enderezándose el resto de los segadores, quietos, a la espera, presos de esa tensión contenida que precede a la amenaza imprevisible.

—Parece que el señorito Benito no ha madrugado mucho esta mañana —dijo Basiano sin dejar de andar—. Tendréis que llevarle entre todos el surco, no sea que se quede el último...

—Si no desapareces de mi vista inmediatamente, no respondo... —le interrumpió Benito con voz firme.

—Esa sí que es buena —contestó riendo Basiano—. Tendrás que darte aire en los huevos, a ver si te aumentan... Y ni aun así... ¡Lástima de mujer que te sostiene!

—¡Basiano! —Se oyó a Benito subiendo el tono de voz—. Voy a por la escopeta y te mato.

—Pues aquí te espero, ¡cojonazos! —dijo Basiano riendo y alejándose con mucha cachaza.

Benito miró de hito en hito a Juan Cerrillo, mientras se quitaba la zoqueta y se la daba junto a la hoz. Este le devolvió una mirada penetrante sin decir palabra, que a Benito le llegó hondo y en su cerebro resonó como un estallido: «¡Mátalo!». Enhiesto, con paso firme, buscó la vereda del arroyo y fue alejándose de los segadores hacia el caserío. No pensaba en nada, ni sentía el calor sofocante, ni el sudor de todo su cuerpo; solo oía en su mente, espaciado, como un estribillo, un rotundo ¡mátalo!, ¡mátalo!...

Hortensia lo vio venir cuando cruzó el arroyo, enfilando la puerta principal del caserío. Sintió que algo iba mal. Lo esperó impaciente en el mismo umbral, mano sobre mano y, todavía a unos cuantos metros, sin poder

contenerse, le preguntó algo nerviosa:

—¿Pasa algo, Benito?

—Nada, mujer, no pasa nada, no te preocupes —contestó Benito con aparente tranquilidad, yendo derecho al cuartito ciego donde colgaba la escopeta y demás aperos de caza.

Benito descolgó la escopeta, una paralela de dos cañones del doce, con gatillos exteriores; la abrió, tomó de la canana colgada dos cartuchos, la cargó y cerró con un golpe seco. Al levantar la vista se dio con los ojos de Hortensia, fijos, suplicantes:

—¿Qué vas a hacer, Benito? Dime qué vas a hacer.

Benito la miró unos segundos con serenidad y dijo:

—Matar dos codornices que han salido del trigo, gordas como perdices..., para la cena...

—¿Y por qué no llevas la canana? —insistió Hortensia.

—Tanto tiempo juntos, ¿y todavía tienes dudas de mi puntería? —le contestó suavemente Benito.

Y mirándola a los ojos, con la escopeta en la mano izquierda, la atrajo con delicadeza hacia sí con la derecha tomándola por la cintura. Entonces, sin dejar de mirarla, la besó dulcemente en la mejilla.

Hortensia se notó confusa, pero algo más aliviada. Lo acompañó hasta la puerta y permaneció mirándolo. Y cuando Benito llegaba al puentecito del arroyo, se adelantó de repente unos pasos y le gritó:

—¡Benito! ¡Ten mucho cuidado!

Benito se volvió y le dijo adiós con la mano derecha, sonriendo. Luego continuó sus pasos, sorprendido de la tranquilidad de su temple. El sol estaba cerca de su cenit, mordía la piel descubierta; la luz hería ahora la vista, pero el aire era diáfano, límpido. Buscó la orilla del arroyo, la sombra de sus chopos y mimbreras, de los sauces que hundían su tronco en el lecho cenagoso. Parado a la vera de la verdura, vino a su cabeza, ocupándola toda, una imagen obsesiva: el movimiento súbito de las panojas del carrizo que delataban la presencia y huida de Basiano a pocos metros de la fuente cercana al caserío, donde Hortensia cogía el agua, lavaba los platos, y ella misma se lavaba los pies, las pantorrillas, las rodillas y comienzo de los muslos; se refrescaba el cuello, los hombros desnudos, el pecho escotado... «¿Cuántas veces no se habría masturbado Basiano, entre la espesura, a unos pocos metros de su mujer?», pensaba Benito con desazonada insistencia. Fue la

única vez que estuvo a punto de cazarlo, después de varios días de rececho. Disparó los dos tiros al espacio de aquellas cañas en movimiento, pero de Basiano, ni rastro.

El perdiguero Atos, que había sesteado en la umbría del arroyo desde que el sol apretó muy de mañana, vino a sacar de su ensimismamiento a su amo, lamiéndole la mano izquierda con que sujetaba la escopeta. Benito acarició con la diestra la cabeza y la nuca de Atos, que pareció espabilar un poco, aunque enseguida volvió a tumbarse con las manos por delante y la cabeza entre ellas. La cuadrilla estaba segando en medio del trugal, volviendo en una nueva mano, pero aunque Benito miró en derredor buscando a Basiano, este no apareció por ninguna parte. Todo estaba tranquilo cuando se acercaba a la cuadrilla. Solo se oía el corte de la mies por las hoces como un rasgueo acompasado, monótono, bajo un sol despiadado. Juan Cerrillo se irguió, avisando a la cuadrilla con su movimiento de la presencia de Benito. No hubo una sola palabra entre sus miradas francas, profundas. Ni un carraspeo entre los segadores, ni un crujido de paja bajo sus pies; quietos todos como estatuas con los ojos muy abiertos, la hoz en una mano y la manada de trigo segada en la otra. El silencio y la luz culminaban en medio del valle.

—Parece que el caballero ha venido armado... —Sonó la voz de Basiano como un desgarró, procedente de la maleza del arroyo—. Pero no habrá cojones para más, nunca los ha tenido —continuó saliendo y encaminándose con paso firme hacia la cuadrilla.

Benito lo miró unos instantes, cambió de mano la escopeta, apoyó sus cañones sobre el hombro derecho y, mientras lo enfilaba lentamente, amartilló con el dedo gordo los gatillos exteriores. Basiano aceleró su paso con intención de arrebatarse la escopeta. A tan solo cinco metros se precipitó contra Benito, que encaraba con frialdad el arma, tratando de agarrarla por los cañones: «¿Pero a quién vas a dispa?»... No le dio tiempo a decir más.

La cabeza de Basiano estalló en sangre al primer disparo, que arrancó su cuerpo del suelo unos centímetros. Y, todavía en vilo, el segundo tiro en el corazón le hizo retroceder en volandas como un muñeco. Benito bajó la escopeta con la misma parsimonia con que se la había encarado, la tiró al desgaire, se dio la vuelta y, cruzando el trigo sin segar, se encaminó hacia la ladera por el camino principal que subía al páramo y conducía a Hontanalta. Nadie se había meneado de su sitio, hasta que Juan Cerrillo se acercó al cuerpo destrozado de Basiano, lo escupió, y dijo mirando a la cuadrilla:

«¡Muerto el perro, se acabó la rabia!».

V

Toda su vida adulta fue un ejercicio de cautela, un reducto de silencio en que las palabras se administraban con lentitud apropiada para refrenarlas. Su aislamiento era mental, en modo alguno físico. Le gustaba estar rodeado de gente, no mucha, pero suficiente para sentirse acompañado como centro de atención. Gente a la que observar, a la que oír, escuchar incluso dependiendo de su valía o el interés de la información que aportara; pero su pensamiento, lo que de verdad pensaba y sentía, jamás lo comunicó o compartió con nadie. Lo más cercano a un diálogo franco solo lo practicó Heliodoro con algunas muy contadas personas, hombres exclusivamente. Sobre todo con Leandro y Dimas. Ante el primero con un afecto concesivo, en la seguridad de que nunca se atrevería a traspasar una línea de riesgo; con el cuidado medido del astuto al dirigirse a una inteligencia amiga, pero muy probablemente superior y reconocida, ante el segundo. Si la ocasión era propicia y el ambiente controlado, se desinhibía con natural procacidad en materia de mujeres. Era su forma restringida de distinguir a los elegidos con su afecto y confianza.

Así lo hizo muchos años después de forma testamentaria, en una escena íntima de entronización con el mayor y más querido de sus nietos. Fue al día siguiente de su cumpleaños, un día de San Blas oscuro y frío que neviscó con fuerte viento racheado. Antonio, hijo de su primogénita Társila, hermano de Alejandra y Tanis, llevaba rebotado y deambulante un año largo desde que le apearon del seminario con gran disgusto de su madre, muy irritada con el trajín algo alocado que se traía con una joven de Hontanalta, «muy ligera de cascos», según decía. Heliodoro decidió intervenir por su cuenta y ese día se lo llevó a la capital en un acto de protesta iniciática. A sus dieciocho años, Antonio sabía de la debilidad de su abuelo por él, y tras su liberación de los curas, era consciente de que tenía por socio al mejor aliado. Heliodoro lo paseó por las calles céntricas de la ciudad y la plaza mayor so capa de encargos de relojería y algunos aperos, pero con miradas insinuantes ante el cruce de las mujeres más atractivas. Al enfilear a una de ellas tan abrigada como rotunda en su figura, blanca de semblante, fina de cutis, melena corta y

clara, bamboleante, y un encendido carmesí en sus labios, Heliodoro hizo señas a su nieto con los ojos y cuando los hubo cruzado, le dijo:

—¿Te atreverías con esa?...

—Se haría lo que se pudiera, abuelo —respondió Antonio entonado, advirtiendo cómo Heliodoro escondía una sonrisa satisfecha.

Luego lo llevó a comer a la La Casa del Sol, su restaurante preferido, porque Heliodoro pensaba que los negocios y las cosas importantes había que hacerlas en momentos y lugares donde las sorpresas no fueran probables, y donde el afecto, si no verdadero, debía manifestarse necesariamente con una cortesía auténtica y contenida. Y apenas franquearon la entrada, les salió al paso su dueña, la señora Isidora, de otoñal atractivo y buena fama:

—¡Cuánto bueno por esta casa, don Heliodoro!...

—Este es mi nieto mayor, Isidora, ¿cómo estás?

—¡Pero qué guardado se lo tenía!... ¡Vaya mozo más guapo que tiene usted! Claro, que de casta le viene al galgo...

Heliodoro sonrió complacido, enarcó los ojos y abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba con un gesto de aprobación agradecido, para seguir a Isidora que, obsequiosa, cogiendo al joven por el hombro, le condujo hasta la mesa. En el tránsito, un par de comensales se levantaron expresamente para saludarle y otros le dieron de mano. Antonio estaba impresionado. No acertó a decirle a su abuelo nada coherente hasta que, ya sentados, este le dijo:

—¿Qué..., qué te parece?

—Todo esto tiene muy buena pinta, abuelo... Es usted un figura.

—Sí, sí, un figura... —contestó Heliodoro, insinuando una sonrisa escéptica—. Una figura un poco desconchada y vieja ya... Pero espera, espera, que para buena pinta la que tiene la sopa de rabo y el lechazo que nos van a traer... Ya verás, ya... Y no olvides algo importante: en las comidas fuera de lo común, como esta, nada de sacar preocupaciones molestas hasta los postres, por lo menos. Hay que concentrarse en la buena mesa, tanto como en las mujeres. Una y otras son insustituibles y, a veces, complementarias, aunque la comida bien regada con este tinto de Peñaduro, por ejemplo, te sacia y apacigua sin más, mientras lo otro, aunque sea de pago, siempre te deja imágenes en la cabeza que no desaparecen fácilmente.

—Ahí creo que lleva razón, abuelo —contestó el nieto constatando con entusiasmo su corta experiencia—. Cuando uno mete mano a las chicas es

verdad que se te graban en la cabeza como momentos fotografiados, ¿verdad?; y luego, cuando menos te das cuenta, se te pasan otra vez uno detrás de otro, sí...

—Sobre todo las que te vuelven loco. Unas más que otras, sí, sí... Pero la sopa se nos está enfriando. Vamos por partes...

Todavía invitó Heliodoro a su nieto a que siguiera con atención el troceado del asado por el camarero, las partes del cuarto trasero, al principio con un brillo barnizado sobre la cazuela de barro, en el fondo de una salsa con visos de penumbra líquida, impecable, rota al fin en un bodegón de entreverado desorden: huesos y carne muertos. Solo a los postres, Heliodoro miró fijamente a su nieto y dijo:

—Estoy al tanto de tus problemas con esa chica de la que andas enamorado y de la enemiga de tu madre y tu tía Brígida. A estas ni caso..., tú tienes que salir con quien quieras, y si te la puedes joder: ¡jódetela!; a esa y a todas las que puedas. Luego, ya veremos. Mira, yo, en viéndolas, se lo pido a casi todas. De cien, ochenta te dicen que sí, y muchas, antes o después, te lo agradecen. Esa es la verdad de mi experiencia. Vete tomando nota, porque eso es lo único que vas a sacar de esta vida. Y si tienes algún problema del tipo que sea: ¡aquí está tu abuelo! ¿Entendido?... Espero que, en adelante, no tenga que enterarme de tus cosas por los de fuera. ¿Estamos?

—Estamos, abuelo.

Las mujeres, pensaba Heliodoro, ya firmemente convencido desde sus primeros años de matrimonio, eran otra cosa bien distinta en todos los sentidos. Había que complacerlas cuando la necesidad acuciaba o el terreno estaba barbecho y requería labrarlo de nuevo y disponerlo para futuras cosechas. Había que dedicarles mucho tiempo y un empeño constante, movido con seguridad paciente y convencida. Pero su presencia continua le resultaba incómoda, molesta si alguna intervenía con un mero atisbo de espontaneidad cuando estaba acompañado; intolerable si llegaban a expresarse libremente. En la vida social, las mujeres debían seguir un guion predeterminado, con una preocupación alerta y una reserva disuasoria. Su extravío las hacía inquietantes, imprevisibles, salvo que atendiera a la voluntad de los hombres. Una mujer con iniciativa propia muy bien podía arruinar vidas y haciendas, mostrando el peligro de su capacidad soberana, su dominio potencial sobre los hombres; algo intolerable en la mente de Heliodoro.

Como Felisa, la comadrona, pensaba. La conocía de toda la vida. La amistad de Felipe con su marido Hermógenes y la de su madre con ella misma, habían hecho de Felisa alguien como de la propia familia. Una generación mayor que él, la recordaba de niño como una ráfaga alegre y bienhechora que ventilaba la casa con el entusiasmo de su paso; tan cariñosa y atenta como resolutiva en cuanto tocaba. En casa de la señora Eduviges, la joven Felisa era entonces el primer recurso de socorro ante el más leve contratiempo de salud de cualquiera de sus miembros. Su pericia era innata, su instrucción autodidacta, con un conocimiento excepcional de remedios caseros y propiedades curativas de todo tipo de plantas. Y no fallaba. En su primera juventud, todavía llegó Heliodoro a percatarse de la belleza agreste de Felisa, de su fornida pero equilibrada proporción, de la abundancia prieta de su carne y el lustre curtido de su cara; de su mirada penetrante, serena y sostenida, con su nariz recta, sus labios apretados y una hermosa melena castaña clara, algo rizada, con la crencha a la izquierda y una pequeña peineta a la derecha que despejaba su frente. Pero desde el mismo momento en que la descubrió como mujer, Heliodoro supo que algo infranqueable se interponía entre ellos. Y lo que, de manera temprana, percibió como simple intuición, lo fue confirmando en los años siguientes de madurez plena de la comadrona, antes de que sufriera su trágico, largo y doloroso declive. A la vista de Heliodoro, se advertía en ella una condición indudable de esa rara clase de hombres y mujeres de una pieza; de esas extrañas gentes que, al poco de tratarlas, se muestran sin artificio desagradablemente dueñas de sí mismas, soberanas, y al final resultan insobornables. Un terreno escabroso, soterradamente hostil, pensaba Heliodoro, que, si acaso, no merecía otra atención que el recogimiento indiferente de sus frutos. Pero la evidencia de superioridad que su independencia le confería a Felisa y, sobre todo, el convencimiento absoluto de mujer inabordable para él, le acompañaron a Heliodoro durante toda su vida con un resquemor unido al recuerdo.

Felisa había asistido como testigo excepcional al encumbramiento familiar de Felipe y Eduviges. Aunque más joven que el matrimonio, su tiempo de despegue y felicidad vitales fueron los suyos propios. La simpatía que le profesó Felipe no fue ajena, sino propiciatoria de la pasión que suscitó en ella Hermógenes, primero en vida y luego en el mantenimiento de su memoria; y la amistad con Eduviges, aunque muy desiguales de temperamento y juicio, trabó una unión provechosa para las dos que el acontecer del tiempo y su desgaste fueron debilitando en sus afectos hasta

mostrar la inercia de una disimulada conveniencia. En el desapego no fue menor el peso del enfriamiento religioso de Felisa y su final radicalización, que Eduviges achacaba a su marido Hermógenes, al que se refería en la intimidad de los últimos años de Felipe como «tu amigo el ateo», un reproche ceñudo y reiterado que encerraba la frustración de toda una vida ante la resuelta ambigüedad religiosa de su marido, y que ahora afloraba con ese desquite hiriente de los viejos cónyuges, cuando el tiempo y la desesperanza lo han agostado todo.

Pero con toda la trama oculta de miseria que las relaciones familiares tienen de inconfesable, Felisa había gozado y sufrido con ellos los altibajos de su fortuna hasta el estrago del crimen de Benito y la ascensión de Heliodoro en los momentos más críticos de su desolación. Su natural perspicacia la había permitido el conocimiento minucioso de aquella familia, de la valía y alcance de sus miembros, de sus aspiraciones y frustraciones; de modo que, desaparecido Felipe, estaba en el secreto de las cosas, solo superada por Eduviges, aunque el enfermizo aislamiento y progresiva enajenación de esta, pusieron a Felisa en evidencia ante Heliodoro, que fue viendo en ella una herencia indeseada, un estorbo sin provecho personal alguno. La fuerza de la costumbre, sin embargo, había impuesto en la transición familiar una sucesión rutinaria en el mismo escenario y Felisa seguía siendo en él una de sus principales actrices secundarias, uno de esos papeles que brillan, si cabe, más que los protagonistas tan pronto entran en escena.

Tras la muerte de Felipe, la ocupación de la casa familiar por su mujer y sus entonces cinco hijos vivos, apenas había ido más allá de la sustitución de uno de los viejos escaños y la compra de dos canapés de anea para el comedor y la cocina. Pero el rico ajuar de Amparo puso una nota alegre y novedosa en la herencia austera del mobiliario de sus suegros. Lo llenó todo de tapetes y fina mantelería de hilo, de encajes de bolillos y labrados de ganchillo, de finas colchas y juegos de cama, de alfombras y esteras. De su casa se trajo a Juana, jovencísima criada, tan poco agraciada como voluntariosa y servicial; a su padre, viudo desde hacía tiempo, con una enfermedad terminal que en su inicio había acelerado su matrimonio con Heliodoro el año en que los dos cumplieron veintidós años; y un aparador espléndido de nogal, labrado y torneado en antiguo estilo castellano, con bajorrelieves renacentistas y cabezas de soldados con morrión. Entre el enrejado de la celosía de las cajoneras superiores brillaba una cristalería fina

con dos medias docenas de copas y vasos tallados en La Granja. En la parte inferior, entre dos cuberterías de alpaca, se guardaba como un tesoro una de plata de doce cubiertos, y más abajo, junto a bordados manteles, varios rimeros de platos de fina loza y alguna porcelana. Solo en ocasiones excepcionales se desplegaba aquel menaje sobre la gran mesa de pino teñido del comedor, heredada de sus suegros, y ahora presidida, sobre el nuevo canapé de anea, por tres fotos de estudio del matrimonio en el día de su boda. Los dos juntos en el centro de cuerpo entero, en un gran marco rectangular de arriba abajo; él de pie, con traje negro impecable, con su brazo y mano izquierda sobre el respaldo de la poltrona en que aparecía ella sentada y ligeramente ladeada de piernas, toda de blanco, como el ramo de flores que apretaba en sus manos, y una linda cofia ceñida con un ribete oscuro sobre su frente. Flanqueaban esta instantánea dos grandes primeros planos de los cónyuges en sendos marcos ovalados con un espeso y estriado barniz de plata; el de Heliodoro a la derecha, el de Amparo a la izquierda. Calentado por la gloria que abría su túnel en el portal y lo atravesaba hasta el otro extremo de la casa, bajo la cocina, aquel comedor era el reducto noble de Heliodoro durante los meses fríos del otoño, invierno y la tornadiza primavera, hasta que, entrado junio, hacía trashumancia al viejo escaño y mesa del pasillo de entrada, al otro lado de la puerta. En ese tránsito de apenas unos metros, pasó Heliodoro el grueso de sus setenta y tres años de existencia.

Las sencillas pero elegantes aportaciones de Amparo, el nuevo aire ilusionado que transmitía su presencia, no agradaron a Eduviges ni ablandaron la sequedad de trato para con su nuera. Todos aquellos trapos con que había invadido su casa le parecieron una frivolidad intolerable, el acta de su propia defunción firmada con una ligereza humillante. No fueron suficientes las numerosas tierras de la hijuela, la hacienda considerable que Amparo aportó a su matrimonio, ni siquiera su profunda religiosidad, para que Eduviges aplacara el disgusto enquistado que su hijo le produjo tan temprano con aquella elección; tan terca, tan persistente, pensaba. Reconocía para su coleteo en aquella joven una agraciada blancura y proporción, pero la encontraba sosa, falta de fuelle para la empresa que habría de coronar y, aunque de buena familia, no alcanzaba lo que su hijo necesitaba para confirmar la categoría cimera que ya les correspondía. Eso lo tenía Rosalía, segunda de los seis hijos de doña Leonisa Vadillo, hermana de don Lisardo; esbelta, resultona, pese al ambiente mojigato en que vivía y, en las distancias

cortas, algo insulsa y descocada. Heliodoro tonteo con ella en sus primeros escarceos conocidos, que llegaron a Eduviges con ecos de cotilleo alborozado; pero aquel aparente coqueteo se acabó con una estela de silencio que la amargaría el resto de sus años. Entonces apareció Amparo con todas las formalidades y el empeño que Eduviges hubiera deseado para Rosalía. Jamás se lo perdonaría, ni a su hijo ni a su nuera.

Lo que Eduviges no supo nunca fue lo que en verdad se coció en la trastienda. Todavía adolescente, Heliodoro apretó su cerco sobre una plena y espléndida Rosalía, completamente inadvertida de lo que doña Leonisa consideraba inimaginable. Tras un par de calentones primaverales al límite, Heliodoro desvirgó a Rosalía en la sazón de junio, una tarde calurosa, entre los carrizales de un talud herboso del Arroyocorbo, adonde habían ido de excursión chicos y chicas de Hontanalta el Día del Corpus Christi. La euforia se sobrepuso al temor en la alienación de Rosalía, arrebatada por el empuje ansioso de Heliodoro a lo largo de un verano de encuentros consumados. Solo a finales de septiembre cayó en la cuenta del retraso de su menstruación de varias semanas, quizá más de un mes. Fue una conmoción paralizante que le devolvió la consciencia y una angustia insoportable. Corrió a desahogarse con Heliodoro, pero su calma y el tono de un cierto desasimiento, la espantaron. No duró mucho su resistencia desesperada. Presa del pánico, se arrodilló una tarde ante el presentimiento inquieto de su madre que, tan pronto oyó la palabra regla, la abofeteó con saña en un ataque de histeria, arrastrándola por el pelo y escupiéndola, hasta ahogarse en un sollozo que solo un gemido agónico pudo recuperarla. Sentada ante su hija prosternada, cabizbaja y desgredada, sin atreverse a levantar su vista, Leonisa la clavó su mirada, mientras iba recuperando lentamente su respiración, todavía con algún suspiro intercalado. El silencio alargó los segundos hasta paralizar el tiempo, solo recuperado por el sonido de la agitación del llanto de Rosalía, que fue aquietándose como una extinción. Luego, irguiéndose, Leonisa se agachó levantando a su hija por los brazos, la miró fijamente, la pasó la palma de su mano izquierda por las dos mejillas, enjugándole las lágrimas y la abrazó con fuerza diciéndole: «De esto ni una palabra a tu padre, ni a nadie, hasta ver. ¡¿Estamos?! ¡Rosalía! ¡¿Estamos?!».

Beata y correveidile, la Francisca sentía un cosquilleo de felicidad cada vez que tenía que llevar la capilla portátil del Sagrado Corazón de Jesús a doña Leonisa. Pero al día siguiente del disgusto, al atardecer, no encontró a la señora con su habitual sonrisa untuosa, sino extrañamente exenta y apagada.

Al abrir la puerta y ver a aquella mujer zalamera, pequeña y encorvada, ofreciéndole con una sonrisa la caja de madera, Leonisa sintió un vuelco inesperado que sacudió su ensimismamiento, pero no consiguió sobreponerse. Ni siquiera escuchó el saludo lisonjero que le dedicó la vieja: «Aquí la traigo, doña Leonisa, nuestro Sagrado Corazón, que reinará siempre en España y en las casas como la suya más que en ninguna». Se metió corriendo con la capilla agarrada por el asa, la colocó en el altarcillo predispuesto en un rincón del comedor, abrió nerviosa las dos compuertas y observó un instante la imagen de Jesús mostrando en medio del pecho su corazón radiante y herido. Se dirigió presurosa a la cocina. Buscó en la alacena las cerillas y la tacita de porcelana. La llenó de aceite. Abrió la cajita de las mariposas, cogió una. Sin dejar de mirarlas, dudó un momento: cogió otra más, y volvió despacio hasta la capilla, a cuyo pie depositó la tacita, colocó las mariposas con suavidad sobre el aceite y prendió su mecha con delicado cuidado. Una espiral de humo empañó la iluminación súbita de la imagen, que pareció serenarse enseguida en el cálido contraste de la penumbra. Nerviosa, casi febril, Leonisa se arrodilló mientras fijaba su vista en aquel Corazón e hincando sus codos en el altarcillo, entrelazó sus dedos y apoyó sus manos con fuerza sobre el mentón: «¡Cristo adorado! —musitó al borde de las lágrimas—, por tu bendito Corazón, eternamente sagrado, te suplico que te apiades de esta tu sierva humildísima y nos liberes de esta vergüenza con que nos pones a prueba... ¡Te lo suplico! ¡Te lo suplico! ¡Te lo suplico!»..., sollozó. Y tras recomponerse, bisbiseando con fervor profundo ante el parpadeo de la llama de las mariposas y sus sombras, repitió incansable todas las letanías que acudían a su mente, credos y padrenuestros, y un par de avemarías lentas y sentidas, invocando a la Virgen como mediadora.

Fue como por ensalmo. Al día siguiente, una Rosalía renacida, con los ojos arrasados de alegría y el rostro humedecido, se acercó sigilosamente a su madre por detrás y, al volverse esta, le dijo con serenidad: «Me ha venido, madre, me ha venido». Leonisa sintió desfallecer todo su cuerpo y se habría caído redonda si no la hubiese sujetado su hija y ayudado a sentarse con la cabeza vencida hacia atrás y los ojos desorbitados, en éxtasis. Unos segundos de angustia y acertó a decir completamente arrobada: «¡Un milagro, hija, ha sido un milagro!». Fueron varias semanas frenéticas las que necesitó Leonisa para despejar lo que ella misma denominó «bendita duda». Al principio le empujó la emoción, un ardor desmesurado de contárselo en confesión a su

sobrino Renato, tan pronto como este volviera de Roma en alguno de sus viajes. Le arrebatava la idea del reconocimiento por la Iglesia del milagro obrado por su propia intercesión. Pero pasado el pronto y la ofuscación, en ese momento en que la frialdad de la razón rebaja la inflamación del delirio, Leonisa se dio cuenta de que la materia milagrera se haría pública en el mejor de los casos y mancharía inevitablemente el honor de toda la familia, incluida la ascensión impoluta de don Renato, allá en la Curia. Al sentir al fin el sosiego de una realidad afortunada, se apresuró a encerrarse con su hija para conjurarse con ella y zanjar el asunto, ahogándolo en el más hermético de los silencios de por vida. La experiencia transformó a Rosalía, en adelante modelo de reserva; aquietó a Leonisa, que mantuvo, no obstante, una consciente alarma encendida algún tiempo y una sombra de mal sueño inextinguible. Heliodoro comprendió y dio por bueno el corte abrupto de toda comunicación de Rosalía. Transcurridos casi tres meses de su última conversación con la joven sin ecos de escándalo, dio por terminado el problema, que intuyó complicado, pero ya nunca le interesó indagar en los detalles, sino diferenciar en el futuro el noviazgo formal y el matrimonio como un mero contrato, ajeno al verdadero placer y sus devaneos: «mundos completamente distintos, pero necesariamente compatibles», pensaba Heliodoro. Solo Eduviges quedó varada en un remanso de frustración, carcomida por el no saber y el indiferente y silencioso proceder de su hijo. En adelante, la creciente presencia de Amparo y su inevitable cercanía final propiciaron un resentimiento ni siquiera extinguido en las brumas de su larga senilidad, en las que de vez en cuando se manifestaba con palabras confusas, intencionadas y ambiguas, como un oráculo.

Enfrentados en grandes sillones de mimbre, los dos consuegros coexistieron poco más de un año entre el comedor y la cocina. A lo largo de aquellos meses, Eduviges vino observando la total dependencia del señor Maximino con una conmiseración desdeñosa, con un morbo natural que afianzaba su propia capacidad y autonomía. Aunque la estampa no era grata, Eduviges contemplaba el cuerpo inerte, ladeado, de Maximino, que cabeceaba leve y constantemente como un muñeco de cuello roto. Se preguntaba si el brillo desvaído y acuoso de sus pupilas alentaría todavía la consciencia de su estado, si sería capaz de interpretar el desapego con que lo miraba, dada su mudez completa. Era como mirar a un viejo animal a los ojos: ¿qué sentiría? «¿Se enterará de algo lo que queda de este hombre

todavía?», se preguntaba. Una mañana muy fría de diciembre, junto a la lumbre de la cocina de hierro, Eduviges miró a los ojos de Maximino y quedó impresionada por su sequedad mate y el hilillo de baba que colgaba de la comisura de sus labios hasta el pecho. Un vahído de estupor hizo que apretara sus manos con fuerza en los apoyabrazos del sillón y tensara su cuerpo y nuca contra el respaldo: una huida imposible, un reflejo de espanto; pero enseguida se repuso y advirtió con alivio su entereza y la dicha de estar viva, sin amenazas conocidas y, seguramente, años venideros que hicieran de su presencia una advertencia contra su marginación. Todavía repasó Eduviges durante un par de minutos el cuerpo yerto de Maximino, aquella instantánea congelada de su expiración, la mancha húmeda de su bragueta, el color céreo que invadía su semblante..., cuando maquinalmente gritó: «¡Amparo! ¡Amparo!».

Pero no llegó primero Amparo, sino Felisa, con aquel remolino de su paso y la oportunidad de su presencia, ahora dentera para Eduviges. Solo al poco, Amparo apareció en la puerta de la cocina, con las manos conteniendo el llanto y lágrimas en los ojos; y Eduviges sintió de súbito un arrebató de odio y pesadumbre ante aquellas dos mujeres, que la habían desposeído de su hijo, la una; y traicionado la otra, al tratar a Amparo con la atención y el cariño que solo a ella le habría debido de por vida. La vejez era amarga al mostrar el reverso de la vida, la cara oculta que encerraba una disimulada desatención no imaginada en los años de ascenso, ilusión y deseo, ahora extinguidos; con las fuerzas agotadas para responder con brío y el tiempo de su brillo desaparecido. «La echan a una al lado como un estorbo, y no hay agradecimiento que no acabe al final en desaire y olvido: ¡desagradecidos!», se decía a sí misma Eduviges. Y volvía a su mente, una y otra vez, la imagen de su marido como un desesperado consuelo. Un silencio tenso, una seriedad rígida la acompañó en los años siguientes, rotos en ocasiones por palabras escasas y gesto adusto, inmutable. Ni siquiera el derrumbe de la Guerra Civil, que llegó a ver con plena consciencia, convencida de que se trataba de un castigo divino por los años de la República, modificó su inmovilidad hierática, displicente. Luego se sumió en un letargo ensimismado y vegetó largamente hasta hacerse octogenaria, ya del todo enajenada desde hacía tiempo: una figura menguante en aquel sillón de mimbre, unos ojos luminosos en el blancor de un rostro agrietado por finísimas arrugas comprimidas, como un fósil viviente entre generaciones sucesivas, que guardaron su recuerdo como imagen de un tiempo interminable.

Sobre el abandono mutuo de Eduviges y Felisa fue creciendo el entendimiento de Amparo y la comadrona, hasta fraguar un afecto profundo. Felisa apreció enseguida el candor y la bondad de Amparo, su generosa entrega a su familia y a quienes la necesitaran, pero su rápida inclinación hacia ella tuvo mucho de socorro materno, al advertir de inmediato su ingenuidad y su ceguera. Desde que se casó con Heliodoro, supo al instante que aquella hermosa veinteañera se marchitaría en silencio hasta la misma destrucción si no acudía en su ayuda. La enemiga de su suegra y la frialdad de su marido, su vicio y veleidad ya manifiestos, la ahogarían inevitablemente. No le importó la notable religiosidad de Amparo, justo cuando ella se encontraba más alejada de toda fe; tampoco su natural tradicional y cortedad de miras: aquella joven era extraordinariamente buena, y eso, «por su escasez y rareza entre la gente», le había dicho su marido Hermógenes, «había que cuidarlo con esmero». La política no debía envenenar los afectos de la buena gente ni perturbar su vida privada, pensaba Felisa con agudo sentido común en aquellos años de ilusión republicana. En un medio tan hostil como la sociedad rural, las nuevas ideas habrían de abrirse camino arrastrando con el ejemplo o encallarían. Así que, desde el primer momento, trató a aquella joven esposa, al fin y al cabo símbolo de futuro, con una cercanía y una ternura que disimulaba con indiferente normalidad ante Heliodoro y Eduviges. Sabía muy bien que entre ellos se había roto ese vínculo estrecho que, cuajado en el pasado, va desintegrándose a menudo con natural inercia del paso de los años hasta perder todo su significado, sin que los propios interesados se expliquen muy bien el alejamiento de los afectos o la más mínima simpatía: el desencuentro al cabo en que fríamente se constata que nada nos une a la vida de un tiempo muerto.

La presencia de Felisa en la vida del nuevo matrimonio fue desde el principio un regalo para Amparo y, en breve, una necesidad de ayuda y amistad. En el primero de sus diez partos, el de su primogénita Társila, la asistencia de la comadrona dejó en la parturienta un recuerdo inseparable de emoción e inmensa alegría. En adelante ya no podría prescindir de ella. Ni el dolor ni la angustia de aquella primera experiencia perduraron en la mente de Amparo, pero el sonido susurrante de sus palabras, el tacto de sus manos y la seguridad de su mirada la acompañarían de manera recurrente hasta su último aliento. Una imagen viva, dulce, profunda, en que la comadrona, en medio de los gritos, limpiaba con sus manos el sudor de su frente y sus mejillas y, acariciando sus sienes, deslizaba sus dedos entre el cabello por los parietales

hasta la nuca una y otra vez, diciéndole: «¡Vamos, mi niña, vamos! Empujando poco a poco ¡Tranquila! ¡Tranquila! ¡Relájate! Así, despacio... Todo irá bien, mi querida niña... Estoy aquí, contigo... ¡Empuja, empuja! ¡Coña! ¡Empuja!»...

Los años inmediatos fueron una sucesión frenética de embarazos, con la frustración insospechada de un aborto y la sombra de dos niños muertos en las primeras semanas de dos veranos consecutivos. En todo ese espacio, Heliodoro vio brillar de nuevo la aureola de Felisa como en los mejores tiempos. Lo soportó en silencio, a la espera de una mejor y más tranquila situación, en que la dependencia de su mujer por la comadrona se rebajara lo suficiente para romper con discreción unos lazos que amenazaban su autoridad e interferían su proceder más íntimo. Con la paciencia emboscada del zorro, vino observando cómo la colaboración bienhechora de la comadrona alcanzaba en el corazón de Amparo esa alegría en la que el agradecimiento se transforma en una entrega y afición liberadoras. Y eso le hería. En los momentos de mayor ofuscación, daba vueltas a posibles formas de ruptura con la comadrona, tratando de prever y paliar las consecuencias más traumáticas que, inevitablemente, se producirían en el ánimo de las dos mujeres; pero los beneficios de tan estrecha relación lo hacían, de momento, desaconsejable y, al final, su inveterada frialdad se imponía, como la duda razonable en el estratega que dispone de tiempo y observa los movimientos del enemigo. El tiempo fue, sin embargo, lo que adelantó sus planes de manera imprevista.

Sucedió en la primavera que maduró el fruto desolado de la guerra, un día de la segunda mitad de mayo en que a Amparo se le adelantó el antepenúltimo parto de su vida, el noveno. La violencia de las primeras contracciones de la madrugada pareció augurar un parto inminente y rápido. El runrún de los primeros movimientos en el piso de arriba puso en alerta a Juana, que saltó de la cama y se vistió en un santiamén, a la espera de que Heliodoro le mandara avisar a Felisa y a los familiares más cercanos. Pero al hacerlo, Heliodoro le dijo también que no se olvidara de llamar a Lucila, la mujer de su obrero Eustasio, para que ayudara en lo que hiciera falta, como solía en ocasiones especiales. Felisa llegó enseguida y, sin mediar palabra, subió con energía las escaleras hasta la habitación del matrimonio, abrió los cuarterones de la ventana de par en par y se sentó en la cama junto a Amparo, a la que encontró con mucho calor en la cara, pero más tranquila de lo que imaginaba y sin apenas contracciones: «Tranquila, niña. Es como un

descanso que se toma el cuerpo antes del empujón final. Todo saldrá bien», le dijo la comadrona, cogiendo su mano.

—Habrá que avisar al médico... —dijo Heliodoro, asomándose a la puerta entreabierta de la habitación.

—De momento no es necesario —contestó Felisa sin mirarlo, tratando de auscultar el vientre de la parturienta con su oído izquierdo—. No hace falta. Creo que todo está en su sitio y vendrá bien, sin problemas. Que Juana y Lucila tengan todo listo; los barreñones con agua caliente, sobre todo; las sábanas, los trapos blancos, bien limpios y la toalla grande. Los niños, con tus hermanas, Eduviges en su habitación, que no estorbe... Y cerrad bien la puerta de la calle, que no entren fisgonas...

La presencia de la comadrona rebajó la temprana alarma y ralentizó un tiempo de espera que pareció alargarse con tranquila despreocupación. El sol comenzaba a templar la mañana fresca y la luz alegraba las estancias de la casa. Ella misma, al ver que Amparo permanecía en calma, sacó al descansillo de la escalera el butacón y la mesilla del lado de la cama de la parturienta, recogió la alfombra y despejó la habitación, dejando la puerta abierta para que se ventilara. Bajó a la cocina a comprobar los preparativos y pidió a Juana que subiera jabón, alcohol y una jarra de agua azucarada. Entretanto, el dormitorio de Amparo había sufrido una invasión de cuñadas a cual más solícita que, al ver aparecer a la comadrona, paralizaron su gesto y fueron desfilando delante de ella, mientras decía aireando la mano. «¡Vamos, vamos! Salvo Esperanza, no quiero veros aquí a ninguna. ¡Largo, largo!». Y al mirar a Amparo, vio cómo resplandecía su cara a la luz de la mañana, más rubicunda que nunca, y comenzaba a contraerse de nuevo su cuerpo con regular frecuencia y una incipiente secreción vaginal. Miró entonces a Esperanza y le dijo:

—¡Avía, avía!, que esto ya viene, la tela y las sábanas debajo, ¡rápido!...

—No veo la tela impermeable, Felisa... —contestó contrariada Esperanza.

Felisa se volvió como un felino hacia el montón de preparativos y, al no encontrar la tela, exclamó: «¡Pero en qué cojones está pensando esta Lucila!», y desapareció escaleras abajo con una rapidez frenética. Cruzó en dos zancadas el pasillo, entró en el comedor, adelantó las dos manos para agarrar las asas de las puertas batientes de vidrieras de la alcoba grande, tiró de ellas: estaban cerradas por dentro. Volvió como un resorte sobre sus pasos

hacia la cocina y la otra puerta de acceso; se tropezó con una silla y, al perder el equilibrio se golpeó en la cadera derecha contra el esquinazo de la mesa. Tambaleándose, se dio de bruces con Juana ante la puerta de la alcoba, que le dijo temerosa:

—¿Qué busca, Felisa? Ya se lo llevo yo...

—¡Quita de ahí! ¡Coña! —exclamó, empujándola.

La luz verdosa que se filtraba desde el comedor por las puertas de vidrio le dio en los ojos deslumbrándola un tanto en la penumbra. Fue casi a ciegas hasta el fondo de la alcoba, donde se abría la alacena que servía de ropero, un hueco considerable en el muro, tapado por una cortina de cretona. Al correrla de un fuerte tirón sobre el riel, sonó un chasquido seco que acompañó de súbito su pasmo: allí estaban, los dos de pie. Lucila se tapó sus pechos desnudos con las manos, volviéndose hacia la pared en un acto reflejo de vergüenza. Pegado a ella, Heliodoro, sin más atuendo que la camisa desabrochada, permaneció quieto como una estatua de perfil que, en unas décimas de segundo, movió sus ojos hacia Felisa, conteniendo su ira entre los dientes. Fueron unos instantes, pero el cruce de sus miradas pulverizó como un rayo la relación de sus vidas. Absorta, la comadrona volvió sobre sí como un autómatas que recupera el impulso de su energía: «¡Aparta, zorrón!», dijo a Lucila, desplazándola por el hombro con violencia. Y, palpando en los estantes el género, sacó de un tirón la tela impermeable, para desaparecer como una centella, dejando abierta de par en par la puerta, que rápidamente cerró Juana con disimulado sigilo.

Felisa sintió en carne propia el dolor de aquella infamia. Con voluntad de hierro se sobrepuso en los trabajos del parto de un niño, rápido y sin complicaciones. Solo al cabo de unas horas, cuando Amparo pareció dormirse rendida, la comadrona sintió que flaqueaba. Una angustia súbita recorrió su cuerpo. Una náusea profunda agolpaba la bilis en su garganta, como una marea incontenible. Se apresuró bajando las escaleras; enfiló por el pasillo la puerta del corral y, ya en el primer recodo, al resguardo de las miradas, dejó que la basca soltara su vómito. Pero no fue el chorro abundante que esperaba, sino un hilo de bilis que brotaba de sus labios como acíbar concentrado de una descomunal impotencia. Hizo de nuevo un esfuerzo. Se recompuso y volvió a entrar para despedirse sobre la marcha, socapa de cansancio. Evitó la calle principal de Hontanalta de vuelta a su casa, buscando los atrases, menos concurridos, a fin de ocultar su congestión; pero no logró llegar a su puerta incólume y, al pasar por delante de la carpintería,

Hermógenes vio en el rostro cabizbajo y en la rapidez de los pasos de su mujer que algo andaba mal. Dejó la sierra diciendo que volvía enseguida y se metió a su casa por la puerta que se abría en el taller. En el comedor, sentada en una silla, ocultando su rostro entre sus brazos cruzados sobre la mesa, Felisa lloraba a lágrima viva, con gemidos que rasgaban el aire. Hermógenes arrimó en volandas una silla junto a su mujer, la abrazó con fuerza buscando su cara y enjugó sus lágrimas hasta empaparse en una humedad caliente, en una conmoción arrebatadora. No pronunció palabra, dejando que su mirada y sus caricias apaciguaran aquel desahogo, hasta que, lentamente, Felisa fue recuperando su pulso habitual, imponiendo su entereza todavía con algún suspiro reprimido. Las palabras llegaron con serena concisión, pero fueron remontando su vuelo a medida que la comadrona recuperaba su fuerza impetuosa y libre, su impulso reprimido al señalar los detalles y el asombro sufrido, pese a conocer el paño y a Heliodoro mismo, como si le hubiese parido. Fue repitiendo una y otra vez la desesperación de su impotencia, la indefensión de su sorpresa; una viva sensación de mujer humillada que subía el tono de voz, con una cólera que Hermógenes solo pudo aplacar con sus besos.

Felisa guardó un hermético silencio sobre el hecho, convencida, como Hermógenes, de que la discreción debía prevalecer en consideración y afecto hacia Amparo, y como mejor forma de protegerla frente a todo escándalo. Pero en su interior salpicaba la ira reprimida tan pronto se daba con la presencia de Heliodoro, que rehuía sin disimulo, con un asco violento. Los dos sabían que la falla era insalvable. Al cabo de una semana, cuando Amparo trajinaba por la casa casi completamente restablecida, Heliodoro llamó al comedor a Felisa, que acudió con el despecho y la resolución en la cara. Sin mediar palabra, Heliodoro le dijo:

—En adelante, tus servicios ya no son necesarios en esta casa. No hace falta que vuelvas.

Felisa contuvo el primer impulso, pero no pudo reprimir el tono áspero de sus palabras:

—Ya no me extraña nada de lo que pueda venir de un tipo como tú: ¡verraco!, ¡cabrón!... —Y, volviéndose, salió del comedor y encaró la puerta de la calle.

Nunca más volvieron a cruzar una sola palabra. En las semanas siguientes, el tiempo se precipitó para todos; se nubló como las propias vidas, paralizadas sin aliento, antes de que los acontecimientos se desbordaran tras

el golpe de Estado de los generales africanistas, que dio carta blanca a la barbarie. Los falangistas de Hontanalta lo celebraron el 20 de julio por la tarde, una vez confirmado el éxito de la sublevación militar en la provincia. Armados con escopetas de caza y alguna pistola, subieron en tropel al café de Eleuterio, en el entresuelo de su misma casa de dos pisos. Al ruido y confusión iniciales les sucedió un cortante silencio que permitía oír con claridad las pisadas sobre la tarima a medida que avanzaba la horda entre las columnas de hierro, la barra alargada que hacía curva al fondo, frente a las ventanas que se abrían a la plazuela, y la hilera de mesas de mármol, con sus tapetes verdes y sus parroquianos, inertes como palos, con las cartas en la mano. En un primer momento, Eleuterio se quedó tieso tras la barra, con su mandil de rayas verdinegras, pero su cara no denotaba miedo, como si conociera el paño. Y, al poco, se cruzo de brazos, expectante, siguiendo con su mirada los pasos del cabecilla de aquella asonada de salón. Domiciano, pariente de los Vadillo, sanguíneo y fanático, relucía en su cara recién afeitada y en el pelo humedecido, liso, peinado todo hacia atrás, con una mueca desdeñosa en toda su expresión; la camisa mahón recién planchada y una pistola en la mano. Se plantó en la curva de la barra, rodeado de los siete secuaces que le acompañaban, todos locales menos un par de ellos, que habían venido enviados de la capital con instrucciones. Domiciano echó un vistazo de izquierda a derecha por todo el café, giró su cabeza hacia los apostados en la barra y dijo:

—¡Despejadme la barra, todos contra la pared!

Luego, una por una, fue con parsimonia por todas las mesas seleccionando caprichosamente hasta nueve paisanos: «¡Tú, a la barra!... ¡Tú y tú, a la barra!»...

No hubo ninguna resistencia, ni siquiera un conato de reticencia. Atónitos, los nueve escogidos, entre los que se encontraba con su gorra de plato Gilberto, el alguacil republicano, se amontonaban un tanto en torno a la barra, cuando oyeron, impetuosa, la voz de Domiciano:

—Juntos uno al lado de otro, como en las filas, bien prietas, ¡joder!

Hizo una pausa algo histriónica, mussoliniana, con ligero estiramiento del cuello e insinuación del morro, y prosiguió:

—Todos estos que veis aquí son algunos de los que, todavía, no se han enterado en Hontanalta de que la Revolución Nacional-Sindicalista y el Movimiento Nacional han triunfado prácticamente en toda España, así que vamos a darles unas primeras lecciones básicas para que vayan tomando nota.

Miró entonces a los nueve de la barra, haciendo otra breve pausa, se echó los brazos atrás, agarrándose la muñeca de la mano derecha, que empuñaba la pistola, con la mano izquierda, y les dijo:

—Cuando yo pase por delante de cada uno de vosotros, pegáis un taconazo, levantáis el brazo haciendo el saludo fascista y gritáis: ¡Arriba España! ¡Bien fuerte! ¿Estamos? Pues venga...

Los dos primeros saludaron con cierta energía, pero el tercero, Anselmo Liñán, el herrero, renqueó un tanto en el levantamiento del brazo y su ¡Arriba España! se le quebró a medio camino con un gallo en la «Es» de «España»:

—¡Coño, Anselmo! —exclamó Domiciano con una risa sardónica—. Resulta que ahora te falla la voz, cuando llevas meses en la fragua diciendo bien fuerte que a los falangistas hay que ahorcarlos a todos... Bueno..., lo vas a repetir otra vez con más coraje, ¡hombre! Ya veremos a ver si te sirve de algo. ¡Venga!...

Demudado, con la mirada perdida y el rostro desencajado, Anselmo Liñán, sacó un grito de rabia de su interior que fue como si expirara, mientras le brotaba una lágrima del ojo izquierdo que le recorrió la cara hasta el mentón, cuando ya se oía el grito del cuarto. Al llegar al quinto, Gilberto Pinto, el alguacil, con su gorra de plato calada, hizo el saludo militar, con la mano derecha extendida y los dedos pegados a la sien, y un tono aceptable de voz en el «Arriba España»:

—¡«Pinto», hijoputa! —tronó Domiciano, pegándole el cañón de la pistola en la sien izquierda—. Levanta el puto brazo ahora mismo o dejás aquí la sesera, ¡cabrón!...

Gilberto Pinto pestañeaba y su nuez subió y bajó un par de veces tras la piel de su garganta, pero permaneció quieto como una estatua sin mover un solo músculo de la cara, ni bajar la mano extendida sobre su sien derecha. Domiciano tensó su rostro, forzó la extensión de su brazo, empujando el cañón de la pistola y apretó el gatillo... Un clac fallido del detonador que paró el tiempo y retuvo el aliento de los cuerpos.

—¡Vaya! Parece que estás de suerte, alguacil... —exclamó sorprendido Domiciano, cogiendo la pistola con las dos manos para montarla de nuevo delante mismo de la cara de Pinto, con un golpe hacia atrás del cerrojo de la recámara—. ¿Te has fijado que ahora sí que está la bala en la recámara?... ¡Cacho cabrón! Bueno, pues te voy a contar hasta cinco para que no puedan decir que no se te han dado oportunidades. ¡A ver si tienes cojones! Una..., dos..., tres..., cuatro... y...

Como un resorte, el alguacil extendió el brazo a la romana, a la altura del hombro, y fue subiéndolo poco a poco hasta gritar con voz desencajada: ¡Arriba España!

—Tendrás que practicar mucho, Pinto, andas muy verde —dijo Domiciano, bajando la pistola—. Aunque, nunca se sabe..., a lo mejor no te queda tiempo.

Los cuatro restantes fueron pan comido y Domiciano, satisfecho, volvió sobre sus pasos hasta el centro del café, cambiando a la mano izquierda la pistola. Un silencio espeso. Unos segundos de teatral regodeo. Un vistazo ufano en derredor, para erguirse súbitamente en posición de firme y, con un enérgico saludo a la romana, gritar: «Arriba España»... ¡Camaradas!... Y la manada fue desfilando hacia las escaleras de salida, cantando su himno de guerra, un *Cara al sol* reciente, apenas oído en Hontanalta.

No hubo más tregua que las sombras de la noche. No había amanecido cuando aporrearon la puerta de la casa de Hermógenes. Apenas abrió medio vestido, se le echaron encima como hienas, lo agarraron entre tres, lo arrastraron y auparon en volandas hasta el remolque de la camioneta entoldada que esperaba con el motor en marcha en la calle. Felisa corrió tras ellos en camión, desesperada, con la chaqueta de Hermógenes en las manos, gritando: «¡La chaqueta, Hermógenes, la chaqueta!»:

—No te preocupes, ¡bruja! —Se oyó la voz de Domiciano, asomado a la ventana de la cabina—. No le va a hacer falta... Es inútil que te escondas, ¡puta bruja!, volveremos a por ti también y te encontraremos...

Ya nunca más volvió a ver a su marido, ni supo exactamente dónde lo pasearon ni qué fue de sus restos. A Felisa se la llevaron al día siguiente tras un arresto formal, sin violencia, en el que le comunicaron que quedaba detenida por rebelión militar. Algunos dijeron que la habían visto con otros más de Hontanalta en Las Cocheras de la capital. Pero su rastro se perdió hasta dos años largos después, en que, al fin, se les comunicó a sus hermanos que se hallaba encarcelada a la espera de un juicio que nunca se celebró.

Sentado en su comedor, Heliodoro recibió en silencio, por boca de Leandro, la confirmación de las primeras sacas humanas y detenciones masivas llevadas a cabo en la comarca en los primeros días de la guerra:

—Parece que la primera camioneta, cuando llegó a Hontanalta, ya traía algunos detenidos de pueblos de alrededor —dijo Leandro en voz baja, afectada y medrosa—. A los primeros que se llevaron de aquí, con seguridad, fue a Hermógenes, Pinto, el alguacil, Anselmo, el herrero, Aníbal, el

esquilador, y a los dos hermanos Gurriatos, que los pillaron camino de la siega...

Leandro tragó saliva, apoyó los brazos sobre la mesa, e inclinándose ligeramente, prosiguió ante la mirada impasible de Heliodoro, con un tono de voz un poco más bajo:

—A los diez o doce de la primera tanda, parece que los asesinaron a sangre fría en la finca La Bayona. Luego fueron a por don Manuel, el médico, para que certificara la muerte de todos, como si hubiese sido un enfrentamiento armado de resistencia al Movimiento Nacional. Pero como se negó si no se realizaban las correspondientes autopsias, se las tuvo muy tiesas..., y le dejaron marchar, pero le dijeron que se olvidara de seguir siendo médico en Hontanalta, ni en ningún sitio. No se sabe nada más, ni de los cadáveres ni de los ejecutores, aunque dan por seguro que estaba Domiciano. Por la mañana se llevaron al alcalde, al Rojillo, a Cerón, el guarnicionero; a Ricardo, el albañil, y a otros cuantos que todavía no sé. Pero parece que a estos se los llevó la Guardia Civil a Las Cocheras... Y cuando bajaban por la cuesta de la Solanilla a meterlos en la camioneta, Sebastián, el huevero, y otros cuantos de su palo, empezaron a insultarlos con mucha violencia. Y Sebastián decía a voces, sacando mucho pecho: ¡Matadlos a todos, que no quede ni uno! ¡Matadlos a todos!...

—¿Qué hay de la Felisa? —le interrumpió Heliodoro imperturbable.

—La detuvieron ayer al mediodía, en una segunda tanda, junto a la Delfina y la Fausta, la Charra. Dicen que están en Las Cocheras de la capital, donde se hacinan miles de personas detenidas en toda la provincia, muchas de ellas sin saber por qué. Hay mucho miedo, nadie está seguro, Heliodoro..., ni siquiera el catedrático Dimas, a quien han registrado la casa. ¿Qué opinas, qué hacemos?

Heliodoro guardó silencio unos segundos mirando al infinito y dijo con mucho sosiego:

—Paciencia y barajar, Leandro; paciencia y barajar. A nosotros, estos falangistas enloquecidos no nos representan, pero mucho menos los comunistas y no veo por ninguna parte los republicanos moderados. Lo he discutido muchas veces con Dimas. El desorden de la República parece que estaba pidiendo a gritos este desastre... El problema es que, tal como están los ánimos, no sabemos el precio que vamos a pagar, ni cómo ni cuándo acabará todo esto. Me temo lo peor.

—Pero si se han atrevido a tocar a Dimas, y a don Manuel, que es el

conservadurismo personificado, le han dicho que haga las maletas, no veo yo por qué no debemos preocuparnos.

—Pues por una sencilla razón, Leandro, porque ni tú ni yo somos sospechosos de nada, sino todo lo contrario, en la zona que ha triunfado el golpe de Estado, ni representamos obstáculo o amenaza alguna para sus objetivos. Al contrario, somos la base silenciosa, pero a la vez deseosa, del nuevo orden que ellos quieren construir en España. Dimas y don Manuel representan, al fin y al cabo y por pequeña que sea, una forma de poder que los fascistas quieren liquidar y someter para repartirlo de nuevo según sus intereses; pero no debes preocuparte por ellos, sus familias son importantes y cuentan con agarraderas suficientes para sacarles del enredo. Muchos de sus parientes están en el ajo del Movimiento ahora mismo en la capital.

—Aun así, Heliodoro...

—Aun así, Leandro, no hay nada más peligroso en los momentos críticos que dar oídos a sordos y voces al pregonero. Nada de significarse. Mucha cautela y el perfil bajo, Leandro. No lo olvides, hasta ver...

Se quedó ensimismado Heliodoro unos segundos, bajando la mirada hacia ninguna parte y añadió:

—Lo que no tengo claro es si gente como la Felisa saldrá de esta. Va a ser muy difícil...

—Esa gente se ha expuesto mucho —dijo, reflexivo, Leandro, entendiendo por dónde iba Heliodoro—. Hermógenes era una provocación en sí mismo con toda su valía. Aquí parece como si se cumpliera siempre eso de que los valientes y el buen vino duran poco... Y la Felisa, no menos valiosa, venía dando mucho que hablar desde que llegó la República. Menos mal que no han tenido hijos...

—Así la tragedia se cierra en su íntimo ciclo —interrumpió Heliodoro, saliendo de su ensimismamiento—. La Felisa se ha crecido mucho en los últimos años, pero sobre todo se ha salido de sus naturales cauces de mujer, con un ejemplo peligroso que iba cundiendo ya en algunas otras que, tímidamente, reprimían su complacencia, pero la aplaudían a rabiar en secreto. El orden de las cosas no conviene alterarlo. Ahora habrá que esperar a ver qué da de sí todo esto.

Lo que vino en adelante fue el eco de un espanto, el repliegue temeroso que día a día daba cuenta en silencio del avance de la demencia y el odio, del desenfreno de su barbarie. La vida en Hontanalta, una vez consumadas las

atrocidades y la arbitrariedad sistemáticas de las primeras semanas después del golpe de Estado, se enrareció como el aire. Los señalados lo fueron para siempre, atados a una invisible amenaza de exterminio que los triunfadores sacaban a relucir a capricho en situaciones de regodeo. Apenas si les dejaron espacio para el resuello secreto de su conciencia; ni siquiera se les permitió la mirada erguida, solo deambular cabizbajos hacia un futuro incierto, mísero, vigilado, en el que la amargura fue carcomiendo la resolución de su fuerza, con un desgaste inexorable, aunque solo la muerte al cabo logró quebrar su velada resistencia. Vidas recogidas, aisladas, cercadas una vez más por el lado oscuro de la historia, que avanzaba otra vez alzado, como el telón sucio de la niebla se acerca cegando las últimas luces en el ocaso invernal. Mientras, el nuevo orden tiñó la tradición católica de soflamas y banderas, y los labradores de Hontanalta sintieron el extraño arrebató que en los simples contagian los demagogos violentos, los fanáticos de arrobada mística, los tiranos castizos. Los estragos del terror de los primeros días allanaron un paisaje propicio para la espera guerrera, sacudieron la modorra de siglos de miseria con el ardor de la furia, y a la paralización primera de los ánimos le sucedió enseguida un entusiasmo de ruidosa entrega. El tiempo se hizo monocorde, la vida queda y retraída, lento trazo blanquinegro en la grisalla de un lienzo de altisonante relieve. Las campanas trajeron el sonido de la muerte omnímóda, pero ya no doblaron por todos, sino por los héroes blancos y azules, y los asignados a la causa, de voluntad desconocida y cuerpos yertos, que incendiaban un frenesí de grotesco aparato de la misa al cementerio. La iglesia de Hontanalta, una fornida fábrica de sello filipino y remozada bóveda barroca, atrajo el grueso de la vida social, como un nuevo crisol de las esencias patrias. En el presbiterio, con la liturgia manida y el latín trastabillado del párroco recién llegado, el ultramontano don Casimiro Barrera Munárriz, se juntaba, al fin, la chatarra en la pechera de las autoridades uniformadas con la elevación de la hostia consagrada a la nueva España, refundada en su única verdad católica; de nuevo salvada a la luz de Trento, al socaire de la herejía y la Cruzada en curso, que arrancaríá de raíz los demonios contemporáneos nacidos del liberalismo y el marxismo, y una extraña e invisible conspiración judeo-masónica. En los primeros bancos de la nave, tácitamente reservados a los miembros de las familias acomodadas, la jerga delirante de los sublevados, vertida por don Casimiro, se recibía como un maná imprescindible y excitante, que nutriría conversaciones estrambóticas entre los notables locales, en el café de los domingos. En el

resto de la bancada eclesial, de la zona media, mujeril, hasta el reducto masculino más palurdo, cobijado bajo el coro, la nueva puesta en escena y su expresión rimbombante fueron calando por constante repetición, como una alarma ante la peor variante del infierno, afortunadamente contendida por la sangre derramada de los héroes. La seducción de la mentalidad cuartelera impregnó el sentir de las gentes. Su lenguaje pareció de buen tono en las relaciones cotidianas, en las manifestaciones más comunes, pronto colonizadas como lo más natural. Más enfáticamente, la milicia como profesión volvió a ocupar en el imaginario de los labriegos la punta de la vieja sociedad estamental, con esa admiración deslumbrada, babeante, de los papanatas. De la misa, la procesión, o los oficios religiosos, se pasaba a los refrigerios propiamente civiles, pero la espontaneidad de antaño había sido secuestrada de súbito por la tutela paramilitar y el aire admonitorio de los manteos y el sombrero redondo, negro, acordonado de don Casimiro. La vida civil se retrajo hasta desaparecer. Fue sustituida por una comedia bufa que ocultaba la realidad siniestra entre bastidores. La condición de las personas se rebajó a mera comparsa. La alegría, como la risa, volvieron a ser sospechosas; el placer, perseguido como delito; la mirada franca, expedita, una afrenta que podía costar la vida, como la desatención o el descuido. Pero en la epidermis del pueblo, la normalidad del nuevo Estado fue asentándose como un trampantojo aceptado y, al final, defendido como propio y, por los más, querido. En la vida práctica, la insignificancia voluntariosa cotizó enseguida como alto valor deseable; la mediocridad, como una garantía de futuro; la sumisión, como el recurso más meritorio y seguro. Solo la vileza superó a cuantas actitudes de supervivencia y medro generaron los primeros meses de la guerra en Hontanalta, en la retaguardia más segura y afecta, cuando la vida se adentró en una cuarentena sin límite que rompió todos los cálculos de esperanza, alumbrando un camino expedito para la infamia.

Heliodoro presintió pronto que la guerra sería larga y enconada, pero esperaba que su duración no fuera tanta que las levas alcanzaran a sus hijos varones; el mayor, José, entonces de catorce años. Su moderación equilibrada y atenta le mantuvo incólume y respetado en el revuelo interesado de sus iguales en Hontanalta. Y cuando los falangistas lo probaron invitándole a la carrera política de la alcaldía, pretextó desconocimiento y falta de experiencia, pero, hábilmente, se ofreció sin condiciones para las iniciativas que el nuevo Régimen planteaba ya en el sindicalismo agrario. Sabía que el éxito de la partida cotidiana estaba en evitar la sospecha, un juego en que el

disimulo y la naturalidad invalidaban la murmuración de los delatores. Él hubiese preferido la continuidad del viejo liberalismo de la Restauración, aquel constante apaño entre notables, más o menos decoroso, con una discrecionalidad de cacicazgo en el campo que, bien aplicada, permitía un pasar llevadero a casi todo el mundo, siempre que cada cual se mantuviera en su sitio. Detestaba la violencia, como las armas; lo enervaban. Y en su fondo más íntimo le desagradaba la bravuconería de los falangistas y su parafernalia fascista. Había que reprimir el latido interior, aunque fuera ya en casi todos los frentes. No había elección. La catástrofe lo había trastornado todo, hasta la religión y la Iglesia, y eso era también una grave alteración del orden de las cosas. Siempre había creído que la religión era necesaria. No imaginaba una sociedad sin el control social que ella ejercía, pero el vuelco del clero en las primeras semanas de la guerra, su parcialidad incendiaria, le inquietaban. En alguna medida se sentía amenazado. El consuelo de la religión y sus efectos moderadores se habían transformado en una histeria colectiva. Las mujeres de Hontanalta, y algunos hombres, rezaban el rosario una o más veces al día, dentro y fuera de casa, en corros nutridos por las aceras; se multiplicaban las novenas, los ejercicios, los triduos y trisagios, las bendiciones y besamanos; las procesiones se transformaron en desfiles, la misa mayor del domingo en una exaltación patriótica en que Dios y don Casimiro ungían al alimón las banderas, las estameñas y las camisas azules, antes de tronar desde el púlpito...: «Esto se nos va de las manos, Leandro», le dijo una tarde Heliodoro en su comedor.

A la puerta de su misma casa, en aquel primer verano de la guerra, Amparo encabezaba al atardecer uno de los rosarios más concurridos del barrio. Heliodoro entraba y salía ante el bisbiseo de aquellas mujeres, al principio con cierta aprensión. Sentía que las miradas de reojo lo señalaban. Pero a poco recuperó su indiferencia habitual. Sabía que Amparo y sus devotas vecinas apretaban las cuentas pensando en él y su lujuria. Pero estaba seguro también de que su mujer pedía con devoción ferviente por la salvación, viva o muerta, de Felisa. «¿Qué habría sido de Felisa?», se preguntaba Heliodoro. Estaba casi convencido de que la habrían asesinado. Por eso, cuando dos años después, vencida la guerra del lado faccioso, la propia Amparo le comunicó emocionada que Felisa vivía encarcelada, tras pasar por un campo de mujeres, según le había confirmado uno de sus hermanos, a Heliodoro le recorrió una sensación ambigua. Los testigos de la mala conciencia siempre resultan importunos, aunque no existan escrúpulos,

y los ojos de Felisa, en aquellos segundos de su mirada en la penumbra de la alcoba, vinieron a su mente como un destello. La mera existencia de la comadrona reavivaba en él impresiones encontradas. Sobre todo cuando, tres años después de acabada la guerra, Felisa regresó a su pueblo en libertad vigilada, y Amparo volvió a mostrar su grandeza entre las señoras nada sospechosas de Hontanalta, acudiendo a abrazarla a su propia casa, en medio de un mar de lágrimas. Ni él ni la comadrona hicieron nada por reencontrarse, ni siquiera saludarse, aunque a veces se cruzaban por la calle. En el interior de Heliodoro peleaban dos fuerzas excluyentes y parejas. La benevolencia que le empujaba a tratar de ayudar a aquella mujer íntegra porfiaba con su orgullo y su inclinación irreprimible de eliminar cuantos obstáculos se le opusieran. Aunque durante años anduvo rumiando aquella cuestión recurrente, ya nunca la despejaría con claridad.

Once años después, el destino vino a unir para siempre en la mente de Heliodoro a aquellas dos mujeres excelentes. Ante el ataúd con el cadáver de Amparo a sus pies, mientras los operarios municipales y los mismos hijos colocaban las sogas por debajo de la caja, para bajarla suspendida al hoyo del cementerio, Heliodoro permanecía enhiesto, firme, hierático, con su mejor traje negro, camisa blanca, impecable; la corbata negra, el chaleco de pana lisa, con su leontina y su *rosskopf*, y la gorra nueva, negra, entre sus manos. A la frialdad de su rostro se asomaba la tensión de un sufrimiento verdadero, contenido por un dominio añoso, que no impedía el humedecimiento de sus ojos, casi arrasados. La brisa se levantó suavemente en la tarde del primer otoño, revolviendo su pelo ralo, lacio, canoso, en la calva entrante. El silencio sepulcral de la impresionante muchedumbre se rompió de súbito al golpear el primer puñado de tierra que uno de sus hijos lanzó, después de besarlo, al féretro de su madre. Llovió la tierra besada y el llanto sobre la madera del ataúd de Amparo, cuando el parpadear de Heliodoro se dio con la mirada plena de Felisa, que se había abierto paso hasta la primera fila al otro lado de la sepultura, frente a él. Una mirada serena, penetrante, en un rostro ajado, marcado, ornado todavía de una cabellera cana, que plateaba una emoción conmovedora. Fueron largos segundos de una mutua entrega visual, exenta de odio o de resabio, inerme, que dejó un rastro de perdón.

Al cabo de un año, también en los primeros días de otoño, murió Felisa, únicamente arropada por sus familiares más íntimos. Cuando Leandro le dijo a Heliodoro que don Casimiro había negado la sepultura católica a la comadrona, se revolvió en su ser como nunca había experimentado. Se

dirigió de inmediato a la casa rectoral, donde le recibió con mucha frialdad don Casimiro, a quien rogó, reprimiendo una ira desconocida, que reconsiderase la marginación que suponía enterrar a Felisa en el corralillo civil del cementerio, «más que un cementerio, un muladar», le dijo Heliodoro.

Don Casimiro, un casuista cuartelero, bronco y autoritario, que pastoreó Hontanalta cinco años más todavía, hizo un esfuerzo de contención ante el atrevimiento de Heliodoro, invocando el derecho canónico y la defensa de la Iglesia de la amenaza liberal, roja y pagana. Pero como Heliodoro invocara la caridad cristiana y el perdón, don Casimiro se mostró tal como era:

—Entiendo su intención caritativa, don Heliodoro, pero la Iglesia, no lo olvide, es la misma verdad revelada por Nuestro Señor Jesucristo, para cuyo mantenimiento debe arrancar de cuajo las raíces del mal. Y esa mujer vivía en la sombra del demonio. Vuelva usted, don Heliodoro, a su hacienda, cuide cristianamente de su familia y morigere su espíritu. Las tentaciones de la carne no solo condenan nuestra alma, sino que debilitan nuestro cuerpo, privándolo de las fuerzas con que debemos combatir a nuestros enemigos. Y, aunque una vez más sometidos, siguen acechándonos con la misma saña del diablo.

Heliodoro acusó la andanada y con tranquila frialdad le contestó:

—Le agradezco su acogida y atención, don Casimiro. Sobre todo en lo que de indicativo tienen sus instrucciones católicas que, naturalmente, tendré en cuenta, pero no menos seguiré practicando, ahora más que nunca, los principios fundamentales del cristianismo que, si usted no me corrige, siguen siendo ayudar al prójimo y perdonar a nuestros enemigos. Buenos días.

Y Heliodoro le dio la espalda, enfiló el pasillo de salida y abrió y cerró la puerta de la calle con suavidad, sin esperar al cura.

Una semana después, sobre la lápida de mármol de la sepultura de Amparo y en la tierra desnuda de la de Felisa, aparecieron, idénticos, sendos ramos de flores blancas.

VI

Yo no digo que no la quisiera, pero la quería a su manera, caprichosamente, como todo en su vida. Para Heliodoro había que estar siempre a su disposición, como lo más natural. Así que su propia mujer, ¿cómo no lo iba a estar? Con más razón todavía, ¿no? Lo que yo empecé a preguntarme con los años es cómo fue posible que le quisiera tanto: ¡qué pasión la de mi madre! Y aquel cabrón... Una mujer tan dulce, tan generosa y tan buena. Y que no había manera. Con todo, se desvivía por su marido. Lo sufría en silencio, un año, otro año, y otro..., y así hasta que murió, asfixiada, sin poder ya más. Dices que cómo murió mi madre..., pues ahogada... Está bien eso de preguntarse cómo muere la gente, porque, ahora que lo pienso, es como la rúbrica que uno echa de su vida entera y, claro, si se te cae un borrón al final, muriéndote de mala manera, toda la buena fama que pudieras haber tenido se va al carajo. Y ya no queda de ti más que el recuerdo de que te moriste como un perro. Está bien pensado eso, ahora que le doy vueltas, sí. Y es verdad, a lo último la gente se muere mal, así que los que lo hacen con entereza o con gracia, que alguno hay, permanecen en el recuerdo para bien, aunque son los menos. Pero a mi madre, con solo cincuenta años, no la dio tiempo a bien morir: ¡pobrecilla! Si lo hubiese tenido, seguro que se habría muerto bien. Ya lo creo. Era muy religiosa, tenía mucha fe, creía en el cielo y el infierno a pie juntillas, se desvivía por los demás, pero no le dio tiempo, ya te digo. Se quedó muerta en la siesta, después de decir que se retiraba a descansar un poco, que estaba muy cansada. Yo llegué a verla recién fallecida, sobre la cama. Tenía una serenidad como pintada en el rostro y parecía que resplandecía su cara blanca y relucía el pelo castaño claro, ondulado. Estaba guapísima y no había en su semblante ningún reproche, ¡qué va! El sufrimiento no se asomaba en aquella cara de mi madre, porque lo había reprimido en su interior sin dejarlo salir y la había reventado, claro. A mi padre también le impresionó, pero ya no había remedio, a buenas horas. Pasó unos meses después muy retraído, pero en cuanto se repuso un poco volvió a ser el Heliodoro de siempre, como el acero, que brilla y todo le resbala.

Alguna vez me he preguntado qué pasaría por su cabeza en esta y otras situaciones, porque cavilando estaba todo el día, pero no he sido capaz de descifrarlo, más allá de las cosas que uno iba hilando con un poco de sentido y, sobre todo, las que el tiempo iba aclarando, que no eran todas. Heliodoro iba a misa todos los domingos. Decía que si no se iba a misa no era domingo, pero no creía. Era de la cofradía de la Santa Cruz, la de más ringorrango en Hontanalta, la de los labradores ricos, medianos empinados y todos los lameculos que, como lapas, les reían las gracias. Siempre estaba de los primeros, con el traje bueno que guardaba para las fiestas grandes, aunque del vestir, lo que de verdad le gustaba eran las camisas. Le encantaba estrenarlas, luego se cansaba y las abandonaba, como todo. Ante su presencia, muy medida siempre, nadie hubiera imaginado lo que pasaba por su cabeza. Pero no creía. Ya te lo digo yo. Después de todo, visto lo visto, yo mismo tampoco creo en nada, aunque a veces me asalta la duda y pienso que tendrá que haber algo por encima de nosotros, algo que domine todo esto ¿no?... A Heliodoro lo que de verdad le gustaba era mandar, solo creía en el poder; a pequeña escala, porque no tenía otra, pero en el poder de verdad. No hacía más que mirarte y ya sabías si tenías que parar o hacer una cosa. Y todo el mundo lo cumplía, sin rechistar. Es como si hubiera nacido solo para eso. Esa era su verdadera pasión. Lo demás, en casa y fuera de ella, giraba a su alrededor. Y a eso se dedicó toda su vida. Tenía en qué mandar. La hacienda, la Hermandad de Labradores, cuyo cabildo presidió más de veinte años; la mujer y los hijos, los siete que sobrevivimos; los criados, los obreros fijos y temporales, los pastores y, sobre todo, las pastoras, que fueron una de sus especialidades, aunque con las arrancadoras hizo lo propio. Hasta veintisiete pastores le traje yo a lo largo de los años. Casi todos venían de esa parte más allá de El Collar y, salvo a dos de sus mujeres, la Toza y la del Peinao, yo creo que se las jodió a todas. La del Peinao casi le cuesta el pellejo en el corral de las ovejas una mañana de primavera, después de que la Cecilia, que así se llamaba y era muy flamenca, le hubiera cantado a su marido que Heliodoro se lo venía pidiendo con insistencia. Y el Peinao era buen mozo, un poco chulo, y estaba muy fogueado porque se había chupado toda la batalla del Ebro sin un rasguño. Salió como un jabalí herido, tan pronto se enteró. Pegó una patada en la puerta de la trasera que sonó como un estruendo y paralizó a Heliodoro, que estaba allí mismo, a la entrada del pajar. Agarró una horca de dos dientes que estaba apoyada en la pared, se fue a por él en dos zancadas, le sujetó el cuello entre los dos palos y,

empujándole hasta ponerlo de espaldas contra la primera pilastra del pajar, fue apretándole y subiéndole por el cuello hasta dejarle de puntillas, casi en vilo, y cuando le vio que se amorataba le dijo: «No le trinco aquí mismo y le apaleo, hijo de la gran puta, porque no quiero pasarme la vida a la sombra, así que me da la cuenta esta misma mañana y se va usted a joder a su puta madre». Y Heliodoro le dio la cuenta y chitón. Yo no sé cómo no lo mataría. Pero ni este ni otros percances que tuvo le arredraron nunca. Él a lo suyo. Como lo de la Toza. Aquí no corrió peligro, pero se pasó toda la vida detrás de ella sin que lograra tirársela. Yo creo que fue una obsesión como de coleccionista, porque si no, no me lo explico. La Toza era retaca, casi enana, aunque, eso sí, bien prieta. Yo no sé qué veía en ella porque, siempre que lo pienso, tirarse a aquella mujer tenía que ser como tirarse a una saca de paja o así... Pero salvo aquellas pifias, la verdad es que en este terreno lo bordó. Aquí fue el primero de todos, con mucho. Y mira que tenía algunos colegas de miedo: el tío Régulo, el tío Floriano, el tío Heriberto, el tío Cirilo, el propio Dimas..., aunque el catedrático Dimas era otra cosa, otra categoría más alta y otro ambiente. Claro, que mis recuerdos empiezan de verdad en la posguerra, porque yo de la guerra me acuerdo muy poco o nada. Unos años malos, sobre todo los primeros, y dos terribles: el cuarenta y cinco y el cuarenta y seis, en los que el que podía enseñar una peseta o darte algo de comer era como Dios; y Heliodoro podía, porque lo tenía, y el efectivo lo tenía bien guardado en el arca, y siempre tuvo obsesión por el numerario para pagar su vicio, que eso era lo que le motivaba y le daba la vida después de mandar. En casa no conocimos el hambre, aunque andaba todo muy justito, pero estábamos rodeados de ella. La vimos y la sentimos en toda su miseria durante largos años. Yo empecé a darme cuenta de cómo la necesidad hacía estragos entre la buena gente, entre tus propios vecinos, y cómo las mujeres podían venderse fácilmente por un trozo de pan o de queso que llevar a los suyos. Y eso te hacía pensar en lo que fue aquello. Ahí Heliodoro no perdió ripio y tuvo pronto su propia clientela femenina, que fue manteniendo toda su vida, desechando a unas e incorporando a otras, como los moros: ¡grandísimo cabrón!... Mi madre arrastrada, embarazada y pariendo siempre y él jodiendo a destajo, incluso bajo el mismo techo, como cuando se tiró a la Lucila durante el parto de mi hermano Ananías. En casa se sabía, pero nadie dijo esta boca es mía. Luego, con los años, nos fuimos enterando. ¿Pero cómo no lo envenenaría, echándole matarratas en aquellas sopas de ajo, que tan bien hacía? Se lo decía la señora Pura, la más vieja y caporal, después de rezar el

rosario:

—Amparo, yo que tú me lo llevaba por delante. Un poco de veneno en las sopas y se iba para allá como quien no quiere la cosa... Se acabó el tormento.

—¡Pero qué cosas dices, Pura!, le contestaba mi madre, asustada.

—Sois todas medio fatas —seguía la Pura—. A los hombres los ha parido una burra en las eras con un coño en la cabeza. Todos van a lo mismo. Y cuando queréis daros cuenta, ya no tiene remedio. ¡Hala, hala! Dile a tu tío Donato que venga a platicar mucho con tu marido, a ver si lo convierte, que vas aviada...

El tío Donato era tío carnal de mi madre. Vivía ahí en Torrescanas y la quería mucho. Tenía buena hacienda y, sobre todo, buena cartera con dinero contante. Heliodoro no tenía reparo para pedirle crédito si lo necesitaba, y él se lo prestaba sin interés ni plazo alguno. Era alto, serio y muy formal. Cuando llegaba a casa era como un acontecimiento, nos quería mucho a todos, sí, y se preocupaba. Se metía en el comedor con Heliodoro. Al principio no se oía una voz más alta que otra, porque Heliodoro aguantaba por la cuenta que le tenía, pero cuando le apretaba, estallaba aquello con unas voces de miedo: «¡En esta casa tiene que reinar la paz, Heliodoro! ¡Tiene que reinar la paz!»... se oían las voces de Donato. Pero aquella paz del tío Donato no llegó nunca a la casa de mi madre y, al final, solo la encontró en el cementerio... La última que intentó reconvenirlo varias veces fue la señora Isabelina, la mujer del tío Honorato, muy amiga de mi madre y tan devota como ella. Todo lo que Honorato tenía de estragado y de implado, lo tenía ella de discreta. La Isabelina era toda una señora; esbelta, guapa, con una gravedad imponente. No se achantaba con Heliodoro, y el cariño y la pena que sentía por mi madre los llevó hasta el extremo. La última vez que la recibió Heliodoro en el comedor, le apretó tanto, que la echó de casa con un tono muy subido. Creo que es la única vez en mi vida que vi a mi padre perder el control. Y mira que me hubiera gustado saber qué le dijo la Isabelina. Yo creo que le llegó a decir, ya desesperada, que la Pura tenía razón, que había que envenenarlo. Aquello no tenía remedio. La debilidad de mi madre, su ceguera por él, volvían a darle alas al poco tiempo. En lo que nosotros veíamos, estaba claro. En la mesa. Todos como lechoncillos inclinados hacia el dornajo y mirándole de medio lado. Donde estuviera Heliodoro estaba la presidencia, y mi madre escogiéndole lo mejor de lo que hubiera. A diario, el cocido: ¡aquellos cocidos de mi madre! Pero a Heliodoro

no le gustaban los garbanzos. Decía que le sentaban mal, como el tocino y el relleno. Así que comía la sopa, la carne hecha hebras que mi madre le desmenuzaba, la longaniza y alguna tajada de la olla, sacada solo para él. Los domingos y fiestas eran otra cosa: arroz campero, a veces con pollo o conejo y chuletillas de lechazo, porque entonces el asado se reservaba para las fiestas muy señaladas, pero eran sobre todo para él, ya digo, porque nosotros nos entreteníamos mirando cómo se las comía, mientras le dábamos vueltas a la asadurilla que nos tocaba. El pescado y los lechazos fueron sus debilidades, pero eso ya más adelante, cuando el fresquero pasaba por Hontanalta regularmente y los años dieron tregua, por pequeña que fuera. No sé cómo decirte. Hubo un momento en que, sin pensarlo, la gente empezó a respirar un poquito, a comer todos los días y a cenar algo también diariamente. Y la vida se fue asentando con la vista puesta en salir adelante. La gente trabajaba en silencio, cabizbaja, y mirando siempre de reojo, porque te podían venir mal dadas por la parte que menos sospechabas. Pero es verdad que poco a poco se fue levantando aquella tristeza, como se levanta la niebla; y la amargura que se veía en la cara de las personas, o que otras muchas escondían, se convirtió en una careta de resignación. Una cosa era el saludo más o menos seco que te hacían por la calle y otra muy distinta lo que estaban pensando de verdad, porque detrás de aquella careta se contenían mucho los malos quereres y el odio, y a medida que muy poco a poco se iba saliendo de la miseria, de la envidia. Y todo eso se daba por hecho, pero la fuerza misma de vivir iba empujando, incluso en las pobres condiciones que seguían pintando el panorama. Y ahí Heliodoro tenía razón, sin misa no había domingos ni fiestas; ni propina, como decía mi madre, porque la misa y la iglesia eran el comienzo y el fin de todo. Se salía de misa y ya tenías bula para un poco de frescos. Se charlaba a la solana o al abrigo del viento con diez céntimos de piñones que comprabas al piñonero, con su criba y el bote cuadrado de madera; se fisgaba a las mujeres que pasaban con sus vestidos de domingo y con sus velos; alguna hablilla atrevida y risas reprimidas; un poco a ver cómo jugaban los mozos a la pelota en el frontón de la plaza, y a tomar unos vinos a la taberna del Tuerto o de la Chicharra, a secas o con gaseosa, aquellas botellas pequeñas con tapón de alambres, porque entonces los vinos eran muy ácidos y la cerveza aquí no la conocimos hasta muchos años después. En el café de Eleuterio, los más del régimen; fueran o no falangistas, todos muy bocazas y echados para delante; si no comulgabas, allí estabas vendido. En la plaza, el café de la Aurelia, otra cosa, el café de toda la vida. Los dos estaban

en un entresuelo, con columnas de hierro y el piso bien entarimado, pero el de la Aurelia era más alegre, con mucha luz que entraba por tres balcones que miraban al sur, y un apoyabrazos de zinc en la barra que rebrillaba mucho. La Aurelia lo tenía todo muy apañado y muy limpio. Daba gusto entrar allí, y en invierno, hasta abril o mayo, lo templaba bastante bien con una estufa grande de cáscara de piñón. Allí te podías encontrar con cualquiera del pueblo, desde los pudientes a los más modestos, aunque sí que es verdad que la clientela de la Aurelia tenía algo de escogido. Era de la familia de los Fresno, prima de Dimas, gente rica, pero más liberal. Se quedó viuda poco antes de la guerra, por ahí por los treinta y todos, pero ya no se volvió a casar y no, precisamente, por falta de pretendientes, aunque yo creo que no se atrevían a insinuarse, porque se conservó siempre muy bien: frescachona, guapa, con una mirada muy sostenida que imponía un poco, y un pelo castaño muy bonito que se recogía en un moño poco prieto, como hueco. Su hermano, el tío Senén, gordo y colorado, con la cara redonda y la calva hasta por encima de las orejas, y unas venillas en los pómulos, tenía mucha gracia; se reía de todo, y cuando de vez en cuando se achispaba y alguien insinuaba lo buena que estaba su hermana, decía: «A mí me lo vas a decir... Si valiera casarse con las hermanas, ninguno se la había chingado mejor que yo..., pero no vale»... Dicen que sí lo intentó el tío Floriano, que también estaba viudo, y andaba bien de cuartos, el más boceras de los puteros de aquí; y un día que se sobrepasó un poco en el mismo café, la Aurelia le cortó como lo más natural: «No insistas, Floriano, andas demasiado disperso, y yo necesito que me aprieten con mucha concentración». Porque la Aurelia era mucha Aurelia, una de esas mujeres que no hay manera si no deciden ellas, que te ven venir, y no lo necesitan, y son mucho más fuertes y más listas que nosotros los hombres. Y yo creo que eso era exactamente lo que pensaba Heliodoro de la Aurelia, porque era muy cuco y sabía leer en la mirada de la gente y con las mujeres difícilmente se equivocaba. Se tenían, más que respeto, simpatía. Aunque los dos sabían que entre ellos nunca habría nada. Pero si alguien estaba considerado en el café de la Aurelia, ese era Heliodoro. A mí me parece que ella, conociendo muy bien su fama, valoraba mucho la discreción de su comportamiento en público, la manera atenta que tenía de escuchar y el silencio de su mirada, porque Heliodoro se tomaba su tiempo, mirándote fijamente, antes de decirte nada. Y ahora que lo pienso, es que es verdad. Si Heliodoro no hubiera tenido tanto vicio, habría sido un modelo de cara a la gente, y aun así, para muchos, lo fue. No le gustaban nada los borrachos, ni

los fumadores, ni el ambiente de las tabernas. Todo eso le parecía una bajeza, purriela. Ni siquiera le gustó bailar. Nunca pisó ninguno de los salones de baile de Hontanalta, desde que abrieron el primero por aquellos años, ni supimos que se echara un baile con alguna en ningún sitio. Cuando en casa se hablaba de estas cosas, movía la cabeza y decía: «¡Vete, cucho!». Solo el café le parecía digno de su condición. Por el de Eleuterio raramente pisó, si es que lo hizo. En cambio, al de la Aurelia no falló ningún día, que no fuera por enfermedad o ausencia. Decía que el café de la Aurelia se parecía al de los buenos de la capital. Allí tenía su círculo más favorable y los compañeros de partida. Se jugaba el café y la copa, un poco de anís, porque era lechuzo, nunca el dinero; sobre todo al ilustrado, de vez en cuando al tute o al julepe; y remataba la media tarde con una animada tertulia, a la que a veces se incorporaba Dimas, cuando estaba en Hontanalta. Bueno..., cuando llegaba Dimas se preparaba un revuelo de miedo, porque Dimas se vendía muy caro. Era muy correcto con la gente del pueblo, muy educado, pero a la vez muy distante. Tenía una presencia, una conversación y una mirada que imponían mucho, y el tío siempre estaba en su punto: alto, tieso, con su nariz un poco aguileña y el pelo todo echado hacia atrás; con su traje bien cortado y sus gabanes, aunque en el pueblo solía llevar tabardos caros. Antes de caer en desgracia en la universidad por rencillas políticas, aquí en su pueblo era como un dios. Y ya digo, aparecía en el café de su prima, y la mitad de los parroquianos se ponían de pie como si llegara el gobernador. Le arropaban enseguida como a un torero y casi lo llevaban en volandas hasta la mesa de Heliodoro, donde se abrazaban sentidamente con muchas palmadas en los hombros, y al poco le hacían un corro de gente que crecía como un montón que no dejaba ver a los de la mesa, porque hablara de lo que hablara, daba gusto escucharle. ¿Que de qué le venía la amistad con Heliodoro? Pues hombre, de toda la vida, desde niños, que eran vecinos. Luego fueron a la escuela juntos y cuando empezaron los dos a despuntar, pues de las mujeres, a ver... En esta cuestión fueron tal para cual. Es verdad que cada uno en su terreno, porque Dimas nunca tuvo ningún lío de faldas en Hontanalta, por supuesto, aunque luego le salpicara de lleno el escándalo de su sobrina Elisa con Ezequiel Molina, que fue cojonudo, y al final se pegara un tiro cuando ya estaba muy al cabo por el cáncer. Dimas picaba muy alto en la capital y hasta en Madrid, y con Heliodoro tuvo siempre mucha relación en todos los sentidos; pero que coincidían a menudo en las casas de alterne de la capital, eso lo sabía todo el mundo. No te digo más que cuando el tío Régulo se

quedó pajarito encima de una fulana, estos dos estaban allí mismo, haciendo lo propio, y fueron los que prepararon todo para traerlo al pueblo en una funeraria con toda decencia, diciendo que le había dado un infarto. Pues claro que le dio un infarto, ¡nos ha jodido! Pero lo que no dijeron es que el infarto le había dado cuando se estaba jodiendo a la puta. En fin..., ya te digo, en esta cuestión, estos dos fueron la caraba. Yo creo que, cuando murió mi madre, Dimas ya llevaba algún tiempo retirado en su casa de aquí. Lo que sí recuerdo muy bien es de verle en el entierro y de que una semana después, una tarde muy desapacible, se presentó en casa a ver a mi padre. Estaba impecable, con un gabán verde. Nos saludó a todos afectuosamente y se metió al comedor con Heliodoro. Estuvieron mucho rato charlando mano a mano, pero ahí ya no me atrevo a decir de qué hablarían, aunque siempre he pensado que aquella conversación es muy probable que influyera en el futuro de mi padre y, desde luego, en la decisión que tomó en firme de no volver a casarse.

En los breves segundos en que Heliodoro cerró la puerta del comedor y le indicó con la mano la silla para sentarse, Dimas había observado en su rostro la huella que arrastra el dolor inesperado, la mirada declinante, velada, que impregna todo revés profundo. Se miraron una y otra vez en silencio cuando la luz que entraba por la ventana aceleraba un prematuro oscurecer:

—La caída de la hoja no favorece nada la recuperación del ánimo cuando los golpes son irreversibles —dijo Dimas pausadamente, como si meditara cada palabra—, así que tendrás que hacer un esfuerzo sostenido si no quieres deambular un tiempo por ninguna parte, sin otra consecuencia que tu deterioro personal.

—Se dice fácil, Dimas, pero nunca había experimentado esta sensación tan triste. Me siento hundido, pero sobre todo impotente, por lo que tiene de irremediable. Es como una comezón de culpa.

—¡Qué católico es eso de la culpa!... Aunque sea una evidencia, debo recordarte precisamente ahora que la muerte es inexorable, Heliodoro; de modo que debemos asumirla con naturalidad, sabiendo que nos sorprenderá en cualquier momento del viaje.

—Tienes razón... —contestó cabizbajo Heliodoro y, levantando la vista hacia Dimas, continuó—, pero hace años que me di cuenta de que no es lo mismo pensar en la muerte que tenerla delante. En el mejor de los casos, yo creo que cuando viene a por ti te paraliza de una u otra manera, luego el

miedo es libre, si te da tiempo, para expresar el pánico o chillar como un marrano; incluso, admito que haya gente que la mire a los ojos y se entregue sin hacer una mueca; pero cuando te apunta a ti arrebatándote algún ser querido y te lo deja tirado a tus pies, entiendo cabalmente la desesperación...

—Te comprendo, Heliodoro. La muerte es, sobre todo, la muerte de los otros, por eso nos conmueve tanto cuando se nos mete en casa. Pero es ahí, justamente, donde debemos demostrar de verdad si hemos aprendido o no algo de la vida. La perturbación que nos produce la desaparición de los seres queridos es tan natural como el reclamo inconsciente por recuperar poco a poco el ritmo de la propia vida. Si no hay trastorno, lo natural es sobreponerse y sobrevivir.

—No puedo dejar de pensar en ello... Y mientras me muevo, mire a donde mire, no encuentro más que vacío. En silencio, Amparo lo ocupaba todo, y en este inmenso hueco, ahora no me encuentro.

—Es lo más normal, Heliodoro. Lo peor es la ausencia de quien nos deja, pero, lentamente, también la asumimos y la integramos en nuestra existencia, es verdad que marcada ya para siempre por esa pérdida. De lo que ya no somos tan dueños es del recuerdo que nos dejan nuestros muertos. A veces se va diluyendo poco a poco con una imagen amable; otras, por el contrario, nos manca como la china en un zapato. Y ahí es donde hay que enmendar y, quizá, rectificar.

Heliodoro asintió varias veces con la cabeza y continuó:

—Sabía que llegarías ahí. Nos conocemos. Es verdad que no me siento nada satisfecho de la vida que he llevado con mi mujer, pero no voy a explicarte lo que tantas veces hemos hablado. El caso es que en los últimos años parecía que todo se iba asentando, que las cosas recuperaban su normalidad y, a medida que los chicos se hacían mayores y salían adelante, yo pensaba que Amparo también se tranquilizaba. Yo, desde luego, estaba más descuidado, cuando... No sé, ahora todo esto me supera...

—Tus hijas te cuidan, tus hijos te respetan y algunos trabajan para ti. No es poco para empezar de nuevo. Volver a empezar es la única medicina en estos casos. Tienes todavía años por delante. ¿Qué vas a hacer?

—Eso deberías decírmelo tú, que yo creo que ni siquiera te planteaste volverte a casar después del divorcio, y eras más joven que yo ahora.

—Planteármelo sí me lo planteé, pero lo descarté enseguida. Nuestros casos son muy diferentes, aunque de los dos pueden sacarse conclusiones parecidas por razones distintas. Tú has tenido una mujer modélica en su caso

y circunstancias. Te ha permitido una vida regalada en un medio áspero, cosa rara en todo matrimonio, al fin y al cabo un contrato socio-económico en el que se especifica y prima la apariencia y la hipocresía, se relega y condena el placer en aras de la reproducción; y el tedio, el hastío inevitable de su duración castra lo que de verdad mueve y da sentido a nuestra vida: el deseo.

—Con la mujer de uno eso desaparece pronto, y no tengo que explicarte dónde hay que ir a buscarlo ni por qué. Pero eso no quita que la sigas queriendo. Y yo seguía queriendo a mi mujer, de otra manera, si quieres, pero la seguía queriendo, y mucho.

—Yo no tuve la suerte que tú. Mi fascinación por mi mujer fue la del pájaro volandero ante la serpiente. Me pesaba solo el cuerpo. No tenía la cabeza a punto para discernir lo que escondía y, sobre todo, de lo que carecía.

—Pero en tu caso el placer podría haber durado. Otra cosa no tendría, pero tu mujer estaba bien buena y no tuvisteis hijos...

Dimas miró fijamente a Heliodoro, quizá sorprendido por sus inesperadas palabras, pero enseguida retomó la conversación en el mismo pausado tono:

—El amor se consume rápido, Heliodoro, como el fuego abrasa la yesca en agosto; sobre todo cuando su combustión no la retienen afinidades electivas donde reposar, como en una fresca ribera, el ardor y el celo animales, por lo demás necesarios. El placer, si no es un mero desahogo, se envenena con facilidad a falta de entendimiento cómplice; se corta como la leche si la decepción es fuerte o imprevista. Si no hay un guiño creciente de confianza, desaparece.

—Me parece que dices bien... La comodidad del desahogo es la parte necesaria para seguir viviendo, sobre todo una vida rutinaria como la mía. La tuya es de más categoría y por tanto más compleja. Comprendo que las amantes te duren años, con una relación que sustituya satisfactoriamente al matrimonio, sin que ello quite joder con unas o con otras, si viene al caso...

—No estés tan seguro de que a ti no te toque y paralice el corazón alguna, por muchos desahogos que sigas teniendo, de modo que te retenga o robe tu voluntad más allá de lo que quisieras. Hemos superado los cincuenta, pero estamos sanos, y si esa condición se mantiene, en esta materia puede pasar cualquier cosa.

—No estoy tan seguro. Yo elegí a propósito la vida que llevo. No concibo vivir de otra manera que en este sencillo orden que bien conoces, con esta rutina casi calcada. Necesito desahogarme como un aliviadero para

mantener mi propia corriente, pero no creo que a estas alturas me ate a nada ni a nadie...

El leve ruido del picaporte enmudeció a Heliodoro, que esperó a que entrara su hija Társila llevando una bandeja con un jarro de vino, dos vasos de cristal y un platito de aceitunas negras aliñadas con pimentón. Társila, de riguroso negro de luto, con el cuello blanco, sobresaliente, de su camisola, sonrió afablemente a Dimas, que advirtió al punto la blancura de su cutis y los rasgos característicos de la belleza de su difunta madre. Társila colocó la bandeja en medio de la mesa y, dirigiéndose a la ventana, corrió la cortina de cretona exclamando:

—¡Pero si están medio a oscuras!... Les doy la luz... —prosiguió retorciendo la llave, sita junto al marco de la puerta—. Y si necesitan algo, avise, padre —dijo finalmente con la cabeza asomada, antes de cerrar.

—Viene a echar un vistazo a la casa y ayudar a su hermana Brígida, hasta la cena; luego se va a su casa a cuidar de los pequeños —dijo Heliodoro sirviendo el vino en los vasos—... Pero a lo mejor hubieras preferido un poco de coñac... y yo sin preguntártelo... —añadió Heliodoro inquiriendo con su mirada.

—No, no, no... —aseveró Dimas, con determinación—. Pues anda que no está bueno este clarete... Ya te lo dije hace meses, cuando lo probé.

—Sí, la verdad es que este año nos ha salido un vino bueno, gracias a las viñas de Picalcón, que fueron las únicas que se salvaron de la piedra que lo arrasó todo. Lo he traído esta mañana de la bodega. Pero es una pena, porque ya se está acabando: ¡salud!

—¡Salud!... La Társila tiene ¿uno o dos niños?

—Dos, dos, niño y niña. José tiene una hija también y Anastasio acaba de tener un niño. Ya tengo cuatro nietos, todos muy guapos, sí.

—Y eso de ser abuelo, ¿cómo lo llevas? ¿Tampoco te ata? Porque tengo algunos amigos de nuestra edad que han sido abuelos recientemente también y están no solo babosamente felices, sino, si me lo permites, como agilipollados.

Heliodoro esbozó una sonrisa sardónica y dijo sin borrarla de los labios:

—¿Cómo no te lo voy a permitir? Sé muy bien lo que piensas en eso y en otras muchas cosas. Y a la viceversa, soy consciente de estar más bien desarmado frente a ti. Los dos de mi hija me hicieron ilusión por ella, pero, como sabes, nunca he sentido ni pensado que eso sea cosa de espavientos ni

esparavanes, mucho menos cuando empiezan a venir en cadena..., un problema para toda la vida. Todo eso me ata como la tierra, la familia, como el apego que uno tiene a todo esto donde ha nacido, sea mejor o peor que cualquier otra parte. Esto es lo que es uno, en lo que se ha convertido y donde tiene que estar. Para mí no hay más...

Dimas apuró el vaso con elegante lentitud, hizo un gesto de aprobación con los labios, moviendo ligeramente la cabeza y, posándolo con suavidad en la mesa, dijo con medida concisión:

—Más que atar, la tierra esclaviza; la familia, obliga, como la nobleza, pero sin su encanto ni distinción, sino como vulgar deuda correosa que a veces liberan algunos afectos entrañables, pocos.

—Bueno... Aun así es el mejor parapeto frente a los demás —dijo convencido Heliodoro—. Aquí, pese a nuestro individualismo, las obras en solitario están mal vistas, como los méritos: ¡qué te voy a decir a ti!... Al final hay que estar al amparo de la familia si no quieres malvivir como un pordiosero.

—Es cierto, lo cual no invalida mi apreciación de que toda convivencia familiar entraña un resabio inevitable, que ahoga nuestros mejores impulsos si no se pone un poco de distancia de por medio. La protección del propio clan abotarga, no es liberadora, Heliodoro; y crea unas condiciones de dependencia sujetas a la sumisión y la hipocresía, terrenos tan apropiados para el odio...

—Dimas... —interrumpió Heliodoro con algo de cachaza, mientras volvía a llenar los vasos—. Y ¿no te parece que, a lo mejor, lo que no hace falta es tanta liberación como siempre te ha rondado por la cabeza? ¿No ha sido suficiente con la que hemos tenido y las consecuencias que, por lo visto, disfrutamos?...

—¡Vaya! —elevó el tono Dimas, con una sonrisa irónica—. Ya te salió el labriego carca que llevas dentro... No me has dicho nada de la cosecha de este año...

—Hombre..., después de no coger nada el año pasado, este nos ha parecido un milagro. El invierno se adelantó con mucho hielo, pero a finales de febrero se templó un poco y llovió bien; las heladas flojearon y ya no pasaron de mediados de abril, y volvió a llover, pero las primeras semanas de mayo vinieron muy brutas de calor y estropearon lo que hubiera sido un cosechón. Aun así...

—Aun así —le interrumpió Dimas—, venga como venga, nunca os

parece suficiente. La culpa siempre la tiene el cielo. Si llueve porque llueve; si no llueve, porque no llueve. Me he paseado mucho por el campo y he visto este año una cosecha extraordinaria.

—No tanto, no tanto... Ya te digo que ese calor exagerado nos ha quitado peso en el grano. Pero bueno, el forraje de junio fue abundante: yeros, muelas, algarrobas... Se molió mucha cantidad para el ganado, con descuido del próximo invierno. La cebada caballar llegó temprana y en su punto. Con mucho, lo mejor del cereal. La cervecera, un poco más menguada; y el trigo, bueno el manitoba, más irregular el candeal... Hemos sembrado un par de hectáreas de remolachas. Están buenas, pero hay que sacarlas todavía.

—Pues las viñas están estupendas...

—Sí, sí, ya lo creo. El año pasado, ya sabes, vino escaso pero muy bueno, como ves; pero este, con las lluvias de primeros de septiembre y luego el calor, que ha apretado, puede superar al anterior, y hay mucha uva.

—Y yo que me alegro, Heliodoro, porque buena falta os hace un poco de alegría, después del desastre del año pasado. Nos hace falta a todos esa alegría, pero a la gente del campo..., a poca que sea la dicha, le parece todo un festín.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Andas con lo tuyo? Aquí no te quejarás de falta de silencio para escribir, ¿no?... ¿Ya andará bueno el libro sobre el liberalismo del que me hablaste?

—Pues sí, así es. Acabo de terminar la segunda parte del primer liberalismo en España, en efecto, el tiempo de Fernando VII, ¡otro que tal!, que va del golpe de Riego en 1820 hasta su muerte y primeros años de la regencia de María Cristina. A ver si en un par de meses o tres te puedo regalar un ejemplar. Ahora me quiero meter con algo más ambicioso, más complicado, pero con mucha tranquilidad, porque el empeño es grande: la decadencia de esta Castilla eterna, madrastra implacable, entre cuyos andrajos brilla todavía un resplandor imponente, como la luz que nos sigue atando a ella.

—Y, entre tanto, a matar a los pobres bichos por las laderas con el chico de Pascual Molina, ahora que se abre la veda...

—Con Ezequiel, sí. Un chico listo, un poco impulsivo, pero muy listo... Y donde pone el ojo... Es curioso, siempre me ha llamado la atención esa fobia tuya por la caza, porque no me negarás que tanto remilgo para esta afición mía, por sangrienta que sea, no se compadece mucho con tu

despiadada frialdad para cosas no precisamente menores.

Heliodoro lo miró con socarronería y le dijo:

—«No se puede ser perfecto» te he oído decir muchas veces.

—Por cierto, no sé si habrá llegado a tus oídos, pero el otro día Ezequiel me contó una muy buena. Dice que hace un par de semanas, un sábado por la tarde, celebrando no sé qué de los quintos, él y su panda llevaron a estrenarse a Luisito, uno de los hijos de Patagallo, que debe de tener una humanidad formidable y sube los sacos de trigo al sobrado como si se echara un racimo de guindas a la espalda. Dice Ezequiel que tiene una herramienta descomunal y mucha ingenuidad, y que, aunque ya era muy pajero, no conocía mujer. Se fueron los tíos al «Mariblanqui» de la capital, le pusieron en vereda con mucho entusiasmo y se metió por fin con una nueva que, por las señas que me dio, no conseguí identificar, pero que anda por la treintena y debe de estar muy buena. Aguardaron expectantes a que saliera Luisito y, cuando lo hizo, le hicieron corro y le preguntaron: «Podíais haberme traído mucho antes... — les dijo muy serio—. El caso es que yo estaba ahí, afanando, y va la tía y me dice: «¡Para, para, para!... ¡Que ya me has echado dos polvos, rey! ¡Anda! — concluyó Luisito—, como yo no sabía cómo iba esto»...

—Me han comentado algo de ese chico, pero esto no lo conocía. A la que sí creo reconocer es a ella. Lleva ahí un par de meses, no mucho más. Creo que ha venido del sur. Ya hablaremos...

Dimas se quedó mirándolo con una sonrisa irónica, apenas insinuada, hasta que dijo:

—También me han dicho que, de un tiempo a esta parte, vienes apuntando, con más empeño de lo que es habitual, a una casi treintañera suelta, como si te estuvieras renovando...

—Y a mí me han dicho que una viuda rica y de buena familia te obliga a viajar a Madrid más de lo que tu tranquilidad acostumbra. Y que una antigua alumna tuya no deja de entrar y salir del portal de tu casa de la ciudad con muchos apuntes. Me dicen que debe de ser muy aplicada...

—No te quepa la menor duda, Heliodoro —contestó Dimas con parecida sorna, mientras el reloj dorado de pesas daba en la pared las nueve de la noche—. Mis alumnas siempre han ido por delante. En todo caso, esto no demuestra más que los dos estamos bien informados... Se hace tarde, te dejo... —Y ya de pie, colocándose el abrigo—: No olvides que los hechos son irreversibles, aunque en nuestra memoria corren riesgo serio de deformarse. De ahí la necesidad de asimilarlos convenientemente depurados

de añoranzas y nostalgias, que no hacen sino debilitarnos estúpidamente. Gracias, como siempre, por tu acogida, Heliodoro.

—A ti siempre, Dimas, a ti. Recuerda que mañana te llevarán a tu casa media cántara de vino, para que te despidas de él; unos melones y sandías que te he escogido y un queso bien curado que te va a gustar.

—Te lo agradezco, Heliodoro, todo será bienvenido, gracias.

Al abrirse la puerta del comedor y ver salir a Dimas, Társila y Brígida acudieron solícitas a despedirle y algo más rezagados, pero igualmente obsequiosos, tres de sus hijos. Heliodoro abrió la puerta de la calle algo emocionado. Se abrazaron. Dimas se subió las solapas del abrigo, descendió los peldaños de piedra y tras caminar unos pasos bajo una ligera llovizna y la tierra húmeda del suelo, se volvió para dar la mano de nuevo a Heliodoro, que permanecía observándolo con la puerta abierta. Este levantó su mano derecha, moviéndola ligeramente. Ensimismado, se quedó quieto, mirando cómo la figura de Dimas se difuminaba en una sombra bajo la luz tenue y pajiza de una pobre lámpara, que bamboleaba su espectro sujeta a la esquina por la que desapareció. Entonces sintió que le cogían de los brazos suavemente, obligándole a retroceder, mientras cerraban la puerta y oía a su hija Társila que decía:

—Padre, ¿es que no ve que se ha vuelto frío? Métase usted, hombre, que se va a coger lo que no tiene...

VII

Vinieron huyendo del hambre desde una aldehuela en las faldas de la sierra. Llegaron casi con lo puesto, envueltos en mantas de lana a cuadros pardinegros. Quirino López Sánchez, joven pastor y jornalero, pero ya asendereado, arrastraba con él una mujer debilitada por la pleura y tres hijos de corta edad, el menor de los cuales, una niña, apenas había cumplido los tres años. Había oído de la buena fama del señor Felipe, en Hontanalta, entre los segadores regresados de la última campaña de los páramos, más allá de El Collar: «El señor Felipe paga bien, y ella da de comer todavía mejor», le habían dicho. Aparecieron demacrados a la puerta de Felipe y Eduviges una tarde ventosa de primeros de octubre. No hubo apenas intercambio de palabras, sino un estupor que invadió de súbito a Eduviges, conmovida y acuciada de inmediata caridad: «Veremos qué se puede hacer», dijo escuetamente Felipe, impresionado por aquella estampa, en la que solo la luz que espejeaba en los ojos de los niños parecía rescatar un hálito de vida.

A los pocos meses, Quirino se había ganado la confianza de Felipe como pastor y criado por su agradecida constancia y oportuna disposición allá donde se le requiriese, ya fuera en la hacienda de Hontanalta o en el caserío de Arroyocorbo, donde en los meses de otoño e invierno ejerció muchos años de cachicán. Había asumido tempranamente su destino con esa fatalidad de los labriegos, que no esperan nada fuera del sufrimiento con que se arranca el sustento de la tierra: «Tú dame pan y llámame perro», solía decir frente a cualquier comentario vindicativo o crítico con la sociedad o con la vida misma. Esa apuesta de sumisión, de fidelidad canina, asentó con seguridad su vida en Hontanalta, vinculada para siempre a la familia García Vallejo. Solo hubo un cambio considerable en el trato cuando Heliodoro lo mantuvo con normalidad a su servicio, tras la muerte de Felipe y, años después, de la venta que la familia hizo del caserío y finca de Arroyocorbo. Un asunto de caja que evitara enfrentamientos enconados entre los hermanos en el reparto de la herencia. En realidad lo que cambió para Quirino y su familia no fueron ni el trabajo ni su dependencia, sino la separación de dos mundos, rotos por el

cataclismo de la guerra, que propició el envilecimiento de los humildes y la ascensión y regodeo de los peores. La vida se confundió con la infamia en un trayecto de largo recorrido, que fue forzando comportamientos miserables como única forma de supervivencia. Luego el tiempo borró las lacras como parte de un olvido interesado, que permitiera, al fin, nuevas ilusiones.

Andrea, la mujer de Quirino, murió pronto, con los pulmones encharcados. Su indudable atractivo de joven campesina había sido flor de un día entre un aluvión de miseria. Solo al escrutar su semblante se adivinaba un rastro de equilibrada belleza que, no muchos años después de su muerte, estallaría con esplendor en su hija Paula. Esta contaba con solo doce cuando desapareció su madre. La viudez de su padre dio un vuelco a su vida. Aceleró su tiempo, tensó su capacidad incipiente, la alejó como un zarpazo de su infancia. En adelante, mujer en una casa de tres hombres rústicos, comenzó a sentir el peso de una soledad oprimente y desconocida. Notaba el aprecio tosco de su padre y sus hermanos, pero estaba sola. Con su madre tenía un vínculo invisible que la sostenía y guiaba, un ser afín, cercano y seguro, pensaba en las primeras semanas de su ausencia. Sin ella, los días parecían discurrir en medio de un extraño vacío, pese al trajín de la intendencia de la casa y la cocina, enteramente a su cargo. Ninguna ayuda, ninguna orientación. A nadie se le había ocurrido dudar de su capacidad. Solo su padre le hizo algunas observaciones sobre la cocina, el grado de cocción de algunos alimentos, la condimentación de algunas carnes y la forma más certera de sacrificar y desollar a los animales domésticos. Pero, al hacerlo casi sobre la marcha, Paula tenía la sensación de que su padre daba por sentado que su hija estaba al cabo de cosas tan repetidas y vistas en su infancia. Y lo que en un principio la llenó de preocupación en el orden práctico, se fue despejando en breve con una soltura que a ella misma le sorprendió.

Lo que Paula no despejaría tan fácilmente fue el desasosiego que le acompañó tras la muerte de su madre, una ansiedad nueva cuya opresión se fijaba en el pecho y la garganta y se renovaba día tras día en un silencio interior que le ahogaba. A veces deseaba gritar en medio del campo o de la calle pero, al final, se reprimía, acumulando un malestar indefinido en todo su cuerpo. Una inquietud que la confundía. Un malestar que la afeaba cuando se miraba al espejo, cuando buscaba su perfil bueno, que rompía la imagen que de ella misma tenía cuando su madre vivía. En vano buscaba sin pensarlo el brillo de sus ojos negros en la blancura impecable del globo ocular, la lisura

de su pelo negro que peinaba amorosamente su madre, ahora desgredado; el contraste de su piel atezada, tersa, que el vidrio azogado le devolvía macilenta, salpicada de granos. De repente, no se reconocía. Todo parecía haberse desvanecido a su alrededor y, mientras se hacía preguntas, asustada, notaba una extraña convulsión en su cuerpo todavía más inquietante. Cuando a los pocos meses le vino la regla, corrió presa del pánico en busca de Carmen, su mejor amiga de la escuela, a la que dejó de asistir. La experiencia de Carmen, dos años mayor que ella, calmó su ansiedad y vino a poner un principio de orden en su total desconcierto. Empezó entonces a reconciliarse con la transformación de su propio cuerpo y, lentamente, fue entendiendo que pese a la estrechez que la rodeaba, había en ella una fuerza que se abría paso y la empujaba con una sensación placentera.

La primera vez que Paula vio a Heliodoro fue como una estampa de cuento. Era mediodía de una mañana de primeros de enero, en que el valle amaneció con un dedo de hielo sobre las copas de los pinos, sobre las carrascas y sabinas. Los álamos parecieron contraerse, ateridos, en las islas ovaladas que formaban en medio y a lo largo del arroyo, y de la gleba blanca de una y otra orilla. Poco a poco, el cielo despejado, la luz límpida, hicieron de la calma el medio necesario que recobra la vida. Los tonos plateados de la primera mañana se fueron alterando y el sol ajustó escuetamente las luces y las sombras. El frío ligeramente sobre cero entonaba el rostro de la niña Paula en medio del puentecito, cuando hacia el norte, en el camino que desaparecía en la foresta de la ladera izquierda del arroyo, aparecieron ante su vista dos caballerías desiguales que fueron definiendo sus perfiles al paso lento de su trote. Sobre su yegua blanca, con un sombrero de fieltro pardo y una cinta anaranjada, Heliodoro campeaba sobre la otra montura, un bulto más ancho y bajo a lo lejos. Era Prisco, el zagal de la casa de Heliodoro y Amparo, hermano de Juana, un niño que dejó de serlo muy temprano, arrastrado por la miseria familiar. Con solo once años había alcanzado tal grado de destreza en cuanto tocaba que para la familia de Heliodoro, como lo más natural, se había hecho imprescindible. Fuerte de cuerpo, agradable de rostro, mostraba en la bonanza risueña de su mirada y expresión un mundo primario, reducido y simple. Su habilidad corporal había absorbido lo mejor de su capacidad. Junto a Heliodoro, se acercaba al caserío montando un asno joven, rucio canoso, tras las aguaderas repletas de miel:

—Es el hijo del amo, que viene de castrar las colmenas del camino de Cañaquemada, antes de subir a Hontanalta —dijo Quirino, parando la carrera

emocionada de Paula, que se dirigía a su encuentro—. Avisa a tu madre, que saque un poco de vino. ¡Hale, hale!...

La aparición del hijo del amo fue para la niña Paula un hecho incomparable, de una emoción primera y excitante. Se le grabó en su memoria para siempre, con la claridad caprichosa que la infancia selecciona los hechos y los guarda, revelando inopinadamente sus imágenes hasta el último suspiro de la vida. En la soledad de sus últimos años, Paula evocaría con frecuencia aquella escena en los momentos de mayor sosiego:

Tan pronto como franquearon el puentecito del arroyo, su padre se aprestó a sujetar los ramales de la yegua para que Heliodoro desmontara con comodidad, y apenas se había apeado, cuando Prisco casi se los arrebató dirigiendo las caballerías a la pared frontal del caserío para atarlas a sendas herraduras, incrustadas y sobresalientes del muro:

—Buenos días, don Heliodoro —dijo Quirino con una leve inclinación y la gorra en la mano izquierda («buenos días, don Heliodoro», se oyó, a la vez, casi a coro, procedente de la madre y los dos niños, porque Paula no dijo nada, solo miraba atentamente, agarrada a la falda de su madre). ¿Se ha dado bien la castra? Tiene que haber sido un año bueno, tal como vino la primavera pasada...

—No ha sido malo, Quirino, no ha sido malo. Ya os deja un tarro ahí el chico, con la cera y todo, para que la probéis...

Y, dirigiéndose a Andrea, enhiesta y mano sobre mano:

—Ya veo aquí la familia al completo. ¿Qué tal? ¿Qué tal?

—Bien, bien gracias a Dios, don Heliodoro, aunque ya sabe usted, con esta enfermedad mía... —contestó Andrea, casi musitando, con una ruborosa sonrisa.

—Pues para eso tuyo —dijo Heliodoro, recordando su experiencia— con este frío, lo mejor es meterse en casa.

No estuvo más de media hora en aquella casa del pastor, una estancia de mampostería a dos aguas sita dentro del corral del caserío, exenta de la casa grande de los dueños, cerrada en invierno. Pero para Paula, aquel tiempo se paró como una instantánea, con una despedida en movimiento que pareció despertarle a la vida:

Agarraba la falda de su madre con seis años y unos ojos hermosos y despiertos. Andrea, apoyada sobre su hombro en el marco tosco de la puerta del dormitorio del matrimonio, un mechinal separado del resto por una pared

de adobe, abrazaba a su hija por los hombros con su brazo izquierdo; los dos niños, tres y cuatro años mayores que Paula, a su derecha. Miraban, abstraídos, a aquellos dos hombres sentados en la rudimentaria mesa de pino, ennegrecida, colocada en medio de la sala, entre dos de las tres pilastras de madera que sujetaban el entramado de vigas de la cubierta, con un entablado incompleto en forma de sobrado, lleno de cachivaches. El vaho de los pucheros en la lumbre del hogar de la chimenea, acampanada, impregnaba el ambiente de un olor acre; diluía su vapor blanquecino y transparente al elevarse hacia el espacio abierto del altillo, por la escalera de madera, fija y muy empinada, con varales de chopo por barandilla. Descolocado, al pie de uno de los vasares que flanqueaban la chimenea, sentado en una banqueta agujereada, Prisco permanecía a la espera con las manos abiertas frente a la lumbre. De todo aquello, y no era la primera vez, lo único que le llamaba la atención era el mirar de los ojos de aquella niña de Quirino y de la Andrea, aquella tiesura de su rostro sobre un ligero estiramiento de un cuello más delgado que el de las otras niñas de Hontanalta. Y eso le hacía gracia y le atraía.

Pero para Paula, Prisco, como todos los elementos de su propia imagen retenida, no era más que una decoración inconsciente, sin otro relieve que el acompañamiento de una alucinación: la presencia de aquel hombre tan distinto, con la piel más blanca, entradas en el pelo de incipientes canas y sin las arrugas que surcaban el rostro de su padre, que cabeceaba cuando le hablaba y ante el que su madre se paralizaba. Sentado junto a su padre con las piernas cruzadas, el lustre de unas botas de cuero negro que destapaba el pantalón de pana, dos jarros de vino, y unos cachos de queso, la humanidad proporcionada de Heliodoro le pareció a la niña Paula una aparición inexplicable, fascinante. Una muestra inalcanzable del mundo que se abría más allá del arroyo, por los caminos retorcidos que trepaban por las laderas hasta Hontanalta y más allá de ella; donde los pueblos recortaban el campo y rompían su silencio, la gente se juntaba y se reía y los domingos se vestían de otra manera; y había casas más bonitas, a veces con objetos nunca vistos en algunas. Y ella sentía, cuando volvía del caserío, que aquel era su sitio, fuera de una soledad y monotonía que solo la luz y el viento removían. Quizá algún día llegara a entrar de sirvienta en la casa del señor Heliodoro, que cuando apuró el jarro de vino y se despedía, pasó junto a ella y, con el envés de los dedos índice y corazón de la mano izquierda, la prendió suavemente de la mejilla y le dijo: «¡Adiós, guapa!».

Era la misma mano que trece años después extendió sus dedos sobre su nuca y, bajo el pelo, fueron subiendo por la cabeza hasta abarcarla suavemente y volverla hacia él, para besar su boca en un arrebatado largo tiempo contenido. Fue una mañana de julio, a primeras horas, en que la fresca oreaba todavía las calles de Hontanalta, desiertas de hombres, hacía horas esparcidos por el campo. El reciente casamiento de uno de sus hermanos y la emigración del otro habían reducido su preocupación doméstica a la atención de su padre, en verano ausente de sol a sol. El tiempo para sí misma le abrió una perspectiva relajada hasta el mediodía, momento en que se incorporaba como sirvienta a la casa de Heliodoro hasta después de comer, una vez que, recogida la mesa y fregados los cacharros, cesaba el movimiento y el silencio envolvía la siesta. Entonces volvía a su casa y en soledad recreaba sus deseos, y los aceleraba. Como tantos días de las últimas semanas, Paula se despertaba poco antes del alba, coincidiendo con la salida de su padre, y ya no conseguía conciliar el sueño. Estaba nerviosa y sabía por qué. Era una comezón largo tiempo incubada, que ahora empujaba, más que nunca, el afloramiento de una emoción desconocida. No hubo cita previa ni aviso siquiera insinuado por parte de Heliodoro, pero desde hacía tiempo presentía que ocurriría. Durante los últimos meses, salvo cuando estaba su padre, nunca cerraba la puerta por dentro y, con la llegada del buen tiempo, la hoja superior permanecía entreabierta detrás de la cortina, como al descuido. Prisco la había franqueado más de una vez, y más de dos, antes de que formalizaran el noviazgo y, finalmente, se casaran; pero la espera paciente que Paula le dedicó a Heliodoro pertenecía a la sugestión que inflama las pasiones, una inclinación grabada a fuego de manera tan temprana, latente a lo largo de los años, que potenció su vigoroso deseo y, sobre todo, su ambición, con un impulso irrefrenable. En el orden práctico, solo había en la mente de Paula una referencia cercana que jugaba a su favor y alejaba toda precaución, el eco de las palabras de su padre, algo machaconas, y añejas ya: «Comemos gracias a Heliodoro, no lo olvides, hija; así que hay que complacerle en lo que necesite, sin remilgos, ¿está claro?». Pero más allá de las circunstancias, Paula sentía desde hacía tiempo que la miseria y la resignación eran una combinación desastrosa y que solo la voluntad y el riesgo podían conjurar aquella calamidad. Y hacía años que el descubrimiento de su cuerpo le había revelado una fuerza que la sostenía y reafirmaba ante cualquier adversidad. Pese a su pobreza, había en su interior un ánimo imparable que la empujaba con seguridad, un convencimiento pleno de que la belleza de su cuerpo podía

aspirar a lo más alto, y lo más alto en su mundo conocido era Heliodoro. Había esperado largo tiempo, pero, cuando sintió que Heliodoro se acercaba por detrás, dejó que la emoción apenas contenida se derramara y corriera sin freno; conmovida, arrastrada por un deseo que venía de lejos.

Para Heliodoro fue una decisión precipitada, después de una espera expectante. En los últimos años había visto cómo aquella niña de Quirino y la Andrea irrumpía con fuerza propia en un terreno sensible; al principio con la gracia del común atractivo de la pubertad femenina, luego, de repente, con la urgencia que requiere lo inevitable. A la vista del mismo Heliodoro, el cuerpo de Paula fue consolidando una perfección que alcanzó una sazón rebosante. Y en su lógica labriega, pensó con un prurito de nerviosismo que tamaña cosecha no podía dejarse al albur de los elementos. Acostumbrado al trato carnal con las mujeres maduras, sobrentendido y práctico, Heliodoro se sorprendió a sí mismo al verse arrastrado por el advenimiento exultante de una jovencita que había dejado de serlo con un vigor que impregnaba llamativamente sus movimientos, pero, sobre todo, la seguridad de su mirada. Porque en un tiempo breve, coincidente con la eclosión de su esplendor, el gesto huidizo de su mirada cuando notaba la de Heliodoro, su fugaz parpadeo y declinación, se habían trocado en firmeza sostenida, como un poderoso anuncio de la consciencia de sí misma. Pero también como un incipiente desafío que le invitaba a bajar a la arena, para disputar lo que solo se goza conquistándolo.

El noviazgo con Prisco avanzaba con la inercia de una correspondencia desigual, que el entorno había formalizado desde la adolescencia de ambos. Lo que en él se manifestaba como un sentimiento y deseo naturales, en ella adoptaba una conformidad a la espera. Sentía una indudable inclinación por Prisco desde la infancia, con ese apego que fortalece la proximidad y la costumbre; su cuerpo le resultaba atractivo, y su fuerza la saciaba desde los primeros revolcones de la pubertad, pero en el tiempo que fue dándose cuenta de su belleza y de sus posibilidades, comprendió que su mente reparaba en aspectos y cuestiones que jamás se le pasarían por la cabeza a su novio. No era tanto un motivo insalvable en su relación, como la constatación de sus diferencias radicales, y de la secreta sensación de una doblez inevitable, aunque en cualquier momento llegaran a compartir el lecho conyugal. El mundo estaba hecho de tal manera, empezaba a comprender Paula con incipiente agudeza, que no dejaba más opción que la ambigüedad y el engaño como simples recursos de vida. Que ella se diera cuenta de la miseria que la

rodeaba, mientras Prisco vivía esclavizado en ella con naturalidad asumida, no eran más que dos formas de entendimiento, que podían discurrir paralelas con provecho mutuo, pero sabiendo que la vida estaba en otra parte o, al menos, podía ser de otra manera. El tiempo iría despejando sus posibilidades, pero había que empujarlo, sin renunciar a nada que estuviera en sus manos. Y en sus brazos muy bien podía caer Heliodoro, casi un cincuentón, pero rico y saludable, como el color que se asomaba a su cara, y todavía muy atractivo, capaz de preñar a cualquiera de las que se trajinaba.

El acecho tranquilo de Heliodoro sobre Paula tuvo una señal de apremio cuando Quirino, servilmente, le anticipó la intención de casarse de la pareja:

—Parece que los chicos están haciendo preparativos de boda. Con tal de que puedan sostenerse..., vamos bien. Yo no le he dicho nada, pero anda por ahí la cosa.

—Están en la edad..., están en la edad... —contestó Heliodoro, reprimiendo una cierta alerta—. Son tiempos difíciles para salir adelante, pero si todos ponemos de nuestra parte, las dificultades se superan, qué duda cabe...

Y en la mente de Heliodoro ya no hubo descanso ni los días dieron tregua a su ansiedad creciente. Escudriñaba a diario el cuerpo de Paula, su mirada retenida y un tanto altiva ya, como anticipo de temperamento y orgullo, esa fuerza temible que en las gentes humildes adopta formas de defensa agresiva, feroz llegado el caso. Semejante expresión, por tácita que fuera, le habría resultado intolerable a Heliodoro en cualquiera de sus sirvientes, pero en una joven como Paula, le pareció un elemento tan inusual como excitante del juego. En su creciente deseo, además, ese parecía el motivo definitivo que desencadenara su acción, tomando aquella plaza rebelde y marcándola para siempre como de su dominio.

Paula sabía lo que se jugaba en aquella casa y la desconfianza que suscitaba su atractivo en los últimos tiempos. Amparo, siempre discreta y silenciosa, solía prescindir de ella tan pronto como se acababa la temporada de verano, allá a finales de septiembre, para retomarla solo en fiestas y días señalados. Társila, hermosa casadera, anunciada y comprometida en una enhorabuena sonada con un falangista rotundo y campanudo de Torrescanas, presentía la debilidad de su padre con un temido desenlace más que probable. La sequedad del trato que dispensaba a Paula marcaba el terreno con una soberbia que reprimía la ira. Con inteligencia natural, despierta a los sentidos y a las intenciones que a menudo encubren en el trato los gestos y las formas,

Paula trataba de pasar desapercibida. Se entregaba al trabajo con eficacia, con esa modestia afectada que suele desmentir la mirada. Pero con disimulo y frialdad, no desaprovechaba los momentos en que aparecía o se cruzaba con Heliodoro. Desde hacía tiempo se había establecido entre ellos la corriente invisible por la que los humanos se atraen o repelen inevitablemente, aunque a Paula empezaba a inquietarle la falta de reacción de Heliodoro. Así que una tarde forzó la precipitación del instinto. Acabada la faena, con descarado puenteo de Társila, se desabrochó dos botones de la blusa ceñida por el pasillo, descubriendo un escote suficiente que dejaba entrever la depresión y emergencia de sus senos, a pelo. Con un pronto imparable, abrió la puerta del comedor sin llamar. Heliodoro se sorprendió un tanto, sentado en el canapé de anea, con *El Noroeste Regional* extendido a doble página sobre la mesa. Paula se acercó a ella, frente a él, y apoyando sus manos al revés sobre el borde, adelantando ostensiblemente su pecho, le dijo:

—Don Heliodoro, si no necesita usted nada más, me voy.

Heliodoro contuvo la inesperada impresión. Miró por encima de la montura de las gafas, deteniendo la vista unos instantes en la turgencia de aquellos senos semientrevistos y, mirándola a los ojos, le contestó con un tono pausado:

—No, nada, nada. Puedes irte.

Y ya no pensó en otra cosa hasta la madrugada siguiente, después de una noche en vela, camuflada junto a su esposa; interminable, pese a su corta duración. Se preguntaba Heliodoro, preocupado, cómo era posible que a sus años aquella joven le hubiera sacado literalmente de sus casillas, mientras acudían a su mente, como *flashsrepetidos* de imágenes, aquellas tetas casi manifiestas, enhiestas, espléndidas. Caminaba tras ellas muy temprano, enajenado, ciego; con la seguridad inopinada de tener el terreno despejado y el camino libre. La noche anterior había dado instrucciones a su hijo José para que, con toda la cuadrilla, Prisco incluido, empezaran a segar la cebada sita en el Sendero del Roble, uno de los pagos más lejanos del término de Hontanalta. Quirino, con el rebaño de ovejas, llevaría ya un par de horas desde el alba no muy lejos de sus segadores, entre los primeros rastrojos que dejaban paso expedito a las hierbas de los linderos, ribazos y perdidos que espaciaban los eriales de las tierras de cereal. Todo estaba previsto menos la inquietud que, inexplicablemente para él, le embargaba. Como en los primeros contactos sexuales de antaño, Heliodoro notaba esa sensación nerviosa de emoción que antecede al encuentro con la otra persona. Una

sensación extraña que reaparecía, que le rebajaba y se reprochaba a sí mismo.

Se había dirigido a las eras por los atrasos y luego enfilado el camino hacia su bodega, en el comienzo de la media luna que hacía el cerro de Hontanalta, pero no llegó hasta ella. Volvió sobre sus pasos cuando la tenía a la vista, convencido y derecho al callejón de la casa de Quirino. Miró el reloj de bolsillo cuando se acercaba: las ocho menos cuarto, ningún movimiento en la plazoleta del callejón. Se plantó ante la puerta. Apartó la cortina y vio que la hoja de arriba estaba entreabierta. Metió la mano buscando el cerrojo en la hoja de abajo. Lo deslizó lenta, suavemente, por las armellas. Sin soltarlo, tiró para arriba, sujetando el peso de la puerta mientras se abría. Volvió a cerrarla con el mismo cuidado; ningún chirrido de goznes, ni arrastres de suelo. Miró al fondo del pasillo. Todavía blanca, la luz refulgía en las paredes enjalbegadas, mondas. Y de ellas se desparramaba, resbalando con un brillo intenso sobre el piso colorado de ladrillos macizos. Procedía de la habitación de Paula, situada al este, abierta de par en par, como la ventana por la que entraba el sol, con un fulgor esparcido delicadamente, difuminado por unos visillos de hilo con vainicas. Con pasos quedos, Heliodoro avanzó hasta el umbral de la habitación. Al fondo, de espaldas y en camión, Paula apoyaba sus manos sobre el alféizar de la ventana, con la melena suelta, iluminada, aparentemente ensimismada. En realidad, había sentido su presencia y seguido el leve sonido de sus pasos con un ritmo acelerado de los latidos de su corazón. Se agolpaban en su pecho, restallaban en su cabeza, hasta que sintió la mano de Heliodoro en su nuca y el beso de su boca como un éxtasis. Luego, al apretarlo entre sus brazos, al precipitarlo entre las sábanas revueltas de la cama, sin perder un segundo que aplacara el deseo, sintió un arrebatado desconocido, como si la vida, por fin, empezara allí mismo.

A esas mismas horas, el contraste de la vida corriente marcaba el tiempo de los otros con la rutina de los siglos. Lejos de la habitación de Paula, en los páramos que recortaban sus cerros avistando los valles amenos de los arroyos de Hontanalta, Prisco se había adelantado en la siega de su surco y se aprestaba a extender una manta por el suelo del ropero, a la sombra cerrada de una carrasca de muchos pies. Echó un largo trago de la bota y, mientras el vino rebosaba con espumarajos entre sus labios, veía por el rabillo del ojo cómo se acercaba la cuadrilla, casi en fila india, por la carrilera abierta en uno de los laterales de la cebada. La hora del almuerzo, en torno a las nueve de la mañana, cuando el sol comenzaba a remontar el arco implacable de su cenit, aligeraba los pies de los segadores, como los rebaños multiplican los suyos

camino del abrevadero. Pero Prisco no distinguía ese impulso meramente primario. Su mirada, siendo nítida, era una mirada animal; sentía intensamente, pero no discernía. Como no distinguió nunca al solemne sandio que habitaba en José, el varón primogénito de Heliodoro, para él, desde muy pronto, el señor José, un pequeño dios desde la infancia. Tocado por ese sentido impenetrable de las creencias con que los labradores interpretan no solo su vida, sino la de los demás, José había hecho de su primogenitura un deber transcendente con una puesta en escena de maneras pueriles, grotescas en la intensidad de su expresión. Pero su interior era sacristanesco, sinuoso y, ante su padre, delator. La lucidez descreída, pero sobre todo taimada, de su hermano Anastasio, al que le unía la expectativa de la herencia al frente de la labranza de Heliodoro, daba a su relación el componente perfecto de la común discordia. Y a mediados del siglo, la discordia se incendiaba todavía como el fuego inflama las pajas en el aire. En los días de julio se avivaban más ostensiblemente los ardores del Régimen y su *glorioso* Movimiento Nacional, y José segaba esa mañana con la camisa azul mahón, con el yugo y las flechas bordados en rojo en el bolso. Usaba gafas negras de sol porque la luz intensa le hacía daño, decía. Cuando llegó al ropero, todos estaban sentados o medio tumbados, acodados en el suelo. José, sin embargo, buscó una piedra apropiada en el entorno inmediato, sobre la que se sentó irguiéndose un tanto, con empaque de oficiante.

—Por lo menos, el hambre se nos va olvidando poco a poco —dijo, zalamero, Roque, con la vista puesta en el chorizo, el queso y el surtido de fruta en medio de la manta, reprimiendo su ansia de meter mano el primero.

—¡Hala, hala! A por ello —exclamó paternalmente José, rebanando un pan de cuatro canteros y lanzando los cachos al centro de la manta—. Mejor podríamos estar si a José Antonio no le hubieran asesinado los rojos, y Franco hubiera tenido el contrapeso de la Falange verdadera, de aquellos primeros mártires, como Onésimo. Pero hay que comprender que las circunstancias son difíciles y España es un país que necesita mano dura para meterle en vereda.

Corría un viento ligero que movía con suavidad las hierbas secas de alrededor, y vencía con delicado cimbreo la levedad de la avena loca de las linderas. Se hizo el silencio entre los segadores. Se miraban entre sí, masticando con la boca abierta y las migas pegadas al sudor de la piel, más allá de la humedad de las comisuras, cuando sonó la voz desdeñosa de Anastasio, luego de echar un vistazo a todos los presentes:

—Cada vez que dices estas peledadas —dijo, mirando a su hermano— me dan ganas de mear. Todos estos no dicen ni pío por la cuenta que les tiene, pero saben muy bien que con Franco o sin él, ellos, más que nosotros, van a tener que seguir segando como cabrones. Lo que de verdad quieren es que les demos un poco de respiro de vez en cuando, sobre todo con este airecillo, ahora, después del almuerzo. Y me voy a mear.

Se retiró Anastasio siete u ocho metros y se puso a mear de espaldas, enjarrado del brazo izquierdo y sujetándose con la mano derecha. Nadie dijo nada, pero en los segundos muertos oyeron el ruido concentrado del chorro de la meada contra la tierra. José rumió a lo largo de la mañana su despecho y, en un aparte, cuando se retiraban al ropero para comer, le dijo:

—Ya verás esta noche cuando se lo diga a padre.

—Si supieras las ganas que me entran de coger una binadera y majarte la cabeza, no abrirías la puta boca —contestó Anastasio sobre la marcha.

A la hora de la cena, Heliodoro estaba al tanto del incidente según le había contado José. Como siempre, le había escuchado con seriedad atenta, con gravedad simulada. Correspondía así a la excitada delación de su hijo, asintiendo a sus palabras con leves movimientos de cabeza, insinuando los labios apretados, mientras ponderaba para su colete la simpleza enorme de aquel hijo tan útil y provechoso, y la no menos molesta rebeldía de Anastasio, a quien convenía dejar a su aire, para evitar males mayores, sin descuidar la vigilancia de sus movimientos. Los necesitaba a los dos al frente de la labranza, una vez que los otros hijos se habían desperdigado por otros derroteros, en los que el braguetazo no era, precisamente, una coincidencia del camino elegido. Al uno por su incondicional entrega lacayuna; al otro, por su fuerza y eficacia, aunque nunca sintiera nada especial por ninguno de los dos. El antagonismo que los separaba era menos fuerte en su yugo que la ansiedad de la herencia. Y Heliodoro manejaba aquella inevitable división para urdir una forma de compensación equilibrada que redundara siempre en su personal provecho. Bastaba una sutil complacencia para que José alimentara su papel de heredero principal; una sobria atención, sin que notara menoscabo, para que Anastasio sintiera reconocida su labor imprescindible.

Pero en la mente de Heliodoro lo que en verdad bullía sin descanso era el encuentro matinal con Paula. El resto retrocedía a un segundo plano de mera inercia ante aquel hallazgo desacostumbrado. Le costaba sobreponerse. Volvía una y otra vez al recuerdo reciente, a la experiencia viva del goce con aquel cuerpo esplendoroso, que su memoria retenía con obsesivo detalle, con

morboso detenimiento. Hacía tiempo que no recordaba nada parecido entre las habituales de Hontanalta, mucho menos entre las furcias de la capital o de El Collar. Ni quería ni podía evitar la comparación del ardor de aquel coito; la iniciativa frenética, la energía inquietante de aquella joven que parecía saber muy bien lo que quería: «lo quería a él, entero y verdadero», pensaba Heliodoro, evocando el trazo de sus ojos, el sesgo algo exótico de su mirada. Su ligera oblicuidad le parecía un aviso de vigilancia, un estar a la espera, un acecho animal en que la presa era él. Sentía que aquella mañana había abierto una nueva etapa en la rutina de su vida y el futuro inmediato le resultaba irrenunciable. En aquel mismo instante, pensaba, las otras palidecían como el cuero reseco ante el tafilete, meros satélites de un nuevo sol. Pero habría de ser cauteloso para no consumirse en aquel fuego, que parecía derretir cuanto tocaba como la lava. Lo primero era asegurar aquella jugosa propiedad, luego ya se administraría en función de las circunstancias, a medida que fueran sofocándose las llamas y todo quedara en una referencia más, en otro variable recurso de coste razonable.

Pero la pasión de Heliodoro por Paula escapó un tanto a su frialdad proverbial, a su extraordinaria y perentoria necesidad sexual. Lo desbordó al despertar en él sentimientos no bien desarrollados, que no terminó nunca de apagar. Paula puso en el empeño la agudeza que da la necesidad de supervivencia al lado de una belleza salvaje, alterando su habitual despreocupación. Y, en su proceder, nunca le fue a la zaga a Heliodoro, adelantándose incluso en muchas ocasiones a su cinismo. Una vez consumado, el incendio que suscitaba el deseo recíproco se transformó pronto en un juego de intereses con la garantía de un reclamo sexual. Y en las dos partes, ese entendimiento tácito se defendió con calma de estrategias. Tras los primeros encuentros, Heliodoro supo enseguida que no podría prescindir de aquella mujer, cuya fuerza mental e iniciativa, pese a su juventud, le preocupaban. Paula entendió al punto que había arrasado, por fin, el valladar que le rodeaba, poniéndole a sus pies. Sintió por primera vez en su vida un estado de plenitud, una ebriedad que la infundía seguridad. Se sentía intocable. Sin planteárselo en detalle aspiraba a todo y no descartaba nada con respecto a Heliodoro, fueran cuales fueren las circunstancias. Su tiempo había llegado.

Fueron años propicios para Paula en un entorno de desgracia. Para Heliodoro inauguraron tres lustros de plenitud, salpicados de mataduras, que de vez en cuando supuraban, como abscesos. El tiempo venidero pareció

aliarse con los amantes. Caprichosa, la fortuna barrió su camino de estorbos dejando algunos muertos en la cuneta. Todo sucedió de manera concentrada en apenas tres años. La muerte de Amparo se anticipó a la de Prisco cuando Paula estaba embarazada de siete meses. Se casaron un año y medio antes en una boda austera, vulgar, de alegría deprimente. Una de esas tantas historias de los pueblos, nacidas para el olvido. La excepción la protagonizó Heliodoro, que lejos de su costumbre de regalar en especie, les dio a los novios la paga extra de dos meses de jornal. Fue una inversión de tapadera instigada por Paula, como lo fue en adelante el nuevo matrimonio para la imagen de Heliodoro. El embarazo y nacimiento del hijo de Paula, no obstante, levantaron las habladurías, mucho antes de que el parecido del niño con Heliodoro multiplicara los chismes, y las chanzas labriegas destilaran con vileza su veneno.

Para Prisco, sin embargo, la preñez de su mujer fue un acontecimiento reparador, de una felicidad extraña, nunca antes experimentada. Y el nacimiento del niño, el colmo de un bienestar desconocido. Inopinadamente, se dio cuenta de que su vida empezaba a tener sentido por sí misma, más allá de la atadura de los otros y que, pese al triste vacío que había dejado la muerte de la señora Amparo, a la que veneró por su bondad a lo largo de su vida, una nueva ilusión le empujaba sin que la sombra de los demás le cobijara. Fue el anuncio de una felicidad tramposa, luces de un cruel espejismo. La vida le sonreía en su inocencia con el canto de un cisne. Casi un año después de la muerte de Amparo, una madrugada de agosto algo fría, en que la niebla apareció en los valles de la comarca a ras de suelo, Prisco hubo de volver con urgencia a Hontanalta en busca de Ezequías o alguno de los cazadores de la familia para que remataran al viejo macho, que se había despeñado por la ladera montado por Roque:

—¡Arrea, Prisco! Diles que a Roque no le ha pasado nada, porque este lamerón cuando se cae no se rompe, rebota —le dijo Jorge, el mayoral—. Pero que el macho no hay manera, que parece que se ha roto una mano y una pata, que no hay manera, que habrá que sacrificarlo.

Cuando remontaba en el burro el cerro de Hontanalta, le vino a Prisco la imagen de su mujer y de su hijo. La sonrisa le iluminó el rostro y, sin pensarlo, dio un quiebro en dirección a su casa antes de buscar a Ezequías. Al apartar la cortina de la puerta y ver que estaba cerrada, se estremeció de súbito. Algo no encajaba. Alerta, como un animal, abrió con su llave sin el más leve ruido y, con el sigilo de un zorro, avanzó hasta la habitación

matrimonial. Desde el mismo portal le había llegado el rumor de un jadeo, que aceleraba su ritmo y aumentaba su tono, como un gemido, a medida que se acercaba. La tensión agarrotaba su cuerpo cuando, por la rendija que dejaba la puerta y el marco, vio la cuna de su hijo y, en la cama, a Paula encima de Heliodoro, a horcajadas. Fue como si le fundiera un rayo. Se hizo un enorme vacío en su cabeza, se quedó sin fuerzas, pasmado. Solo quería huir, confuso, enajenado. Por instinto, volvió sobre sus pasos con el mismo sigilo que había entrado. Como un autómatas, buscó a Ezequías y hora y media después ni siquiera oyó el tiro que le descerrajó en la cabeza al macho en medio de la ladera. Ya no se recuperaría nunca. Se movía ausente, completamente ido:

—¡Joder, Prisco! Te ha cambiado la cara —le dijo el mayoral, al observar su demudado semblante—. Un tío fuerte como tú... Si hay que matar al macho, pues se le mata y ya está. La vida es así chaval, o pechas con ella, o más pronto que tarde te deja tirado en la cuneta. ¡Vamos, hombre, que hay mucho corte!

Paula lo intuyó todo, pero no dijo una palabra, a la espera de que su marido fuera asimilando el golpe y aceptara la situación. Heliodoro percibió el anormal ensimismamiento de aquel ser tan alegre, pero lo olvidó enseguida con indiferencia. Dos días después, Prisco le dijo que una de las maromas del acarreo estaba muy mala:

—Hay dos casi nuevas, otra buena y una más casi deshilachada, don Heliodoro —le dijo.

—Mirad a ver si os apañáis estos días —le contestó Heliodoro—. La semana que viene voy a El Collar y compro un par de ellas.

A la mañana siguiente, poco antes del mediodía, acarreaban el trigo en el pago de Solalinde. El sol caía a plomo. El sudor manaba de los sombreros. Encima del carro, Prisco recibía los haces para colocarlos convenientemente distribuidos. Con la fuerza y pericia que le caracterizaban, subió un par de filas de haces más, por encima de los telerines grandes. A unos cinco o seis metros del suelo, se dispuso a enganchar las maromas para sujetar la carga. Tensaba las sogas en el mismo borde, con su cuerpo en vilo, inclinado hacia el vacío. No era necesaria, pero por algún oscuro impulso, quiso sujetar todavía más el equilibrio de la mies, cruzando los laterales del carro con la maroma mala. La ató a un lado por la parte más desgastada y, yendo hacia atrás, probó su resistencia con un fuerte tirón. Al ver que aguantaba, dio otros dos pasos de espaldas y, con los pies en los haces y el cuerpo en el vacío,

agarrado a la soga, volvió a tirar con más fuerza. En su mente solo había una luz intensa, en medio de la cual se mecía la cuna de su hijo. Ni siquiera sintió que se precipitaba, solo un golpe seco, brutal, y aquella luz inmensa que estallaba. Su cuerpo cayó hacia atrás, de cabeza. Un crujido horrísono certificó el desnucamiento. Jorge, el mayoral, se quedó tieso, despavorido, con el gario en las manos, pinchado en un haz. Estaba mudo, paralizado, como el resto de la cuadrilla. Solo al cabo de unos segundos gritó:

—¡Se ha matado, se ha matado! ¡Cagüendiós! ¡Se ha matado!

A Prisco se lo llevó la tierra con las lágrimas secas de su mujer y el llanto desconsolado de su suegro, Quirino, que llegó a quererlo como a un hijo. La ausencia de aquella abundante y bondadosa simpleza que fue Prisco le entristeció hasta la desesperanza, agria y alcoholizada en los pocos años que le sobrevivió. Nada volvió a ser lo mismo en las relaciones de Paula y Heliodoro aunque el campo quedara despejado y lo aprovecharan. Al principio, el eco de aquellos muertos parecía rebotar en las paredes que habitaban. El acontecer caprichoso de la vida dejaba su huella soberana con un eterno ruido de fondo. Pero el pragmatismo heredado de Heliodoro hacía tiempo que le había llevado a rehuir la abstracción improductiva, los pensamientos inútiles, y al convencimiento de que el tiempo lo curaba todo, como pensaba su padre; del mismo modo que todo hombre tenía un precio, fuera el que fuere. Se equivocaba. No precisamente por falta de inteligencia, sino por soberbia. Sabía que aceptar ciertas realidades haría tambalear peligrosamente su mundo. Y ahí no transigiría jamás. No quiso aprender de la trayectoria ejemplar de Felisa que, muy pronto, tras su desaparición, prefirió considerarla una excepción. Al fin y al cabo, pensaba, nada que ver con el común de las mujeres. Así que volvió a chocar con la realidad al suponer que, en adelante, Paula se le entregaría sin condiciones a cambio de la garantía de un buen pasar. Su acendrado temor a entrar en el fondo del alma femenina iría forjando lentamente el mayor de los fracasos de su vida íntima. La inteligencia natural de Paula desarrolló pronto una ambición imparable, un orgullo muy susceptible por el resabio de su marginación y la fina sensibilidad que aboca presto al despecho y la venganza. Entendió al instante que la nueva situación le daba todos los triunfos para ganar la partida. Jugó sus cartas con paciente astucia. Removió los cimientos más sólidos de la fortaleza de Heliodoro: le suscitó la duda, que llegó a agobiarle y nunca consiguió despejar del todo. Pero no midió bien el egoísmo desafortunado de aquel hombre, la terquedad de su orgullo, la frialdad temible de su veleidad.

Paula siempre supo que su hijo era de Heliodoro. Cuando este le preguntó que cómo lo sabía, le contestó:

—Solo tendría dudas si el mismo día que nos acostamos yo lo hubiera hecho, además, con mi marido o con otro, pero no lo hice.

Heliodoro guardó un sorprendido silencio y, al cabo, dijo:

—Aunque tuvieras razón y el crío fuera mío habría que esperar unos cuantos años. Sabes de sobra que no es el momento y que estas cosas, mucho más en los pueblos, solo pueden plantearse cuando los hechos se han desgastado por la distancia, de modo que el escándalo apenas tenga eco ya.

—No sé cómo te las apañas, pero siempre tienes a punto la excusa del escándalo —contestó, desdeñosa, Paula—. Vete pensando que tendrás que hacerlo y, ya de paso, se te podría ocurrir matar dos pájaros de un tiro: boda y reconocimiento. No te queda otra... Cosas más raras se han visto. Porque no pensarás que me voy a quedar así toda la vida...

El tiempo no lo curó todo, pero fue mermando los efectos inmediatos de los hechos hasta reanudar el curso inevitable de la vida. Para Paula, no así para Heliodoro, las nuevas circunstancias alimentaron sus ilusiones. Se centraron en la idea de hacer suyo por completo a aquel hombre, al que la necesidad de su cuerpo parecía anular su voluntad. La suavidad de su trato, la complacencia con que la regalaba, pese a su evidente tacañería, chocaban en la aguda mirada de Paula con su tendencia escapista. Una vez saciado, Heliodoro buscaba la huida como un animal acorralado, y eso la hería y la desalentaba. Así que decidió administrarle su cuerpo con interés de contable, con la insistencia machacona de una extorsión contractual. En los ardores del coito le hacía jurar que se casaría con ella y reconocer a su hijo. Y Heliodoro juraba. Se lo juró muchas veces como fórmula protocolaria, consciente de su inutilidad y su mentira. Pero la firmeza de aquella mujer le puso en guardia. Redobló el esfuerzo pensando que la apaciguaría, hasta que el paso de los días desguarneciera su empeño. Echó el resto en atenciones y tiempo, que era lo que más le dolía: el tiempo insaciable que aquella mujer requería, y que hizo que volviera a pensar en las otras, puro aliviadero, rápido y cómodo ejercicio de una necesidad tirana. Pero mientras duró el primero y más largo fuego de aquella relación, Heliodoro sucumbió a la mayor debilidad de su vida. Y su mero recuerdo no dejó nunca de humillarle en lo más íntimo. Compró el pajar contiguo al corral de la casa, al poco de morir Quirino. Abrió una puerta en la pared medianera que ocultó sus entradas y salidas; y durante años consiguió retener en una difícil y, a veces, tensa espera, a

aquella mujer forjada de una pieza.

Heliodoro acusó su dependencia de Paula cuando el deseo rebajó su impulso y la rutina fue descubriendo el cansancio de las expectativas. Comprendió que las exigencias que atendía ya no compensaban ni la necesidad de su urgencia ni los gastos que entrañaba, y que su régimen habitual de vida, tanto tiempo sacado de su curso, debía recuperar el viejo ritmo de siempre: una lentitud placentera en todo que nada ni nadie alteraran, donde el sexo no se contaminara con los sentimientos, al final engorrosas ataduras que había que cortar como nudo gordiano. Paula, que había barruntado la deriva hacía tiempo, le echó el primero de sus órdagos:

—Me lo fías demasiado largo, Heliodoro —le dijo con una frialdad de hielo una tarde-noche en que Heliodoro llegó con premura y trató de desnudarla sin más pretexto—. ¡Para el carro!... —añadió rechazándolo.

—¡Pero, mujer! —contestó sorprendido—. ¿Qué te falta? ¿Te falta algo?

—Que cumplas tus promesas, que se están haciendo viejas, como tú. Estoy harta: o cumples o se acabó el alpiste. Hay muchos que están deseando y me tratarían mejor que tú.

Heliodoro acusó el golpe como un bajonazo. Reprimió con entereza el derrame de su bilis y, con sosiego, le dijo:

—Estás sacando las cosas de quicio. Ya hablaremos.

Y se marchó sin un adiós.

Pasados los primeros años, la quiebra de confianza mutua echó la semilla del odio. En Heliodoro, las ganas de venganza quedaban refrenadas por la añoranza de aquel cuerpo espléndido de Paula. Sus altibajos oscilaban del castigo implacable al deseo del reencuentro que la aplacara en condiciones para él razonables. Paula le declaró la guerra total con armas envenenadas. Se echó en brazos del enemigo más abyecto de Heliodoro, Victorino; de la rama más pugnaz de los Lucios, dueños de las carnicerías del pueblo, rivales en ambición y apariencia de los Vadillo. Fue el primero de los voluntarios de la Guerra Civil en Hontanalta, un tipo torvo, pérfido; más que putero, una alimaña. Heliodoro se replegó a la espera, convencido de que la puñalada que le infería se volvería contra ella en una futura e inevitable claudicación, como así fue. Paula se dio cuenta de su error al comprobar la bestia que habitaba en Victorino, ante el que Heliodoro resplandecía. Logró deshacerse de él con mucho coraje después de que le pusiera la mano un par de veces, vejándola con chulería. Un conato de resentimiento se abrió paso en su ánimo hasta hacer del recelo una actitud en guardia. Empezó a pensar que

en la naturaleza de los hombres había un lado oscuro, una condición primaria, grosera y agresiva frente a la más frecuente sensibilidad y constancia de las mujeres. Y se asustó. Recompuso su sistema de alerta. Aquilató el punto de su agudeza, sabiendo ya que en un medio tan hostil como el que vivía la inteligencia y la belleza había que esconderlas, dejando que actuaran a hurtadillas. La primera, con sigilo, con la leve discreción que no levanta sospechas. La segunda, con la bien estudiada falsa modestia que aquietta la envidia. Llegó al convencimiento de haber agotado una larga etapa, un tiempo que moría dejando el campo abierto, pero con otro paisaje distinto, que habría de transitar con más experiencia y la disposición alerta. La larga espera que había mantenido con Heliodoro arruinó su ilusión más acariciada, propiamente el sentido de su vida hasta entonces. Pero en el derrumbamiento los daños arrastraron también la inocencia entusiasta que alimenta los sueños.

Paula se recuperaba del error ciego que le había llevado a Victorino, cuando se dio cuenta con aprensión de su falta de recursos. Heliodoro apareció entonces de nuevo como reparador necesario, muy al tanto de su necesidad. Procedió con paciencia y mano izquierda, con generosidad calculada de antemano, consciente de que en el camino de la derrota la presa es fácil. Y Paula volvió a la vera de Heliodoro, como quien vuelve a casa tras el estrepitoso fracaso de la apuesta equivocada: silenciosa y humillada. Pero la euforia le hizo tropezar otra vez en la misma piedra, al dar por sentado que la fiera estaba domada y que, en adelante, aquella mujer comería de su mano. La docilidad de su vuelta asentó en él su inveterado sentido de la propiedad, convencimiento que le permitía una placentera despreocupación. Aunque la siguió distinguiendo con una atención especial, Paula ya no pudo frenar la caprichosa vida de Heliodoro, ni su habitual licencia con las otras mujeres, ni el marcaje egoísta de su propio tiempo y el de los que dependían de él. Aceptó su condición de mantenida por Heliodoro como mejor opción, pero nunca se resignó, y en su bullente interior fue poco a poco fortaleciendo la busca de alternativa. No fue fácil bajo el peso asfixiante de una comunidad rural. Se entregó al cuidado de su hijo, por el que reprimió muchas veces sus ansias de libertad. A menudo con desesperación, sentía que el uso de su cuerpo y de su vida merecían una más alta consideración; al menos una atención singular, reposada, auténtica, en ningún momento vivida plenamente con Heliodoro. Necesitaba que la quisieran a ella sola, como en un primer momento ella quiso a Heliodoro. Y cuando le daba vueltas no pensaba tanto en un hombre determinado, ni cuál fuera su estado, sino más bien que al estar

en sus brazos sintiera la correspondencia verdadera que transmite quien ama: «alguien que te quiera un poco siquiera, más allá de tu cuerpo —pensaba—, ¡qué menos! Alguien que te pregunte amorosamente con la mirada o que, al acariciarte, sientas algo que se parezca a la verdad». Y el desfogue de Heliodoro, como quien aligera una carga ordinaria, hacía tiempo que le parecía un coste insoportable y, sin querer aceptarlo, con una especie de mala conciencia, de un odio que se disparaba.

Cuando el primer otoño empezó a asomarse a su cara y a su pelo, cuando empezó a advertir que su plenitud la alejaba de su fuerza impetuosa, pero fijaba sus gestos con una serenidad nunca antes observada, pensó que no estaba todo perdido, que su atractivo se transformaba, pero estaba vivo. Y ello la infundió una nueva fuerza que, desde hacía tiempo, no irradiaba. Era una fuerza bien distinta a la de toda la vida. Nacía en su mente, equilibraba su cuerpo entero y, sobre todo, la hacía sentirse bien consigo misma. Y todo eso lo translucía su cara. Los nuevos destellos, por sutiles como los movimientos del alma, no alarmaron la astucia de Heliodoro, muy relajado en cuanto concerniera a Paula, al fin una de sus propiedades. Pero hubo alguien en Hontanalta que, como el hombre justo, advirtió maravillado las alteraciones del espíritu de una hermosa campesina semianalfabeta y, sin embargo, en trance de una extraña elevación, de una dignidad consciente que exigía respeto con un orgullo aplomado y decidido.

Por algún pacto sobrentendido, Heriberto nunca habría franqueado sin aviso previo el terreno íntimo de Heliodoro, si la casualidad no le hubiera llevado la tentación a casa. El antojo de Paula por una cómoda de ebanistería fina la condujo al señor Heriberto, tan famoso en la comarca de Hontanalta por la habilidad de sus manos, como por la independencia y rareza de su vida y, como su buen vecino Heliodoro, muy celebrado por su pericia faldera. La señora Erena, su mujer, tan de buena familia como turbulento pasado juvenil, conllevaba el vicio de su marido con humorosa tolerancia: «Estos carcamales casquivanos —decía— es mejor que se desfoguen, porque si no, no hay quien los aguante. Este mío, además, es que no se serena, como no eche un polvo por ahí es que no se serena»... Pero tras la discreción postiza y la debilidad jocosamente pregonada por su mujer, en Heriberto se escondía el talento indudable de un artista, con sus salidas excéntricas incluidas. En el pueblo hacía de la corrección un impenetrable escudo personal, pero nada ni nadie se le escapaban, y a quienes distinguía en las distancias cortas quedaban seducidos para siempre.

Heriberto no recordaba haber hablado cinco minutos seguidos con Paula en toda su vida, quizá algún saludo esporádico en la calle, aunque supiera de ella con pelos y señales. Fascinado, radiografió a aquella mujer con su mirada y supo al punto que no descansaría hasta hacerla suya. A Paula no se le había pasado por la imaginación que alguna vez pudiera conversar con aquel señor, tan raro y tan ajeno a su mundo que ni siquiera era labrador; pero cuando salió del pequeño taller de Heriberto, luego de explicarle su encargo, no acertaba a comprender lo que la ocurría. Andaba sin saber dónde pisaba, y su cabeza parecía ir por libre, desencajada, fuera de donde tenía que estar. Nunca nadie la había sonreído con tanta delicadeza, con tan tierna y a la vez graciosa insinuación. Ni nadie le había dedicado palabras tan atentas, ni mirado tan profunda y respetuosamente. Por primera vez alguien la había tratado de verdad como a una persona. Repitió las visitas al taller de Heriberto empujada por una emoción creciente, impulsiva; un tirón envolvente que de nuevo parecía justificar la vida. No hubo muchas palabras, sino un escrutarse mutuo que levantaba las cartas en la imaginación. Cuando la cómoda estuvo acabada y Paula regateó el ajuste del precio, Heriberto le contestó mirándola a los ojos:

—No te preocupes por el precio de la cómoda. Hay cosas más importantes que el dinero. Eso se arregla fácilmente. Me preocupa más lo otro. Y si tú quieres..., lo apañamos.

VIII

Hombre..., yo creo que de lo de la Paula no se recuperó nunca. Aunque no dejaba traslucir ni lo que pensaba ni lo que sentía, aquello le mancó mucho y, al final, se murió con ello clavado. Que se la mangara con Heriberto fue como una estocada para él. Pero de la peor de las maneras, a traición, porque siempre se respetaron mucho y cada uno a lo suyo. Ahí Heriberto no estuvo fino. Se retrató en la parte mala, que naturalmente tenía, como todo el mundo. Porque Heliodoro sería lo que quisieras, pero respetaba las formas y a los colegas. Y cuando Heriberto se encoló con la Paula, pues cómo te diría yo, se rompió esa cosa que une a la gente que se entiende, ¿no? El tío Heriberto era muy listo, pero sobre todo iba a su aire, porque tenía medios y se lo podía permitir, y se lo permitía. Estaba casado con la tía Erena. Sí que te acuerdas tú de la tía Erena, ¿verdad?... Tenía mucha retranca aquella mujer. Era muy larga, y de joven, un terremoto, muy piruja. Pues se juntaron estos dos estafalarios y se compenetraron bastante bien hasta el final, aunque, ya sabes, como en todos los matrimonios, cuando se acumulan los años, ni puto caso. Defenderse de aquel pájaro no era fácil, mucho menos vengarse. Y además, Heliodoro no era amigo de echar mano de fuerzas que él mismo no controlara. Le espantaba la violencia y huía del escándalo como gato escaldado. Y la Paula, que era muy guapa, pero sobre todo muy brava, no hizo más que pillar al vuelo la primera oportunidad que tuvo de romper tantos años dependiendo de Heliodoro. Porque lo de mi padre, visto fríamente, tiene cojones, nunca mejor dicho: o se hacía lo que él decía o se hacía lo que él decía, no había más. Y con las mujeres no lo podía remediar. Yo conocí el paño desde muy joven, porque, aunque no fui de los hijos preferidos, no podía dar un paso sin mí. Tasio por aquí, Tasio por allá. Siempre dando vueltas, como una peonza, porque si no, nada funcionaba, todo manga por hombro. Sobre todo si ponía las manos mi hermano José, que no era un tonto normal, sino de solemnidad, como de misa mayor. Yo tendría diecisiete años cuando al poco de acabar la guerra le llevaba a mi padre en la tartana a Sartones. Allí cogía el tren de Ariza hasta Peñaduro, unos cuantos

kilómetros más adelante. En ese pueblo siempre ha habido mucho puterío, pero entonces especialmente, porque durante la guerra estuvo acuartelado por esa zona de la Ribera un regimiento de italianos, que dejaron un reguero de preñadas y animaron mucho la prostitución, por vicio y por subsistencia. Y por allí anduvo Heliodoro, siempre a la última en esta materia. Íbamos de madrugada y yo volvía a recogerle ya de tarde-noche, aunque a veces se quedaba en Peñaduro uno o dos días. Al principio me daba alguna explicación: que si iba a una feria a ver ganado, a por aperos o semillas, o a ver alguna máquina que tenían en exposición, pero luego ya no había nada que hablar. Iba a lo que iba y yo chitón. En casa, el vicio de mi padre no se podía tocar. Era eso que tú dices... Eso, eso..., tabú. Era como si no existiera esa parte de su vida. Cualquier crítica a Heliodoro o un simple comentario dudoso le parecían pecado a mi hermano José, hay que ser imbécil. A los otros, más o menos. Y mis hermanas, aunque la procesión fuera por dentro, lo veneraban. Hiciera lo que hiciera tenía bula. Por eso digo que, acostumbrado a imponer siempre su voluntad, el revés de la Paula ya no pudo encajarlo nunca. Y aunque vivió todavía unos cuantos años, la cosa ya no fue la misma. Por esas fechas se le juntó, además, el suicidio de Dimas, que le afectó mucho, porque fue al día siguiente de estar con él en su casa charlando mucho rato. De lo de Dimas te tienes que acordar tú perfectamente... Aquello fue muy sonado. Se pegó un tiro en la garganta con la escopeta que le desgajó la cabeza del cuerpo casi por entero, unida solo por un cordón sanguinolento entre el cogote y la nuca, como un amasijo de carne y huesos. Claro, que a lo mejor acertó, porque sufrió mucho con la peste esa del cáncer, que a este paso esa mierda nos lleva a todos para allá, y en los últimos meses parecía una calavera andante. Ahí dio un bajón Heliodoro, y aunque se alargó en el tiempo, como te digo, ya no se recuperó. Siguió yendo una o dos veces por semana a la capital a echar un polvo o lo que pudiera hasta solo unos meses antes de morir, pero ya no fue ni parecido. Se le puso la cara más seria, la mirada cabizbaja, sin aquel golpe avizor que tenía, ni su fijeza penetrante. Estaba como ausente, como si todo, por primera vez en su vida, le diera lo mismo o no le preocupara. Y yo creo que, por primera vez también, sintió tristeza, esa tristeza de vivir que les entra a algunas personas y que no saben por qué, pero que están tristes. Pero eso a Heliodoro le pasó de parte tarde, ya digo, cuando el propio cuerpo comienza a darte avisos de que se acaba, pero de verdad, y empiezas a comprender en serio que no solo se mueren los otros, sino que tú también palmarás y desaparecerás en breve. De todas maneras,

hasta llegar ahí, Heliodoro tuvo unos años muy buenos, y no fueron pocos. La segunda mitad de los cincuenta y todos los sesenta, que en él coincidieron con los años del siglo, fueron muy agradecidos, porque todo parecía ir a mejor de manera continua; al principio muy lentamente, con muchas carencias y dificultades todavía, pero en llegando los sesenta, como un disparadero, que parecía que el progreso ya no iba a tener nunca fin. La gente lo notaba en la mejora de la vida, que es lo que, al final, mueve de verdad a las personas. Porque aquí, ni que decir tiene, todos eran franquistas, menos Heliodoro, Dimas y Heriberto, pocos más, ejemplos raros de liberalismo, que lo disimulaban, claro. Y porque los pocos republicanos que quedaron, que alguno había, vivían como debajo tierra, muy al margen de todo, y a callar. En ese tiempo, aquí, en Hontanalta, el sol salía para todos, a ver..., pero resplandecía más bien al paso marcial, muy tieso, de don José Carlos Hernández-Lerchundi, con la rayita en medio de los dos apellidos, que era lo más importante. Y, ¡ay!, como se les olvidara en los papeles la puta rayita a los operarios del ayuntamiento, porque montaba unas broncas del copón. Era un falangista de muy buena familia, decían, hechura del señorito capitalino y con humos muy subidos de gobernador, que decía cosas en público como: «El deber para con la patria nos ha uncido a este duro yugo del trabajo y la responsabilidad políticos, para que, al proyectarlos en bien de la comunidad, resplandezca la obra inmarcesible del Caudillo». «¡Hay que ver cómo habla este tío!», decía la gente de aquí maravillada. No tenía más que fachada, muy fachenda, porque saber no sabía nada, y un perro setter con la melena caoba siempre en su punto, brillante como de brillantina, que parecía recién salido de la barbería. Lo paseaba mucho, con aires de mariscal de campo, atraillado con una correa de cuero fino, la fusta en el sobaco y enguantado de gamuza hasta bien entrada la primavera. Alto, fuerte, con la cabeza muy empinada, la mirada despectiva y los labios apretados. Tenías la impresión de que en vez de hablar, podía morderte en cuanto abriera la boca. Daba miedo verle venir. Pero aquí estuvo más de veinte años de secretario del ayuntamiento, sin que nadie se atreviera a dar un paso sin su permiso. Empezando por Armando Vadillo, el alcalde. Armando era pánfilo y un poco tardo. Se fue voluntario nada más estallar la guerra, ahí, al Alto del León. Fue uno de los pocos que no mataron los republicanos en la primera hornada de entusiasmo. Yo creo que lo dejaron para muestra. Y bien que se lo cobró como alcalde para toda la vida, que estuvo treinta o treinta y cinco años y no había manera. A mí me recordaba mucho a mi hermano, porque no le andaba a la zaga en solemnidad

majadera, pero en ayuntamiento. Se emocionaba mucho cada vez que se encontraba con don José Carlos y, al llegar a su altura, se cuadraba dando un taconazo y una cabezada recia a la vez, que le sonaba el esternón al choque con la barbilla: «¡Puede descansar, camarada!», decía muy serio don José Carlos. El mundo al revés, el alcalde babeando al secretario. ¡Y a ver quién tenía cojones de decir algo!... Dimas conocía muy bien a don José Carlos, de la capital. No se hablaban, más bien se odiaban, porque el secretario sabía que Dimas era de la cáscara amarga, pero tenía muchas agarraderas, y anduvo tanteándolas, no creas, pero, al final, por lo que fuera, no se atrevió a ir contra él y se ignoraron mutuamente. Con Heliodoro, lo justo. Como era presidente de la Hermandad de Labradores, no les quedaba más remedio que hablar de vez en cuando, pero sus relaciones fueron siempre muy frías, porque los dos sabían muy bien quiénes eran y el secretario desconfiaba mucho. Así que no paró hasta quitarle de presidente durante cuatro o cinco años, pero no pudo evitar que Heliodoro volviera a la presidencia casi por aclamación de todos los labradores y ahí siguiera durante toda la vida. Para sustituirle fue a buscar donde más dolía: a uno de los enemigos más trabados de Heliodoro, el que más tierras tenía de los Cortadores, Rigoberto, más malo que la carne de pescuezo, beato, cacicón, muy perro. ¿Que quiénes eran los Cortadores? ¡Pues, coño!, los carniceros, hombre..., los carniceros, los Lucios, que tenían las tres carnicerías de Hontanalta, además de muchas hectáreas. Yo creo que este era el más meapilas de toda esa rama. ¡Y mira que tenían comehostias en esas familias! Uno de esos beatos de los pueblos que se comen los santos, sin vergüenza ante los demás hombres, como las mujeres, y que, como estas, se ponen delante de los bancos de la iglesia, no como la mayoría de los hombres, que se aprietan atrás, ya casi bajo el coro, como acorralados y escondidos. Pues el tío Rigoberto no fallaba, siempre estaba delante, pero en saliendo de misa era temible, como un perro de presa, siempre hocicando en la vida de los demás. De Heliodoro decía muy excitado que un hombre que vivía en pecado mortal continuamente no podía ser, de ninguna manera, presidente de la Hermandad de Labradores, que era un ejemplo de pecado viviente. Y cuando se cruzaba con él, a veces se santiguaba, como si estuviera en presencia del mismo demonio. Heliodoro, sabiendo el peligro que tenía, lo trataba a posta con mucha indiferencia, y eso le sacaba de quicio. La cosa venía de atrás, de un pleito que les ganó a Heliodoro y Leandro por un lote de tierras que les tocó del concejo, colindantes con una finca suya. Hubo problemas de lindes y tuvieron que indemnizarle después de

la sentencia. No fue mucho, pero Rigoberto anduvo toda la vida paseando su triunfo como si les hubiera cortado la cabeza a los dos. A Heliodoro no le quitó el sueño nunca, pero a Leandro, que era muy comedido y muy buena gente el hombre, aquello le dolió mucho. Les sobrevivió bastantes años a los dos, a Heliodoro y a Rigoberto, que era el más viejo y se murió el primero de los tres. Diez o quince años después, ya no me acuerdo, se murió uno de los hijos de Rigoberto con cincuenta y pocos años, uno que le habían colocado muy bien de funcionario, aunque siempre fue un jodido inútil como su padre, o precisamente por eso. El caso es que Leandro, ya muy viejo el hombre, pero con buena salud todavía, no pudo reprimir la curiosidad y se acercó al cementerio antes de que llegara el cortejo, que fue muy concurrido y pomposo. Y poco antes de que llegara el muerto, al descubrir el panteón familiar los operarios del ayuntamiento, vieron que el ataúd de Rigoberto, al lado del de su mujer, estaba con la tapa abierta y muy desvencijado. Alguien de la familia dijo que lo subieran para recomponerlo decentemente con unos listones, de forma que aguantara derecho el peso de la nueva caja con el cadáver del hijo. Lo ataron unas sogas y lo sacaron con mucha dificultad, pero, cuando estaban a punto de posarlo en el suelo, se desencuadró de repente toda la caja, volcando los huesos de Rigoberto, con la calavera desprendida rodando hasta los pies de Leandro, que estaba en primera fila. Y como si no hubiera nadie alrededor, completamente ensimismado, Leandro empezó a pisar la calavera y luego a darla pataditas, como un balón, diciendo bajito, pero que se oía perfectamente: «¡Perro! Que siempre fuiste un perro. ¡Perrazo, cacho cabrón! ¡Perro!»... Cuando Gildo Raposo, el alguacil, que hacía también de enterrador, recogiendo la calavera con la pala, le dijo bajito: «Tranquilo, Leandro, tranquilo, que ya no muerde, tranquilo»... Pero a esta pareja no se le olvidó nunca las perrerías de Rigoberto; le dedicaron lo suyo a ponerle palos en las ruedas, y a la chita callando sorprenderle aquí y allá con alguna putadita sobre el terreno. Hubo una que le escoció mucho cuando le excluyeron de la cooperativa que hicieron los labradores pudientes para comprar la trilladora más moderna que llegó a este pueblo. Heliodoro había vuelto otra vez a la presidencia de la Hermandad y, con silencio zorruno, le cerró todas las puertas. La compraron las cuatro o cinco familias más ricas, menos los Vadillo, que ya tenían la suya, y fue la primera de todas. Pero la de los Vadillo era de segunda mano, muy vieja ya, como un castillo polvoriento y ruinoso, llena de maderas y poleas sin fin, mientras la de estos era completamente metálica, toda plateada y reluciente, y en los lados, con letras

bien grandes en rojo: La Avellana, que más que un gusto, era como un milagro que desencajaba las miradas de la gente y hasta la misma cabeza. Porque aquella máquina, que se tragaba los haces a una velocidad que no dabas abasto y hacía pajeros gigantescos en unas horas, era la verdadera revolución, el acabose; muchísimo más que, cuando años después, ya en los setenta, llegaron las primeras cosechadoras, que en los setenta a la gente se le había pasado el asombro y había aceptado que el mundo de toda la vida se acababa irremediabilmente y que todas las fatigas y penurias de siempre ya solo las padecían los cuatro pobres rezagados. Se extendió pronto una conciencia de desarrollo imparabile que lo cambiaba todo, el trabajo, la vida, las diversiones y lo que más escandalizaba: las costumbres y la Iglesia, que ahí sí que había guerra y resistencia, porque en lo demás todo el mundo estaba encantado. Pero años antes, ya digo, el pasmo de La Avellana fue algo único, yo no he visto nada igual. La máquina vino de Zaragoza por tren hasta Sartones y allí la enganchamos al tractor, un Famulus que habíamos estrenado no hacía un año todavía y que conducía yo. No sé hombre..., cómo decirte: aquello fue un paseo triunfal. Todo el pueblo asomado a los cerrales de Hontanalta, como en las películas de los indios, viendo cómo dábamos la vuelta por la carretera del valle hasta subir la cuesta, donde se agolpaba la gente por las aceras para verla, como cuando venía el obispo o el gobernador, pero con mucho más tiempo para verla, que estuvo todo el verano aquel rodeada de una multitud allá donde trillara... A mí me parece que aquella máquina reluciente y aquellos primeros años sesenta fueron el antes y el después de un tiempo que había sido el tuyo, pero que ya no volvería nunca; que eras tú mismo, pero que ya no eras, y que estabas en otra cosa, no sabías muy bien qué ni cómo, pero que era mejor. Y ese fue el tiempo más tranquilo, largo y feliz de Heliodoro hasta lo de la Paula y lo de Dimas. Una vida sin prisas, con todo en su sitio, pero con una mejora a la vista de las condiciones de vida y los ingresos, el dinero contante que traía la mecanización del campo, que Heliodoro siempre vio con mucha simpatía. No así los coches, que no le gustaban. Le parecían artefactos que rompían el normal sosiego del ritmo natural de las personas. Se sentía constreñido dentro de ellos, se ponía nervioso, porque necesitaba ver el campo sin estorbos, respirar fuera de aquel envoltorio de metales acristalados que corría como un demonio y no te dejaba fijar la vista; necesitaba el aire libre y la perspectiva amplia. Conllevaba mejor el coche de línea, más espacioso, más lento, aunque hubiera que compartirlo con más gente. Se aferró siempre al ritmo

natural de las caballerías y los carros, sobre todo a raíz del invento del carrucho, también por los primeros sesenta. En la comarca de Hontanalta se pusieron muy de moda y no hubo un labrador acomodado que no se hiciera el suyo. Fue un invento de los herreros de por aquí, un carro pequeño de armazón de hierros bruñidos o pintados, buenas tablas de carrocería, un tablón cruzado de asiento, dos ruedas de goma y dos varas, a las que se uncía un macho o un burro. Heliodoro gastó dos carruchos. Al principio enganchaba a la yegua o algún macho, pero luego se acomodó al ritmo más tranquilo del burro. El que más le duró fue Juanelo, un burro al que quiso mucho. En realidad le quisimos todos mucho, porque era muy bueno en todos los sentidos: el más fuerte y espigado de los que tuvo, sin una calva, ni muesca, ni matadura, muy canoso de pelo y mirada receptiva, que parecía que te entendía; con las orejas ágiles, tiesas, vigilantes; la frente y la quijada muy suaves, que daba gusto acariciarlas. Juanelo fue muy buena gente... Pero no fue Heliodoro el que estrenó el primer carrucho en Hontanalta, que se le adelantó el tío Germán: ¿te acuerdas del tío Germán?... cómo no te vas a acordar...; muy falangista, pero muy listo, y muy largo y, con quien quería, muy simpático. Se te acercaba, sacaba la cajetilla de caldo, se colocaba el cigarro en los labios retorciéndolo un poco y lo prendía todo lo gordo y abombado que era. Empinaba la cabeza, entornaba los ojos y te tiraba el humo a la cara con una sonrisa zorruna. «¿Qué?... Mozo dominguero no quiere lunes, ¡eh! ¿Qué tal está tu padre, majo?»... Iba siempre muy tieso el tío Germán y, sentado en la tabla del carrucho, tirado por un macho tordo, siempre muy limpio, casi lustroso, parecía un general indiano, con su sombrero de fieltro o de paja en verano, con las alas bien largas. Era un tiempo en que la gente sentía que algo importante se movía, que, por primera vez desde la guerra, los que tenían algo empezaron a ver cómo aumentaba, y los que no tenían nada vieron en la emigración el camino del oro. Así que todos tan contentos, los que se quedaron y los que se fueron. Aunque siempre te queda la duda. ¿Me habría ido a mí mejor en la emigración? Ya no lo sabré nunca, pero tengo serias dudas, a la vista de los que vuelven a su pueblo de visita. ¿Qué les queda de lo que fueron? Absolutamente nada. Yo he visto a gente que ha segado conmigo y trillado, gente que no tenía dónde caerse muerta, cómo al poco de unos años han vuelto de Barcelona vestidos de nuevos ricos y hablando como si tuvieran un chicle en la boca, pero con un desprecio incomprensible hacia lo que, al fin y al cabo, fueron ellos mismos. Es algo que no podré entender nunca, pero anda..., es así. Si ese ha sido el

precio de la emigración, dejar de ser tú mismo, me alegra mucho no haberlo pagado nunca. Mi padre fue un tirano para nosotros sus hijos, con unos más que con otros, claro, pero supo disimularlo de cara a los demás, ante quienes siempre apareció como un hombre liberal y sosegado. La fama de putaño se le pasó por alto y la esclavitud a que nos sometió nunca salió de puertas para fuera. Pero cuando lo pienso, he vivido bien con poco, y luego he tenido de sobra. Nunca me ha faltado de comer en los años más duros y, como te digo, ya no sabré si me hubiera ido mejor emigrando. ¿Habría aguantado yo la emigración? Acaso no. Ya lo mismo da. Pero te queda el remusgullo ese de no saber si, después de todo, has acertado o no. El caso es que Heliodoro, ¡que ya!, ¡que ya!, que ya vuelvo a lo que te interesa..., vivió ese tiempo con mucho poderío, o sea, como siempre quiso. Las cosas en orden, sin que nadie se saliera de sus casillas; la familia controlada, y la hacienda un poco más que suficiente para sufragar de sobra sus desahogos. Con la recuperación, por entonces, del mercado de los jueves de El Collar, dejó de ir a Peñaduro. Ya nunca más volvió a ese pueblo por asunto de mujeres. Al poner el coche de línea a diario a la capital, Peñaduro quedaba a trasmano y muy mal comunicado desde Hontanalta, mientras El Collar seguía estando a hora, hora y media de carro y se iba y venía en el día sin problemas. Yo creo que por esos años Heliodoro no falló ningún jueves al mercado de El Collar, salvo que el tiempo estuviera muy malo. Le aparejábamos el carrucho con Juanelo y antes de media mañana ya estaba allí. Un paseo por las tiendas de aperos y a la parada de don Poli, la remonta de El Collar, donde era muy conocido y apreciado. Desde allí mandaba aviso con algún correveidile a alguna de sus amigas para la siesta, y a comer a La Fonda. Tenían muy buena cocina ahí desde siempre, y Heliodoro no perdonaba el cuarto de lechazo, aunque si había, también le gustaba mucho el besugo asado. Yo conocí años después a dos de sus amigas más frecuentadas, según me dijeron unos amigos de El Collar: la Carla y la Marisol, ya muy ajadas, pero con ese sello que se les queda a las mujeres guapas cuando el tiempo las atropella y que parece que te están diciendo: ¡ojo!, que la que tuvo, retuvo. Pero donde le sacaban los cuartos y le estrujaban bien estrujado era en la capital, porque ahí apuntaba mucho más alto de la mano de Dimas. Pero de eso no puedo decirte gran cosa, porque ni conocí aquellos ambientes ni me interesaron nunca. Mi impresión es que se gastó una fortuna, pero se lo pasó de cojones. De lo de aquí, sí, ¡a ver!... La Ernestina, la Lucila, la Fernanda, la Lola..., y todas las que quieras, además de la Paula. No, no, no..., no era tan difícil como tú te

imaginas. Tenéis una mentalidad que ya no comprende lo que fueron esos años en los pueblos. Y eso que están ahí, a la vuelta de la esquina. ¡Hay que joderse!, el vuelco que ha pegado todo en veinte años, que dice el tango que no son nada. Ya lo creo que son. La Ernestina, por ejemplo, por hablarte de lo que yo sí vi y conocí. Era una mujer más agraciada de cuerpo que de cara, porque parecía que se la hubiera incrustado en el rostro todo el sufrimiento y todo el dolor de sacar adelante a los hijos y a un marido medio fato, incapaz de ganar un duro para dar de comer a la familia nunca. Lo que se dice un tonto de los cojones. Siempre estaba dispuesta para Heliodoro, aunque no hacía ascos a otros requerimientos. Pero es que yo creo que le quería o, al menos, que le tenía como admiración. Yo la sorprendí más de una vez en el campo mirando a Heliodoro completamente arrobada, la cara muy morena, bajo el sombrero de paja redondo; la cabeza toda recogida por el pañuelo atado al cuello, pero con una mirada tierna, y una sonrisa entre pillina y dulce. Y el cuerpo todo bien tieso y bien puesto todavía, por mucho que estuviera tapada. Era la arrancadora preferida de Heliodoro y la más socorrida para todo, la primera a la que se llamaba para escardar o para echar una mano donde hiciera falta. Y con todo, fue saliendo adelante con algún decoro. Yo los pillé un par de veces en pleno trajín debajo del carro. En verano era más fácil. Fue para lo único que madrugó en su vida. Aparejaba el carrucho una hora, hora y media antes de amanecer, echaba un par de mantas y recogía a la Ernestina camino del corte. Cuando llegaba la cuadrilla y las arrancadoras al pago que fuera, estos dos ya lo habían aviado. A su manera, siempre se preocupó de ella. No la faltó de comer, porque Heliodoro se preocupó de hacerla llegar lo necesario, garbanzos, lentejas, queso... De vez en cuando la daba alguna propina, y en alguna ocasión señalada la doblaba el jornal. Todo quedaba sobrentendido y nadie pedía cuentas a nadie. La Lucila estaba casada con Eustasio, tan simple como interesado, muy zalamero con Heliodoro, pero resentido y cocero con el resto, que no hay tonto bueno. No supo nunca lo que era la vergüenza. Llegaba a casa a ver a mi padre: «Digo, señor Heliodoro, que con un par de sacos de nitrato ya salía del apuro... Y bien sabe usted que la Lucila y yo quedamos como siempre a su disposición». «No te preocupes —le contestaba Heliodoro—, ya digo que te aparten tres para que andes holgado». Y ya tenía la veda abierta con la Lucila para largo. Vivían ahí por los atrasos, en las últimas casas, camino de las bodegas. Y en la suya, yo no sé si tú lo llegaste a ver, nada más entrar, en la estancia que precedía a la bajada, tenía Heliodoro un camastro bien apañado con unas

mantas. Solía ir a la bodega a por vino fresco cada dos días, como mucho tres, más bien a la caída de la tarde, aunque no era raro que lo hiciera también a primera hora de la mañana. Y ahí aparecía la Lucila como quien no quiere la cosa, hasta que desaparecía el rato que hiciera falta en la bodega de Heliodoro, lo que no excluía que entrara y saliera de su casa a su antojo, sobre todo en invierno. La Lucila era guapa, de rasgos finos; de mirada seria y buen cuerpo, de esas que las matan callando desde muy jóvenes. Se sabía una de las preferidas de Heliodoro y, después del escándalo del hijo encubierto, se atrevía a presionarlo más que las otras, mandando por delante a su marido. Por el mismo barrio, allá a las afueras, vivía también la tía Fernanda, que estaba casada con Federico, toda la vida enfermo y apocado el hombre. No se enteraba de nada. La Fernanda fue muy guapa de joven, rubia, muy blanca y esbelta. Anduvo Heliodoro muy detrás de ella una temporada larga, con habituales encuentros en la bodega, a la que se aficionó mucho; hasta que la tocó el tío Gonzalo, la oveja negra de los Vadillo. Heliodoro entonces no quiso medianerías y abandonó el terreno, por lo demás, bien explotado. «Yo, para mí, como el señor Gonzalo no lo hay. No hay señor en el mundo como el señor Gonzalo»..., dicen que decía algo arrebatada a sus amigas. Naturalmente, el tío Gonzalo la hizo un hijo que anda por ahí muy espigado y altanero, como el padre oculto. Y a los Vadillo les salió un lunar imprevisto que les retuvo bastante a la hora de despellejar a los demás con tanta saña como habían hecho siempre. La Lola, en fin, por acabar la muestra, era una mujer bien plantada, con una gracia serena en la mirada, fuerte pero bien proporcionada. Tenía una melena castaña clara, ondulada, que se la esparramaba por la mitad de la cara, muy bonita, y un marido a diario medio borracho o borracho entero. Aunque vivían juntos, prácticamente no se miraban. Heliodoro entraba en su casa sin precaución, casi con descaro, como solía hacerlo en las casas de los pastores que tuvo, tan pronto como estos soltaban las ovejas y se alejaban campo abierto. Cuando la majada se quedaba desprotegida, el zorro aprovechaba con sigilo, y fallaba muy pocas veces. Las necesidades de la vida desajustaban el orden de las cosas, que tanto gustaba a Heliodoro, y nadie como él conocía las rendijas que el desajuste dejaba, para gozar entre ellas a escondidas. No... Eso de aparentar y esas cosas no le interesaron nunca. Él sabía lo que era y lo que representaba; lo sentía y no necesitó en la vida que nadie le ofreciera reconocimientos, ni mucho menos los mendigó. Sabía muy bien que se los darían de todas las maneras. Pero tuvo sus debilidades también aquí, claro. La

boda de mi hermana Brígida, que se casó ya un poco tarde para la época, coincidió con el comienzo de la ascensión de los años buenos y Heliodoro aflojó el bolsillo con una alegría desconocida, como si avisara de que, si él quería, también podía. Fue una boda de relumbrón, a lo grande. Yo no he visto nunca tantos sombreros, sobre todo de mujeres, un perifollo de miedo. Se celebró en el hotel Condal de la capital, nada de aquí en el pueblo, para mantener la distancia, ya sabes. Hasta llegar al salón del banquete tuvimos que pasar otros dos más pequeños, pero muy elegantes también, todo lacado en blanco, puertas y ventanas; los camareros también de blanco, chaquetas y guantes, con pajaritas negras, muy repeinados; los manteles finísimos, color crema, como las fundas de las sillas, que tenían un lazo atrás, como los vestidos de las niñas, y muchas flores por encima de las mesas. Yo no he visto nunca cosa igual. Y ahí la preparó tu primo Antonio después de dejar el seminario, para desesperación de mis hermanas, con la novia dichosa, la María Elena, que, aunque era pariente del novio y estaba invitada, no había forma de que estas dos la aceptaran. Resulta que el salón era muy grande, rectangular, y allí seríamos unos ciento quince o ciento veinte comensales. La mesa del banquete tenía forma de U. La presidencia con los novios estaba en la parte más corta, con Heliodoro a la derecha de la novia y a continuación toda la familia, lo mismo que a la izquierda del novio sus padres y familiares. Pero a Antonio le habían puesto justo al final de los parientes de la novia, más allá de la mitad del ala derecha de la U; y a María Elena, de manera parecida, en el otro lado. Así que se veían de frente, pero un poco lejos. Y cuando, después del primer brindis, empezaron a gritar a los novios: ¡Que se besen, que se besen!... Antonio se levantó y, muy derecho y tranquilo, fue dando la vuelta a toda la mesa por detrás de la presidencia hasta llegar adonde estaba sentada María Elena, que venía observando cómo se acercaba rodeando a todo el convite ante la sorpresa de muchos de los invitados. Y cuando llegó a su altura y se volvió, no la dio tiempo a nada, porque Antonio la tapó la boca con un beso arrebatado, mientras la levantaba abrazándola y ella se le colgaba con sus brazos al cuello en medio de una confusión y escandalera de mil demonios. Al principio hubo un griterío de asombro que volvió la atención de todo el comedor sobre esta pareja; luego un silencio, sin que estos dos dejaran de barrenar con la lengua; pero, de repente, unos tímidos aplausos rompieron la parálisis de la gente, que fueron creciendo cuando se despegaron y Antonio regresaba a su sitio por donde había venido, como en triunfo. Entonces sonó una ovación cerrada y algunos gritos de

¡bravo!, ¡bravo!... Los novios se quedaron tiesos con cara de circunstancias, como mi hermana Társila y el perdonavidas de su marido; con el torbellino de la procesión por dentro, claro. Heliodoro, sin embargo, se estuvo sonriendo por lo bajini, y cuando Antonio se acercaba por atrás camino de su asiento, se volvió ligeramente haciéndole señas para que se acercara. Antonio le dio un beso a su abuelo y este, cogiéndole por el cuello lo acercó a su cara para decirle al oído: «Has estado muy bien, hijo, muy bien»... Yo no sé cuántos meses anduvo Antonio en cuarentena, penando la fechoría. Pero, al final les dio igual a todos, porque tuvieron que tragar con María Elena, y con todas las bendiciones, boda elegante incluida. Y ahí los tienes todavía, muchos años después, más contentos que unas pascuas. Y es que en el amor todo se nos escapa. No hay reglas ni contenciones que valgan. Y cuando te toca, nunca se sabe, porque todo te supera... Otra cosa bien distinta, por lo que parece, es ese deseo imparable y de a todas horas que tan bien conoció Heliodoro, pero de eso yo no me atrevo a opinar y Heliodoro se lo llevó a la tumba...

IX

«Solo el tiempo le había vencido», pensó Heliodoro una mañana de domingo de primeros de abril, en que un chaparrón de madrugada había suavizado el aire y oreado la tierra. Los años habían transcurrido veloces y ahora ya, sin más tregua, se cobraban el finiquito de su existencia. El mal de su cuerpo se había ocultado largo tiempo tras una ansiedad creciente de su definitivo deterioro. Lo supo con seguridad desde que, hacía tres meses, constató con certeza la extinción de sus erecciones, luego de varios encuentros frustrados y la obsesiva e inútil estimulación personal. La voluntad de su pensamiento ya no regía las funciones de su cuerpo, o lo hacía muy defectuosamente. El deseo se apagaba, rápido, en el intento. Su cerebro ya no era dueño del resto, un conjunto de carne y huesos apelmazados, cuyas lentas articulaciones resultaban cada vez más dolorosas. Al principio pensó que era preferible la muerte sin más demora. Desesperado, se sintió náufrago sin un mero resto al que asirse. Luego, el paso de los días fue imponiendo la agonía de la supervivencia con fases de zozobra, y un temor latente que en sus picos de tensión le rebajaban con un miedo pueril, escondido con vergüenza. Para suicidarse, pensaba, hacía falta valor, la voluntad férrea de un Dimas, la serenidad inmensa de su fortaleza. Él no lo tenía. Las formas habituales le espeluznaban: el crujido del cuello del ahorcado, la asfixia oscura del ahogado en los pozos, el desgarrar de las armas..., mejor morir en la cama con una esquela de buen tamaño al día siguiente en *El Noroeste Regional*, que avisara a todo el mundo de su pérdida irreparable.

Y sin embargo, aquella lucha diaria le espantaba. Los médicos de la capital le habían dicho que su enfermedad sería lenta y dolorosa, que se armara de paciencia y que le ayudarían a combatir el dolor; «como a Dimas», pensaba. Nadie le habló de cáncer, ni él quiso oír ni pronunciar la palabra, pero lo imaginó casi desde el principio. Nada que no fuera confidencia a los más allegados trascendió más allá de la puerta de su casa. Alentó su callada esperanza de duración, no obstante, la discontinuidad del dolor terrible que se fijaba en las piernas y brazos, en las vértebras, como si el mal recorriera la

savia de los huesos. Por alguna bendita tregua, pensaba con reaparecida esperanza de consuelo religioso, había días en que el dolor aflojaba de tal manera que la ilusión se volvía espejismo, roto al cabo por ataques paralizantes. Y aquel domingo, tras desarroparse en la cama y acodarse en el colchón para tratar de incorporarse, moviendo las caderas y las piernas, vio con asombro cómo estas se movían con cierta normalidad y sin apenas dolor, y al ir a levantarse sintió una fuerza suficiente para desplazarse con alguna soltura. Se palpaba el calzoncillo mojado de orina, cuando se abrió de súbito la puerta del dormitorio. Con la mano en el picaporte, flanqueada por Alejandra y Tanis, Brígida dijo muy seca:

—Mira que tiene que ser siempre lo que usted diga... Pues denos una voz y ya le ayudamos nosotras a levantarlo... ¡qué hombre, Dios, qué hombre!... Mira que toda la vida igual —añadió mientras le quitaba la chaqueta del pijama y las nietas le desnudaban de cintura para abajo—. ¡Vamos!, pise encima de la toalla..., o ¿quiere ir antes a mear?... El palanganero, Alejandra; las esponjas, Tanis... —continuó Brígida, afanosa.

Las primeras veces se sintió humillado, profundamente corrido. Era como si le despojaran de sí mismo. Se dio cuenta de su estado cuando, al verse limpiado y aseado por aquellas mujeres de su sangre, ya no podía ver en ellas su hermosura indudable, plena, ni sentir su tacto que incendiaría la piel de otros, sino la piedad generosa que reparaba sin dudarle su condición miserable. En muy poco tiempo había constatado que el deseo era de principio a fin un don de la salud, el regalo de un cuerpo sano que desaparecía inexorablemente tan pronto como la enfermedad inficionaba los primeros humores. La postración de la vejez y la humillación de su dependencia estribaban en no alcanzar el servicio cuando uno se meaba. A partir de ahí el deseo se transformaba en una obsesión de vivir a cualquier precio en la mayoría de los mortales. «Más allá de los desesperados, solo los mejores, como Dimas, anteponían su voluntad y su espíritu a la indignidad y al sufrimiento inútil —pensaba Heliodoro— y él no estaba entre ellos». Pronto vendría don José María, el cura, con su hediondo olor a tabaco y sus dedos amarillos de nicotina, para reconfortarle y encaminarle a la buena muerte y la salvación eterna, y él lo recibiría como buen católico, por si acaso, pensaba Heliodoro. Y ya se veía maquinando cómo sortear, con afectación simulada, las simplezas de aquel pesetero cura de olla.

Algo en su más hondo interior, sin embargo, se resistía con fuerza a una desaparición inminente. En momentos como el de aquella mañana, en que la

mejoría abría esperanzas de continuación, se complacía en la idea de un restablecimiento que le devolviera a la vida plena unos años más. Al pensarlo, sentado a la mesa del comedor, donde sobre un mantel nuevo le habían preparado un frugal desayuno, le recorrió un bienestar vivificante que fue relajando su tensión y su miedo. Inopinadamente, echó un vistazo a la ventana y a la luz que tamizaban los blancos visillos. En un aire límpido, el sol alumbraba con la suavidad de una caricia aquella estancia; reflejaba en los cristales verdes de las puertas batientes de la alcoba y envolvía con sus destellos de pátina aceitunada la superficie de las cosas. En el alféizar de la ventana, aquella luz se remansaba en la carnosidad de los tallos de las begonias, en la nobleza antigua de la rugosidad de los geranios, insuflando la tersura de sus flores rosas y coloradas. Al observarlo ensimismado, se dio cuenta de que aquello era la vida y de que durante tantos años había sido incapaz de verla, tan cerca... Un escalofrío de emoción y de tristeza le conmovió hasta arrasarle los ojos. Era una sensación nueva, desconocida en su vida, una forma de pesadumbre placentera y lúcida. Agarrado al apoyabrazos del canapé, mientras se retrepaba sobre la anea y los almohadones, notó la impresión de un equilibrio liberador que le despejaba y hacía ágil su mente. Las preocupaciones de toda la vida parecían retirarse con la resaca de una fuerte marea. Lo que se abría ante él era el deseo ansioso de la quietud experimentada justo en aquellos instantes, la ausencia de dolor y una esperanza razonable de tregua suficiente. La certeza consciente de su próxima muerte suplicaba clemencia. Y en su conciencia iba retirando toda resistencia al consuelo religioso. En la soledad última no quería estar solo. Evitaba pensarlo, pero cuando no podía, obsesionado, flaqueaba. Entonces, ante la inevitable bajada depresiva, trataba de concentrar todas sus fuerzas en un intento de mostrar entereza y disimular su pánico.

El ruido de la puerta interrumpió sus cavilaciones. Su hijo José apareció con expresión entregada y obsequiosa:

—Buenos días, padre. ¿Ha descansado usted bien?

—Bien, bien, algo mejor, sí... —contestó Heliodoro maquinalmente.

—Digo que, si usted quiere, le puedo acompañar a misa... Hace una temperatura muy buena.

Heliodoro vaciló unos instantes y dijo al cabo:

—Casi prefiero dar un paseo esta tarde por el campo si, como parece, el tiempo se asienta y me encuentro animado. Ahora me gustaría leer un poco el periódico, que ayer no pude ni abrirlo. Estoy bien así... ¡Hala! ¡Hala!...

—Como usted quiera, padre —dijo algo contrariado José—. Ya me paso yo a media tarde. De todas maneras me tiene al tanto.

—Claro, claro... —contestó Heliodoro sin mirarlo, abriendo la funda de sus gafas de presbicia.

Y apenas se fue su hijo, Heliodoro levantó la cabeza y pensó que aquel ser tan simple le había servido bien. Sin duda el más dispuesto de todos. Fiel como un perro. Cegato y corto como un topo. Y, sin embargo, imprescindible. Este tipo de personas hacían posible el normal desarrollo de las cosas, eran la mejor garantía de su continuidad. Pero no sería este, el mayor de sus varones, el que encarnara su memoria, ni esclareciera su fama y paso por la vida, pensaba. Tampoco lo sería el más mimado de sus hijos, Jesús, al que con tanta ilusión trataron de darle carrera su mujer y él, después de que doña Encarna, la maestra, les dijera una tarde, entusiasmada, que aquel hijo suyo sería una eminencia si le pusieran a estudiar. La eminencia ni siquiera consiguió acabar el bachillerato, recordaba ahora Heliodoro, todavía con un remusguillo contrariado. No, no esperaba gran cosa de sus hijos varones, retomaba el hilo de su pensamiento Heliodoro; ninguno había mostrado una fuerza verdaderamente original. Él perviviría tras su desaparición en la belleza de sus hijas y nietas más mayores, que, a su vez, seguirían desafiando al tiempo en su descendencia genuina. Ellas, sí, tenían su marca y su genio, la evidente traza de sus rasgos y la energía sobrada para esparcir su estirpe sobre la tierra. En la parte masculina, solo le consolaba la apuesta segura de Antonio, su nieto mayor y más querido. Decididamente, había probado su casta que, estaba seguro, haría resplandecer cuando él ya no estuviera. El resto de los nietos, niños y niñas, era una incógnita; demasiado jóvenes para que sobre ellos proyectara alguna esperanza fundada. Ya no alcanzaría a ver sus posibles destellos, ni el tiempo le permitiría barruntar su alcance en los primeros seguimientos. Ni siquiera podría despejar el sino de su tercer nieto varón, Cesar, el segundo de Anastasio, después de que el primero, Álvaro, le decepcionara tan pronto como le pusieron a estudiar. Había algo en él de renegado y ajeno. Seguramente un temperamento rebelde e imprevisible, con mucha carga de la parte materna. Cesar era todavía un misterio atrayente. En cualquier momento abriría la puerta del comedor, pidiéndole la propina del domingo. Y un día más lo probaría en su temple y resistencia de tan solo diez años; le haría esperar ante él lo suficiente para observar la temprana serenidad de su rostro, quizá su disimulo; la suavidad jovial de sus gestos. Sondearía su mirada que con tanta firmeza aguantaba la

suya propia, declinando sus ojos unos instantes para volver de nuevo a mirar con fijeza, en una actitud que tenía ya mucho de reafirmación, quizá de desafío inminente. Aquel nieto, pensaba Heliodoro, muy bien podía dar la sorpresa.

Esta vez muy despacio, la puerta del comedor se entreabrió rompiendo una vez más sus pensamientos. Aparecieron de medio cuerpo Brígida y, por delante y debajo de ella, el pequeño Cesar, a quien acariciándole la cabeza y el pelo, empujó suavemente hacia adentro: «Padre, aquí llega su nieto Cesar», dijo escuetamente. Y cerró. El niño, al instante un tanto desvalido, miró a su abuelo y dijo con una fórmula ensayada en su casa:

—Buenos días, abuelo, ¿cómo está? ¿Ha descansado usted bien?

Heliodoro se tomó unos segundos y, mirando con curiosidad a su nieto, contestó:

—Muy bien, hijo... ¿Y tú, qué...?

—Bien, gracias, abuelo, muy bien... —dijo Cesar, resuelto y a la espera.

Heliodoro se bajó un poco más sus gafas sobre la nariz, sin dejar de mirarlo, esperó un poco y, al fin, le hizo un gesto con la cabeza y los ojos, indicándole la silla más inmediata de la puerta. El niño se desplazó un par de pasos y, agarrándose a la silla sin apoyabrazos dio un pequeño brinco y se subió a ella. Todavía se retrepó un poco sobre sus nalgas, unió sus rodillas, estiró sus pies hasta casi rozar con ellos el suelo y levantó la vista hacia su abuelo que, con las manos abiertas sobre las grandes hojas del periódico, le observaba con atención. Heliodoro dejó que el silencio acompañara la breve intermitencia de sus miradas, antes de enfrascarse en la lectura del periódico. Cesar conocía muy bien aquel proceder rutinario y la significación de sus gestos. A partir de ahí sabía que la propina dominical de su abuelo, una peseta, era segura y que el tiempo jugaba a su favor; pero, a veces, se alargaba desesperadamente y el miedo a no cobrar aquella peseta se convertía en una ansiedad que le sacaba fuera de sí. Solo le había ocurrido una vez, pero en una ocasión, estando a la espera de la propina, su abuelo se ausentó por alguna razón que desconocía y ya no volvió a verlo en todo el día. Aquello fue una catástrofe en su corta vida, porque al domingo siguiente no le dobló la peseta y, desde entonces, siempre que se sentaba a esperar la propina, el niño recordaba aquella jornada aciaga y algo en su interior le decía que, aunque improbable, aquello podía volver a suceder. Entonces pensaba que él, Cesar, sin aquella peseta que su abuelo le daba, no era nada y que había que prepararse para aguantar el tiempo que fuera necesario hasta

conseguirla.

La espera dominical tenía un recorrido más o menos parecido, que los dos habían aceptado tácitamente como costumbre repetida. Y la mañana de aquel domingo no fue una excepción. Cesar sintió un cosquilleo nervioso que poco a poco fue aquietándose. Empinaba su medio cuerpo con las dos manos apoyadas en los bordes de la silla; juntaba sus rodillas, pegaditas, columpiando las piernas y los pies adelante y atrás. A veces cruzaba los brazos; otras, ponía las manos sobre sus muslos, que tapaban los pantalones cortos. Intermitentemente, miraba a su abuelo levantando la vista, para comprobar que leía sin prisa, concentrado, como si él no existiera ni estuviera allí sentado. Entonces se decía a sí mismo que aquello no había hecho más que empezar y que tenía que tranquilizarse, observar, dejar volar su imaginación. El reloj de pesas marcaba los segundos con su compás monótono y sonoro. Cesar lo detestaba, porque se le metía en la cabeza y no había forma de huir de aquel sonido una y otra vez. Trataba de olvidarlo deslizando su vista por los juegos de vasos tallados del aparador, grandes y pequeños, como las copas, para licores, anises y coñacs, que su abuelo tenía guardados en la parte baja del mueble. Le hacían gracia las columnillas labradas y el espejo rectangular al fondo, ajustado entre la madera barnizada, brillante. Bajaba su vista para recorrer la claridad de las baldosas del suelo, sus dibujos geométricos que se alineaban hasta la pared blanca, sin rodapié. Luego, con disimulo, dirigía su vista al entorno de su abuelo, al canapé labrado con sus almohadones bordados, a los grandes retratos que colgaban de la pared; la mesa grande cubierta no por el hule de diario, sino por un mantel blanco lleno de filigranas caladas, que los domingos ponía su tía Brígida o sus primas Alejandra, Aurora y Tanis, que desde que se habían hecho mayores le sonreían y trataban de otra manera.

Al llegar aquí, Cesar sabía que había que acelerar el tiempo. Aparentemente enfrascado en el periódico, estaba seguro de que su abuelo lo vigilaba, que esperaba algún gesto, movimiento, alguna mirada que removiera el *impasse*. Hacerlo no era garantía de inmediatez para soltar la peseta, porque Heliodoro decidiría el momento caprichosamente, pero era imprescindible para conseguirla. Así que Cesar decidió mirar directamente a su abuelo, como inquiriéndolo. No pasaron tres segundos, cuando Heliodoro levantó lentamente su cabeza del periódico y, concentrando su mirada por encima de las gafas, mantuvo la del niño hasta que este declinó la suya. El aviso estaba dado y recibido, pensó Cesar; pero en el mismo instante se dio

cuenta de que en los ojos de su abuelo había un brillo acuoso y triste que nunca antes le había visto, y que en su cara, más reseca que de costumbre, la carne no tenía la frescura y la abundancia de siempre; parecía como carcomida. Fue una ráfaga en su mente que Cesar no dio importancia, porque para él su abuelo, apareciera como apareciera, siempre sería una figura intocable. No podía imaginar que aquella fuera su última propina.

Y en ese mismo momento advirtió la señal más deseada. Su abuelo se irguió un tanto de medio cuerpo, echó la mano izquierda al bolso de la chaqueta y con mucha pausa sacó el monedero de cuero con cremallera. La abrió con parsimonia, hurgó con sus dedos en las monedas y sacó una peseta que levantó a la vista del niño, sostenida con alguna solemnidad por el pulgar y el índice; como el cura levantaba la hostia en la misa, pensó Cesar. La tuvo elevada unos instantes, pero Cesar se contuvo con tranquilidad simulada, sabiendo que su abuelo insistiría ofreciéndosela de nuevo. Y, en efecto, Heliodoro dio un par de envites con la mano, Cesar se acercó, cogió la peseta y cerró el puño con toda su fuerza. Se dio la vuelta, enfilaba la puerta impulsado por una corriente de alivio interior, cuando oyó a su abuelo:

—¿Cómo se dice?...

—Gracias, abuelo...

—¡Hala! ¡Hala!

Solo un vahído, que pareció dejarlo inconsciente unos instantes, empañó las animosas horas transcurridas de aquel día. Lo sufrió después de comer frugalmente, cuando intentaba descansar acostado en el canapé con una mantita encima. Se sobresaltó, pero nadie se enteró ni nada dijo. Consiguió, no obstante, relajarse en una duermevela de cerca de una hora y, cuando lentamente se reincorporó, notó con alegría que su fuerza era la misma que la de la mañana. Al mirar por la ventana, vio que la tarde era luminosa, pese a las nubes; y el ambiente, calmo. Y Heliodoro pensó que había que aprovechar sin dilación aquel tiempo precioso que se le ofrecía, en el campo abierto de una primavera que quizá fuera la última; y había que absorberla como la tierra y las plantas absorbían el agua, sentirla como el sol y aspirarla como al aire, que llevaban la vida y la nutrían. Nunca había experimentado las sensaciones de aquel día, pensaba Heliodoro mientras iba en el carrucho junto a su hijo José, que lo había enganchado a un macho nuevo para mayor seguridad y rapidez. Ni había tenido la mente tan despierta y sensible para las cosas comunes del campo. Reparó en que, por primera vez también, no se preguntaba por el montante de la cosecha al contemplar los tallos todavía no

encañados del cereal, sino que sus ojos se llenaban del verde relajante de trigos y cebadas, que el viento suave rizaba en las vastas ondulaciones de las colinas. A su vera misma, en el lento discurrir del avance del carrucho, ese mismo viento mecía las hierbas de las cunetas y ribazos. Observaba abstraído cómo los brotes de la nueva estación crecían, subsumiéndolas, sobre las viejas matas lacias y canas. Era extraño aquel despertar, ahora que la vida le abandonaba, pero era emocionante, le daba alas y le quitaba el miedo, en el que ya no pensaba.

Maquinalmente, asentía con la cabeza a las palabras de su hijo José, entretenido con los ramales del macho, pero no seguía el hilo de sus simplezas. Su propia abstracción le fascinaba. Al bajar el suave camino que daba a la depresión del arroyo Valdeovejas, que abrazaba la curva del comienzo del monte de Valdemoral y lo escoltaba a lo largo de la vega, Heliodoro se abismó en la estampa que se abrió ante él: el esplendor de una gradación luminosa sobre el tapiz verde de la campiña y las laderas, que cerraba al fondo la línea azulada de los páramos. Había pisado esos pagos cientos de veces a lo largo de su vida, pero nunca había apreciado lo que ahora le ofrecían sus ojos. La temperatura agradable y un viento ligero le parecieron que anunciaban la lluvia. Las nubes y los claros cambiaban las luces primaverales, nuevas, intensas, como recién estrenadas por la fineza del aire. Al acercarse a la ladera del monte, el rumor del viento que meneaba las copas de pinos y sabinas le llegó a sus oídos como un roce tenue. Absorto, sintió que el aire se paraba y una quietud deliciosa lo envolvía en el cuadro perfecto de un paisaje estático, de súbito rasgado por el vuelo potente de un bando de torcaces. En su mente difuminada, aquel movimiento le devolvió el sentido del tiempo. Miró hacia arriba y vio cómo las nubes se adensaban y extendían, cubriendo los claros del cielo azul, lagunas marinas pintadas en la bóveda celeste con riberas de oro que anticipaban el ocaso. Había una extraña pureza en el ambiente, una calma total en la que le parecía que flotaba. Sintió las primeras gotas de lluvia en su cara cuando se apercibió de que su hijo había dado la vuelta al macho y, al trote, con restallidos de la tralla, regresaban a casa. Entonces volvió de nuevo su vista al poniente, a la lejanía del horizonte y a la línea de páramos con que se confundía. Todavía llegó a percibir la luz acerada, límpida, que cernían las grandes nubes cenicientas y el contraste negro, silueteado de la tierra. De repente, todo fueron sombras:

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó José al ver cómo se derrumbaba Heliodoro y se golpeaba la cabeza en el tablero del carro—. ¡Sooo!... —gritó nervioso,

tirando de los ramales del macho.

Pero ya no pudo sino acomodarlo tumbado en las tablas del carrucho, con una manta doblada detrás de la cabeza. Heliodoro tenía los ojos abiertos y parecía mirar a su hijo, pero no parpadeaba ni había atisbo de movimiento en su rostro. Cuando llegaron a la plazuela de su casa bajo una lluvia fina, un corrillo de curiosos se arremolinaba a la puerta, atraídos por el nerviosismo evidente y las entradas y salidas de las hijas, a la espera. El llanto de José al acercarse con el carro precipitó un griterío de ayes en medio de la confusión. La noticia de la muerte de Heliodoro corrió como la pólvora. Pero el simpático y parlero don Anadón, a la sazón médico de Hontanalta, dijo que no estaba muerto, sino que había entrado en coma, muy probablemente irreversible:

—Ya he visto yo muchos así, justo así, como un pariente mío recientemente en la capital; que parece que ya no están, pero que todavía siguen aquí. Es posible que aún dure unas horas —dijo después de auscultarlo.

Fue un diagnóstico preciso, de esos que asegura la minuciosa observación y la experiencia asimilada. Rodeado de sus hijos, nueras y algunos nietos; a la luz amarillenta de una lámpara de pie junto a la cama y una gruesa vela, casi un cirio, que ardía con sus tenues espasmos sobre una mesita desnuda, pasaron casi dos horas de susurros y suspiros. Esperaban con impaciencia la llegada de nuevo de don Anadón para que certificara lo que parecía inevitable, cuando una especie de vagido salió de la boca de Heliodoro, acompañado de un movimiento de ojos y lo que evidenció un intento de levantar su cabeza. Se abalanzaron sus hijas sobre él como si se tratara de un resucitado, cuando alcanzaron a oír el tono debilísimo de sus palabras, que parecían arrastradas del más allá: «La esquela..., la esquela..., no se os olvide la esquela... en el *Noroeste*»... Y expiró.

A Paula le dijeron que Heliodoro se había muerto de una congestión cerebral. La noticia resbaló por su ánimo como el agua por una cicatriz curada y seca. Solo el recuerdo y las imágenes de los primeros años impresionaron su mente, sin que alteraran lo más mínimo su meditada quietud. La experiencia acumulada y su natural inteligencia habían alcanzado en su madurez un equilibrio firme en un medio de soterrada maldad y vidas silenciadas. Pero sí sintió al instante la necesidad de cerrar con un gesto el capítulo más importante de su vida, un broche de bronce que sellara un tiempo muerto junto al mismo Heliodoro yacente. Descartó enseguida la misa

funeral, pero acarició con fruición la obligación de asistir al entierro. Pensó en el traje de chaqueta de entretiempos, de cheviot. Sin pensarlo, se dirigió al armario de su dormitorio, descolgó el traje y, frente al espejo interior de la puerta, alzó la percha hasta el mentón, apretándoselo sobre sus hombros. Luego, sujetándolo con su mano izquierda, extendida hasta tocar con sus dedos la clavícula, deslizó la derecha ajustándolo sobre su cuerpo hasta la falda. Observó la elegancia de las solapas grandes, las pronunciadas hombreras y se imaginó la falda bien ceñida a su cintura, ajustada y ligeramente por debajo de las rodillas. Entonces pensó que con un carmesí encendido en sus labios, el velo de tul con alfileres de nácar, las medias negras de cristal y unos zapatos de medio tacón, estaría perfecta.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, la multitud rebosaba las puertas del cementerio y se extendía por el camino flanqueado de grandes cipreses. Al llegar a esa altura, Paula continuó andando muy derecha, decidida. Vio cómo, sin dejar de mirarla fijamente, la gente le abría paso y así franqueó la entrada hasta unos metros alrededor de la sepultura, donde los asistentes se apretaban de manera cerrada. Esperó, hierática, a que acabara los responsos el cura y cuando este concluyó y los monaguillos le abrieron paso hacia la salida, Paula aprovechó el pasillo para plantarse a los pies de la profunda fosa donde, sobre los restos de su mujer, bajaban el ataúd de Heliodoro. Con aplomo, echó un vistazo en derredor y sintió que todas las miradas la fulminaban. Sin arredrarse, se agachó escorando las piernas, cogió un puñado de tierra y mirando al ataúd, erguida y serena, la lanzó sobre él con un gesto ambiguo de piedad y desafío final. Se volvió inmediatamente y trató de abrirse paso con dificultad entre la resistencia pasiva de una masa mostrenca, llena de resabio y displicencia. Cuando al fin se fue despejando la vuelta a casa, sabiéndose escudriñada por todos, caminó sola con paso firme y una sensación de plenitud y profundo desprecio.

Table of Contents

LA HERIDA DEL TIEMPO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX